ERNESTINA A. LÓPEZ DE NELSON

La señorita Raquel

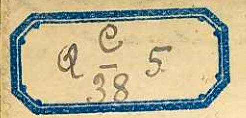
Tercer Libro de Lectura



Casa editora "CONI"

Precio 1.60 $ m/n.

La señorita Raquel - 3er Libro de


Q C/38 5

00056413

3º B

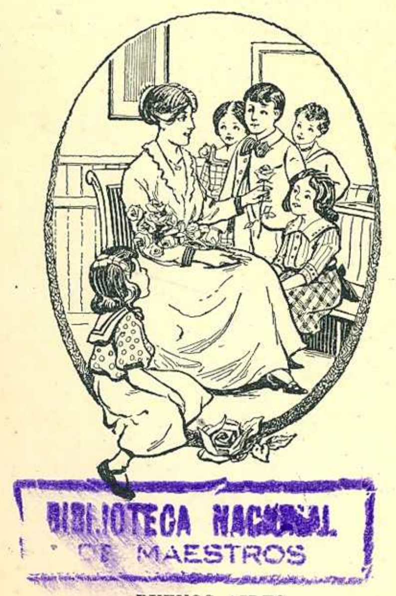
1931

La Señorita Raquel

TERCER LIBRO DE LECTURA

POR

ERNESTINA A. LÓPEZ DE NELSON



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS

684 — CALLE PERÚ — 684



La señorita Raquel

PRIMERA PARTE

A LOS NIÑOS



En este librito nos proponemos contar a ustedes nuestra vida escolar durante un año.

Somos alumnos de una escuela de esta ciudad y estamos para terminar el tercer grado. Tenemos como maestra a una señorita muy buena. Sus alumnos recordaremos siempre con placer los momentos felices pasados al lado de nuestra maestra, las conversaciones sostenidas con ella y los bonitos cuentos que nos ha referido, hablándonos de otros

niños, de los animales, de las flores y de muchas cosas interesantes.

Nunca olvidaremos sus buenos consejos, que nos ayudarán a vivir sanos y contentos, siendo útiles a los demás y haciéndonos querer por nuestra buena conducta.

Recordaremos muy bien todo lo que aprendimos de sus lecciones y cuánto hemos gozado en nuestros juegos, en los que ella siempre participa.

Seguramente, ustedes han de tener también una maestra o un maestro tan buenos como la nuestra; por eso pensamos que les interesarán estas páginas, en las que muchas veces verán reproducidas las mismas escenas en que ustedes toman parte en su clase.

Y hemos querido poner a este librito el nombre de nuestra señorita, para darle así una prueba del cariño y gratitud que le profesamos.

¡Ojalá, queridos amiguitos, que, después de leerlo, el recuerdo de *La señorita Raquel* llegue a serles a ustedes tan querido como a nosotros!

LOS AUTORES.

RELOJES ANTIGUOS Y MODERNOS

Rosa. — Buenos días, señorita.

Señorita Raquel. — Buenos días, Rosita, aunque más bien debiera decirte *buenas tardes.* Pareces haber olvidado la hora en que comienzan las clases. Mira el reloj, ¿qué hora es?


Cuadrante solar.

Rosa. — Son las ocho y media, señorita. No sé cómo se me ha hecho tarde.

Sta. Raquel. — Tal vez te has entretenido ante la vidriera de la juguetería.

Rosa. — No, señorita.

Sta. Raquel. — Entonces te habrás dormido.

Rosa. — Tampoco, señorita. Es que... me he equivocado al mirar el reloj.

Sta. Raquel. — Pero ese error no se explica; nuestros relojes son muy fáciles de leer. ¿Qué habrías hecho entonces si hubieses vivido hace muchos siglos, cuando sólo existían *relojes de sol o de arena?*

Cora. — ¡Qué curioso! Nunca pensé que se pudiera hacer relojes con esos materiales.

Lía. — Ni yo; cuéntenos, señorita, ¿quiere? cómo se fabricaban tan extraños relojes.

Sta. Raquel. — ¡Ah curiosillas! Estoy segura de que ustedes creerán que los tales relojes se hacían con rayos de sol o con una pasta de arena. Nada de eso. Cuando, en épocas muy *remotas*, los hombres querían medir el tiempo, clavaban una *pica* en el campo y observaban su sombra a los rayos del sol. Según la hora, la sombra era más o menos larga y caía a uno u otro lado. Por las mañanas era muy larga y caía hacia el Oeste.

Rodolfo. — Es claro, puesto que el sol sale por el Este.

Sta. Raquel. — Precisamente; pero a medida que se acercaba el medio día, la sombra se hacía cada vez más corta. Pasada esa hora la sombra volvía a crecer, sólo que, en lugar de caer hacia el Oeste, caía hacia el Este.

Sara. — Hoy mismo haré un reloj de sol en el jardín de casa.

Sta. Raquel. — Más tarde, alguien quiso perfeccionar ese reloj, y lo hizo colocando una piececita de metal sobre un disco de madera, en el que se marcan las horas según la dirección de la sombra que esa pieza de metal arroja.

Luis. — Pero se me ocurre, señorita, que las per-

sonas se verían en dificultades para saber la hora en los días nublados y durante la noche.

Sta. Raquel. — Muy bien, Luis; tú has visto el mismo inconveniente que hizo abandonar a los hombres el reloj solar.

Un rey de Inglaterra muy estudioso, llamado Alfredo el Grande, inventó el reloj más original que se haya conocido.

Consistía en seis velas de cera del mismo tamaño y grueso, cada una de las cuales estaba dividida en cuatro partes por medio de señales hechas con tinta.



Alfredo el Grande y su extraño reloj.

El rey había calculado que cada vela tardaba cuatro horas en consumirse, y que por lo tanto, cuando se consumían las seis velas, habían pasado un día y una noche. Cada división representaba una hora. De manera que cuando se había consumido una vela y dos partes de la segunda, podía asegurarse que eran las seis de la tarde, suponiendo que la primera vela hubiese sido encendida a mediodía.

Alberto. — ¿Encendía todas las velas a la vez el rey Alfredo?

Sta Raquel. — No, hijo mío, una después de otra.

Berta. — Pero entonces el buen rey tenía que pasárselo sin dormir.

Sta. Raquel. — El amor a la ciencia, querida mía, ha hecho muchas veces que los hombres se sacrifiquen; pero, en el caso de Alfredo el Grande, es de suponer que sus *súbditos* lo ayudarían en tan penoso trabajo.

El ingenio de los hombres dió lugar más tarde a la aparición de un nuevo reloj: el de arena. Consiste éste en dos conos de vidrio que se comunican por sus vértices. En uno de ellos se pone cierta cantidad de arena fina, la que va pasando poco a poco al otro cono. Se calcula el tiempo que ha tardado en pasar, y se invierte el reloj para que la arena vuelva al otro cono. Según la cantidad de arena, ésta emplea de dos a treinta minutos en pasar. De este modo se consigue medir el tiempo.



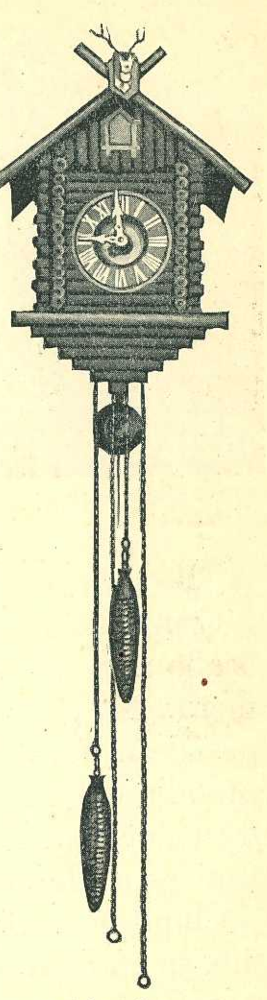
Reloj de arena.

Rodolfo. — No con mucha exactitud, me parece. ¿Y si el dueño del reloj se olvida de darle vuelta?

Sta. Raquel. — Entonces se pierde tiempo y el

cálculo resulta equivocado. Por eso, sin duda, los hombres siguieron pensando cómo obtener un reloj más perfecto. Y pensando, pensando, llegaron a inventar las máquinas que hoy usamos, a las que basta dar cuerda una vez a la semana, y con las que podemos medir el tiempo hasta en sus menores divisiones.

Ya ves, Rosita, cómo no tiene disculpa quien, poseyendo un reloj tan fácil de leer, deja que se le pase la hora.



Reloj moderno.

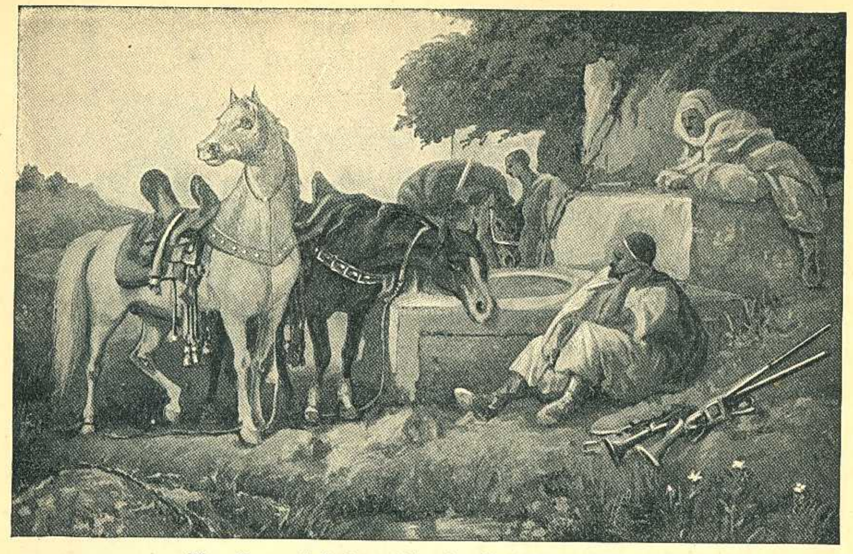
Trabaja hoy, pues no sabes qué impedimentos tendrás mañana.

Tan despacio anda la pereza que pronto la alcanza la pobreza.

Más vale un *hoy* que dos *mañana*.

Puesto que no estás seguro de un minuto, no pierdas una hora.

Ten una hora para cada cosa y haz cada cosa a su tiempo.



Un alto en el desierto (Cuadro de Adolfo Schreyer).

UNA JOYA ÚNICA

Cruzando el desierto un viajero inglés vió a un árabe muy pensativo sentado al pie de una palmera. A poca distancia reposaban sus caballos pesadamente cargados, por lo que el viajero comprendió que se trataba de un mercader de objetos de valor, que iba a vender sus joyas, perfumes y tapices a alguna ciudad vecina.

Como hacía mucho que no conversaba con nadie, se aproximó al pensativo mercader, diciéndole:

—Buen amigo, ¡salud! Parecéis muy preocupado. ¿Puedo acaso ayudaros en algo?

—¡Ay!—respondió el árabe con tristeza.—Estoy muy afligido porque acabo de perder la más preciosa de las joyas.

—¡Bah!—replicóle el otro;—la pérdida de una joya no debe ser gran cosa para vos que lleváis tesoros sobre vuestros caballos y os será muy fácil reponerla.

—¡Reponerla!—exclamó el árabe.—Bien se ve que no conocéis el valor de mi pérdida.

—¿Qué joya era, pues?—preguntó el viajero.

—Era una joya—respondió su *interlocutor*—como no volverá a hacerse otra. Estaba tallada en un pedazo de piedra de la *Vida* y había sido hecha en el taller del *Tiempo*.

Adornábanla veinticuatro grandes brillantes, en torno de cada uno de los cuales se agrupaban sesenta más pequeños. Ya véis cómo tengo razón, al decir que joya igual no podrá reproducirse jamás.

—A fe mía—dijo el inglés—vuestra joya debía ser preciosa. Pero ¿no creéis que con mucho dinero pudiera hacerse otra *análoga*?

—La joya perdida—respondió el árabe, volviendo a quedar pensativo—era un *día*, y un día que se pierde no vuelve a encontrarse jamás.

Si amas la vida, no desperdicies el tiempo, que es la tela de que está hecha aquélla.



La Aurora (Cuadro de Guido Reni).

GUIDO RENI Y SU MEJOR CUADRO

Hace más de tres siglos vivían en la ciudad de Bolonia un buen músico, de apellido Reni, y su hijito Guido

El niño era muy inteligente y su padre pensaba dedicarlo también a la música. Pero, aunque Guido aprendió a tocar la flauta y a bailar, había algo que le gustaba más que la música: el dibujo.

Su pasión consistía en hacer figuras en un papel, y, cuando no lo tenía a mano, dibujaba en las paredes de la casa o en el suelo del jardín.

Al principio desagradó mucho a Reni la *afición* de su hijo; pero, viendo que todo era inútil, resolvió tomarle un maestro de dibujo.

Guido hizo grandes progresos y apenas tenía trece años cuando ya llamaba la atención por su talento.

Pintó muy hermosos cuadros, sobre todo durante su juventud. El mejor de ellos se conserva aún en el techo de un palacio de Roma. Se llama *La Aurora* y representa una *fábula* muy hermosa con que los antiguos explicaban la llegada del día.

Aurora era la diosa del amanecer. Todos los días, muy temprano, abría una puerta al Este del cielo y se lanzaba volando hacia la Tierra. Su traje era de tul rosado con adornos de oro, y llevaba en las manos hermosas flores, que dejaba caer a su paso.

A su llegada, los pájaros se despertaban y la tierra toda volvía a reanimarse.

Tras de ella salía *Apolo*, el Sol. Iba sobre un carro de oro tirado por caballos muy bríosos.

Alrededor del carro de Apolo y tomadas de la mano, giraban doce jóvenes que acompañaban a aquél durante todo su viaje por la Tierra, hasta que volvía a penetrar en el cielo por la puerta del Oeste.

Esas jóvenes eran las *Horas*, encargadas de llevar a los hombres la alegría o el dolor.

La fortuna es de los madrugadores.

El sol de la mañana no dura todo el día.



El almuerzo del obrero (Cuadro de Julián Dupré).

EL DÍA DEL OBRERO

AMANECER

Obrero, deja tu lecho:
ya el sol en Oriente asoma
y las sombras de la noche
una tras otra se borran.

Sobre el trabajo empezado
tu cuerpo de nuevo encorva,
y bañe el sudor tu frente
mientras cantares entonas.

MEDIODÍA

De lo más alto del cielo
el sol sus rayos arroja;
pesado el aire se siente
y todo en calma reposa.

Obrero, a la humilde mesa
te está esperando tu esposa;
cese un momento el trabajo
y nuevas fuerzas recobra.

ANOCHECER

El sol su viaje termina;
hacia el poniente se forman
franjas rojas y violetas
que el bello cielo coloran.

Obrero, deja el trabajo
y al hogar querido torna,
donde tus hijos te esperan
en torno a la humeante sopa.

LA NOCHE

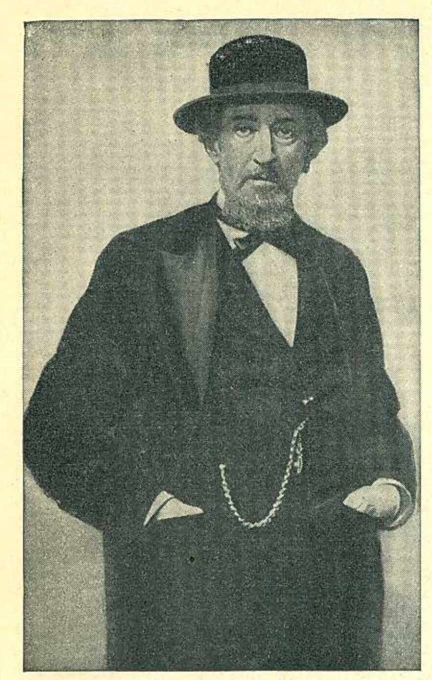
La luna los campos baña;
natura toda reposa,
los pájaros en sus nidos,
sobre sus tallos las rosas.

Feliz de tí, buen obrero,
si en tu estrecha y pobre choza,
por el trabajo rendido,
puedes dormir sin zozobras.



La cena del obrero.

NUESTRO MODELO



El primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

Cada grado en nuestra escuela posee el retrato de un gran hombre argentino, al que llama *su modelo* y procura imitar.

También nosotros tenemos *nuestro modelo:* es el general Bartolomé Mitre.

¿Quién no lo conoce? Hace pocos años que murió, y por todas partes vemos su retrato u oímos hablar de él.

En Mitre admiramos al gobernante *intachable*, al patriota sincero y laborioso que hizo esfuerzos por difundir la educación, al escritor notable y al periodista que defendió la *justicia*, la *verdad* y las *buenas causas*.

Vivió con modestia, sin más tesoro que la paz de su conciencia y la adoración de sus conciudadanos.

Amaba mucho los libros; en su notable biblioteca pasó horas muy felices, escribiendo páginas útiles;

y, sabiendo cuánto bien hace el libro, dejó su biblioteca al Estado, es decir, al pueblo que tanto quiso y al que consagró su vida.

Sencillo y afable con los humildes, Mitre gustaba de confundirse con el pueblo, y nadie acudía a él sin encontrar ayuda o sano consejo.

Una originalidad de este grande hombre era su *chambergo*, que le daba aire más *popular* aún y que se conserva en el Museo Mitre como una reliquia.

He aquí *nuestro modelo;* modelo de *labor*, de *honradez*, de *desinterés*, de *patriotismo*, de *modestia* y de *dulzura*. ¡Sea Mitre, por muchos siglos, el modelo del pueblo argentino!



Bartolomé Mitre trabajando en su biblioteca, perteneciente hoy al pueblo que tanto amó.



¡Qué dulces! (Cuadro de Miss Green).



Preparando frutas para el mercado.

LA COSECHA

Cora. —Sí, señorita; nada más que veinte centavos por un enorme zapallo. Mamá estaba muy contenta y le decía a papá: «Nunca debiera ser invierno para los que sólo cuentan con escasos medios de fortuna, porque en esa estación todo es más caro y hay que privarse de muchas cosas.»

Señorita Raquel. —Y ¿sabes tú por qué encarecen las verduras y las frutas en el invierno?

Cora. —Tal vez porque los quinteros tendrán que pasar más *penurias* para cultivarlas.

Elisa.—En nuestra quinta teníamos el año pasado, gran cantidad de zapallos, tomates, berenjenas y ajíes. Los árboles estaban cargados de ciruelas y damascos. Pero así que empezó el frío escasearon los frutos, y llegó momento en que el quintero nada o casi nada recogía.

Juan.—Si ese quintero hubiera tenido que vivir de la venta de los frutos que cultivaba, es claro que los habría vendido más caros a medida que recogía menos.

Sta. Raquel.—Muy bien; ahora, piensen ustedes que lo que pasa en la quinta de Elisa pasa en todas las quintas y chacras del país. En el otoño, nuestra tierra, que es muy *fértil*, produce gran cantidad de frutas y hortalizas. A veces un pequeño terreno da tanto, que el cultivador se ve obligado a vender sus productos a un precio *ínfimo* para no quedarse con ellos. Pero así que se acerca el invierno la tierra produce menos, y muchos quinteros no consiguen nada. Aprovechando de esa escasez, los que tienen frutas u hortalizas les ponen entonces altos precios que siempre hay quien pague.

Luisa.—¿De modo que el otoño es la mejor de las estaciones?

Sta. Raquel.—El otoño es la estación en que los chacareros consiguen el premio de sus afanes. En

esta época se recogen los frutos, y las personas *previsoras* procuran conservarlos en una u otra forma, para consumirlos en el invierno.

Ida. — Entonces mamá es previsora, porque está haciendo *conserva* de tomate y dulces.

Juana. — Yo también estoy ayudando a mamá a preparar jalea de membrillo y pepinos en vinagre.

Sta. Raquel. — Si alguno de ustedes va al campo en estos días, hallará los *graneros* llenos de frutas y cereales para el consumo durante el invierno.



En el mercado.

AUXILIARES DE LA NATURALEZA

(Arreglado del inglés)



Rama de cardo en flor y semilla.

«Tengo que sembrar muchas semillas — decía para sí mamá Naturaleza; — pero los niños me ayudan siempre y estoy segura de que lo harán también esta vez. Veamos cómo puedo aprovechar de sus juegos.»

Mamá Naturaleza pensó primero en el cardo y envolvió cada semilla en una cabellera de seda blanca, a fin de que pudiera sostenerse en el aire. Los niños, jugando en el campo, encontraron muchas de esas bolitas que rodaban por el suelo, y, tomándolas entre los dedos, se entretuvieron soplándolas para verlas volar.

Las semillas se dispersaron por el campo y la buena madre se dijo: «Muy bien; el verano que viene tendremos muchas nuevas plantas de *cardo.*»

Después pensó en el *abrojo* y encerró sus semillas en cajitas cubiertas de *púas.*

Los niños las recogieron al pasar, para fabricar con ellas y goma de los árboles preciosas canastitas; pero muchas se les rompieron entre las manos y los abrojos fueron a caer lejos de la planta.


Rama de abrojo y fruto.

«Muy bien — se dijo la buena mamá; — el verano que viene tendremos nuevos abrojos en el campo.»

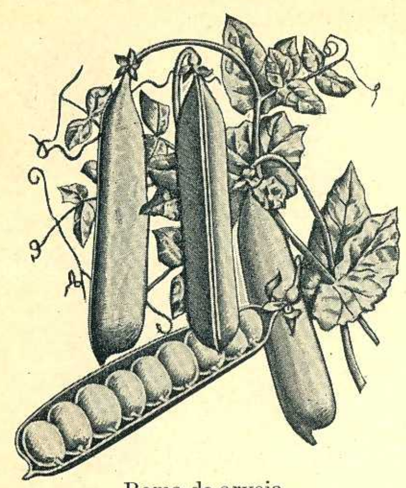
Luego pensó en las *amapolas*, encerrando sus semillas en hermosos estuches que dejó pendientes de la planta.


Rama de amapola con flor y fruto.

Los niños los cortaron y se divirtieron agitándolos como si fueran sonajeros. Cansados de jugar quisieron abrirlos, y, al hacerlo, las semillas saltaron lejos dispersándose por tierra.

«Perfectamente — dijo la buena anciana; — el año que viene tendremos muchas nuevas plantas de *amapola.*»

Ocupóse en seguida de las



Rama de arveja.

arvejas, encerrándolas en delicadas vainas; los niños abrieron éstas y usaron las arvejas en sus fusiles, no para tirar a los pájaros sino al blanco sobre un poste del camino. De ese modo las semillas fueron a caer lejos y la buena madre se dijo: «Dentro de algunos días tendremos nuevas plantas de arveja en el camino.»

Por último, mamá Naturaleza se preocupó de dar a las semillas del *pino* un par de lindas alitas. Dos niños que andaban por el campo corriendo carreras, sacudieron los árboles y, al hacerlo, gran cantidad de semillas de pino desprendidas de los frutos echaron a volar.

Semillas de pino.

Entonces la buena madre se dijo: «Una vez más he terminado mi tarea con la excelente ayuda de los niños, mis amigos.»

UNA PLANTA AMERICANA



Señorita Raquel. — Vamos a ver cómo han cumplido ustedes con el deber que les di ayer, y cuántos han traído muestras de granos o cereales.

Carmen. — Yo he traído un puñado de la *cebada* que mamá da a los caballos.

Luis. — Yo, unos granos de *trigo.* Papá dice que es trigo de Santa Fe, la provincia donde mejor se produce este cereal.

Berta. — Yo he traído *arroz* que viene de muy lejos: de un estado de la América del Norte llamado Carolina.

Anita. — ¡Qué casualidad!

Yo también he traído arroz, pero del Piamonte, según dice el almacenero.

Sta. Raquel. — Lo mismo podría ser de la India, del Japón o de Tucumán, pues el arroz se cría en todos esos y otros puntos más.



Cosechando maíz.

Y tú, Horacio, ¿no trajiste nada? Has olvidado que hablaríamos hoy de los *cereales* más comunes.

Horacio. — No, señorita; lo recordé muy bien y se lo conté a mamá, quien me dijo: podrías llevar la espiga de maíz que está colgada en la despensa.

Aquí la tengo, pero no sé si esto es un *cereal*, porque, según veo, mis compañeros han traído granos sueltos.

Sta. Raquel. — ¡Cómo no! Horacio. Tú también has traído un cereal, y me gusta mucho la idea de tu mamá.

Díganme, niños, ¿han visto alguna vez espigas como ésta?

Alfredo.—Sí, señorita, pero las que yo he visto estaban frescas y se llaman *choclos.*

Sta. Raquel.—Perfectamente. Y ¿ha visto alguno la planta que produce los choclos?

Sara.—Es la de *maíz*, planta más alta que un hombre; tiene largas hojas como cintas. . .

Julio.—Su tallo es hueco y débil; cuando seco se lo emplea como caña.

Juana.—Pero los choclos tienen granos blancos.

Rosa.—O amarillos como los de esta espiga, y aún más rojizos.

Sta. Raquel.—Dices bien; hay varias clases de maíz: el llamado *dulce*, que es blanco y se usa en la cocina, y el *maíz amarillo*, que es duro y cuando seco se emplea como alimento para las aves y los caballos. Del maíz amarillo se hace harina.

Cora.—¿Harina de maíz?... ¡Ah! sí, ya me acuerdo. Petrona, la cocinera, hace con ella tortas y bollitos.

Sta. Raquel.—¿Qué estás buscando? Alberto.

Alberto.—Aquí está: buscaba este papel. Yo también he traído maíz, pero parece de otra forma que el de Horacio.

Sta. Raquel.– [illegible] fijas un poco, Alberto, verás que estos gran[illegible] rotos. Es el maíz pisado

con que se prepara la *mazamorra* en nuestros hogares.

Raúl. — Y el *locro* ¿no es verdad? señorita.

Sta. Raquel. — Exactamente; esos dos platos son propios de nuestro pueblo, como la *polenta* lo es del italiano. Pero ¿a que no se han fijado ustedes en una cosa que se encuentra aún en la espiga que Horacio nos ha traído?

Ester. — ¿En las hojas que antes envolvían la espiga? Es la *chala.*

Sta. Raquel. — Cuando estas hojas están frescas, ¿qué dejan salir por un extremo de la espiga?

Luisa. — La hilacha que parece la cabellera del choclo. Con ella suelo hacer trenzas para mis muñecas de trapo.

Sta. Raquel. — La hilacha y la chala son los protectores de la espiga; la envuelven e impiden que las aves picoteen los granos.

Manuel. — En Catamarca, como en Salta y otras provincias, usan la chala para hacer cigarrillos y la gente pobre rellena colchones con ella.

Ida. — En la estancia hacen fuego con las espigas secas que no tienen ya granos.

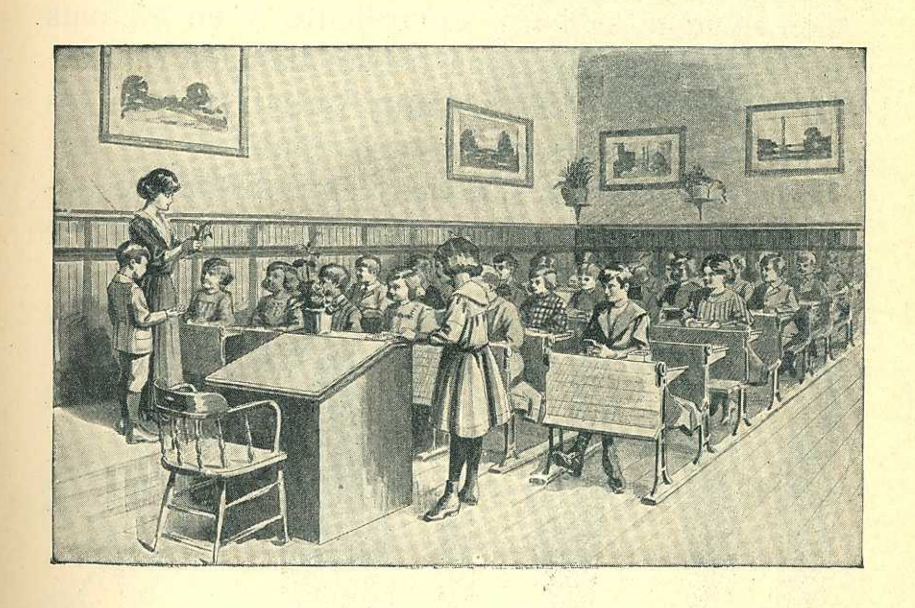
Manuel. — ¿Con los *mazlos* [illegible]rrás decir? Ida. [illegible]o alg[illegible]

Sta. Raquel. — Ya ven us[illegible]án útil es esta planta. Ahora, tengan [illegible]ue el maíz es

originario de nuestro continente, donde los indios lo cultivaban antes que vinieran los europeos.

Comprendiendo el valor de esa planta, se procuró más tarde *aclimatarla* en otros países; pero no todos los climas se prestan para su cultivo, y sólo ciertas comarcas del mundo la producen.

Los países donde se cultiva el maíz hacen gran comercio de este cereal, uno de los que más aplicaciones tiene en las necesidades de la vida.



LOS CEREALES

El pan se hace con harina de *trigo*. También se hace pan de *maíz* y de *centeno*.

Del trigo se obtiene el *almidón*, la *sémola* y el *salvado* o *afrecho*, que es alimento para los animales.

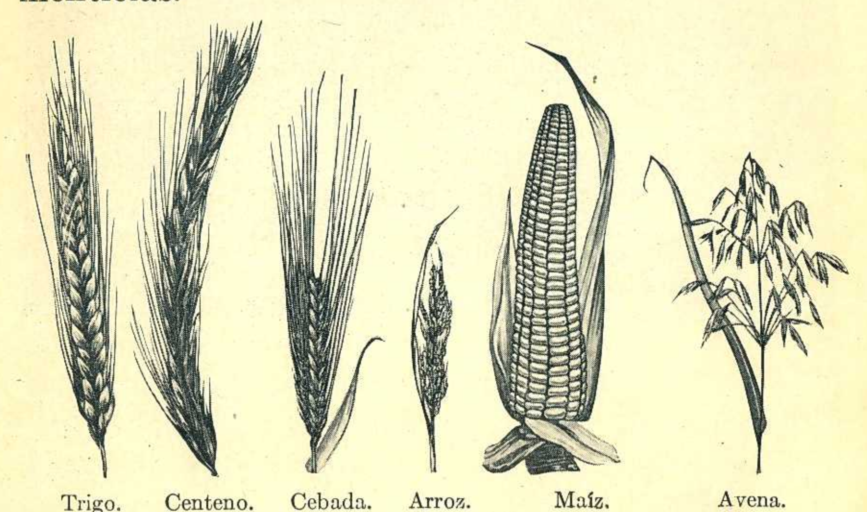
Con la *cebada* se hace la cerveza.

El *arroz* es muy alimenticio; los japoneses casi no comen otra cosa. Con la paja del *arroz* se fabrica los sombreros llamados de *paja de Italia*.

Con el *maíz* se hace aguardiente y en algunas provincias argentinas una bebida llamada *chicha*.

La harina de *avena* es muy nutritiva; con los granos se prepara sopas y otros platos.

Todos los cereales son ricos en substancias alimenticias.



Trigo. Centeno. Cebada. Arroz. Maíz. Avena.

UN DIÁLOGO INTERESANTE

Una copa llena de vino y un pocillo lleno de café estaban sobre la mesa, esperando, sin duda, que el dueño de casa resolviera bebérselos.



Para pasar el tiempo pusiéronse a conversar, como acostumbran hacer las personas cuando quieren que la espera les parezca menos larga.

—¡Qué bello es mi color!—decía el vino.—¿No es verdad que parezco oro líquido?

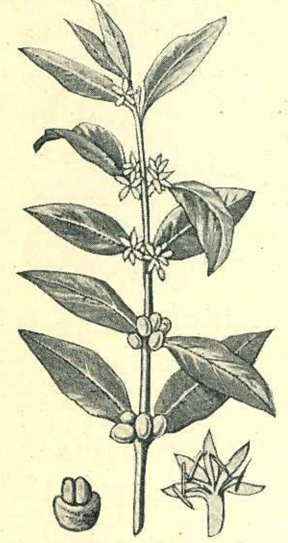
—Cierto que eres lindo—respondióle acaloradamente el café;— pero no me cambiaría por tí. Yo soy obscuro, es cierto, pero en cambio ¿tienes tú mi aroma delicado?

—No—respondió el vino;—pero tú eres amargo, mientras que yo tengo la dulzura de la uva con que fuí fabricado.

—No niego mi sabor amargo—dijo algo ofendido el café;— pero te ruego recuerdes cómo he sido tratado en la vida. Yo he nacido bajo el sol de fuego de la Arabia; todos mis hermanos han

visto la luz en climas igualmente abrasadores: los unos en el Brasil, los otros en Puerto Rico...

Como si todavía no me hubiera quemado bastante, los hombres me *torturaron*, tostándome en cilindros de hierro y reduciéndome a polvo.



Rama de cafeto con flor y frutos.

Luego he sido rociado con agua hirviente, y aquí me tienes, a la espera del que ha de ser mi último verdugo. Ya comprenderás, pues, que no puedo ser sino amargo. Por eso me he reconcentrado y guardo mi aroma exquisito. Los hombres aman ese aroma especial que da ánimo al cuerpo y vivacidad al espíritu.

En cambio tú has vivido una vida de placeres, y por eso...

—¡Una vida de placeres, dices! — saltó el vino.—¡Cómo se conoce que no has estado tú en el pellejo de la uva que me dio el sér! Amiguito, nada han sido tus torturas comparadas con las mías.

Es cierto que yo he tenido la felicidad de nacer bajo un cielo menos cálido y más risueño, al pie de las montañas andinas. No sé si lo habrán pasado igualmente bien mis hermanas de Italia y de

Francia; pero te aseguro que mi primera infancia fué deliciosa. Yo era el jugo de una uva que pendía graciosa de un abultado racimo que el sol bañaba con sus rayos. Feliz habría sido hasta hoy, si no me hubieran sacado de allí. Pero los *vendimiadores* cometieron conmigo y con mis compañeras toda clase de *iniquidades;* nos *desollaron* vivas, nos aplastaron dentro de grandes *cubas* y nos dejaron *fermentar* allí por días y días.

—Así se explica que te llamen *fermento de uva* —agregó el café muy complacido.

—No te burles—suplicó el vino;—si a tí los malos tratamientos te hicieron amargo, a mí me hicieron perder la suavidad. Mi azúcar se convirtió en alcohol.

Pero no pararon en eso mis *martirizadores.* De la cuba me pasaron a una botella que cerraron y donde creí ahogarme por falta de aire; en ella he vivido muchos años, hasta que esta mañana alguien la *descorchó;* fué tal mi alegría, que *estallé* en un grito y corrí fuera de la botella hasta el suelo. El sirviente que la tenía en la mano dijo, aplicándole una servilleta a la boca: «¡Qué trabajo dan estos vinos *espumantes!*»

Así, pues, ya lo sabes, yo soy un vino espumante. ¿Qué dices ahora de mí? ¿tengo pocos méritos?

—De ninguna manera—respondió el café;—la historia de tu vida prueba que has sido valiente y sufrido; pero pienso que tú no has perdonado a los hombres el mal que te han hecho.

—¿Por qué dices eso?—preguntó el vino.

—Porque te estás vengando continuamente—replicó el café.—Si ellos han cambiado tu azúcar en alcohol, tú los envenenas con ese mismo alcohol o los haces unos *entes* ridículos.

El que se habitúa a tí, paga muy cara su afición. Los grandes bebedores son seres repugnantes y miserables que mueren generalmente locos o enfermos del estómago, y sus hijos son a menudo idiotas o tuberculosos.

—Cierto es lo que dices—respondió el vino;—pero, créeme, son los hombres mismos quienes buscan su mal.

—Lo creo, amigo—concluyó el café.—Tampoco yo hago daño cuando se me consume moderadamente; antes bien ayudo la digestión y estimulo el trabajo de la *mente*. Pero cuando se abusa de mí, dejo de ser una bebida sana y hasta medicinal, para convertirme en un veneno que destruye los nervios y causa uno de los males más graves: el *insomnio* o pérdida del sueño.

—No merecemos, pues, ninguno de los dos—

dijo el vino a modo de conclusión — el nombre de venenos que a menudo nos dan. Al hombre corresponde saber cuándo y cómo ha de usarnos para que no le hagamos daño alguno.

☞ La moderación acrecienta la vida, el desorden la acorta.



La vendimia en un viñedo de Mendoza.



MI DULCE HOGAR



Mi dulce hogar es de mi infancia toda
el compendio de amor y de pureza;
como foco de paz se alza mi madre,
de afable rostro y de mirada tierna.

Mi dulce hogar es de mi padre grave,
augusto templo que el amor respeta;
es la casa también de mis hermanos
que, lo mismo que yo, la vida empiezan.

Mi dulce hogar es la visión más cara
que complacido el corazón encierra,
entre una nube de infantiles juegos,
de tiernos besos y fugaces penas.

Todo podrá cambiar en esta vida,
todo podrá nublarlo la tristeza;
tan sólo tú, mi dulce hogar amado,
has de ser siempre la visión más bella.

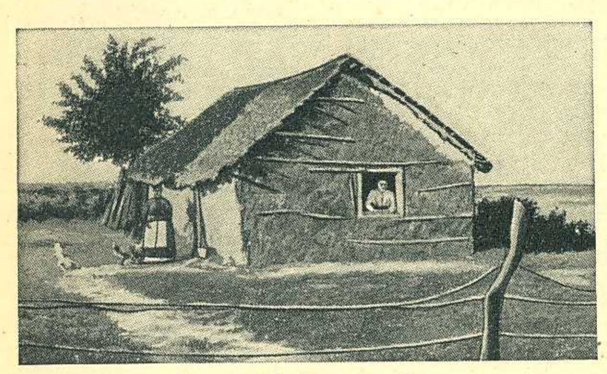


CÓMO SE HACE UNA CASA

Señorita Raquel.—¿Conque te parece obra muy sencilla la de construir una casa? Jacobo.

Supongamos que tu papá quisiera hacer un edificio; ¿le bastaría ordenárselo a los albañiles para que la casa se hiciera?

Jacobo.—No, por cierto; tendría primeramente que comprar el terreno.



Rancho de barro y paja.

Sta. Raquel.—Bien. Ya está comprado. ¿Cómo hará saber a los obreros qué disposición desea dar a la casa?... Celia te lo va a decir; su papá se ocupa precisamente de eso.

Celia.—Papá es arquitecto y hace los planos de las casas en unos papeles especiales.

Sta. Raquel.—¿Saben ustedes lo que es un plano?

Eloisa.—Sí, señorita; es un dibujo en el que se indica el lugar que debe ocupar cada cosa.

Alfredo.—Como nuestro plano de la clase.

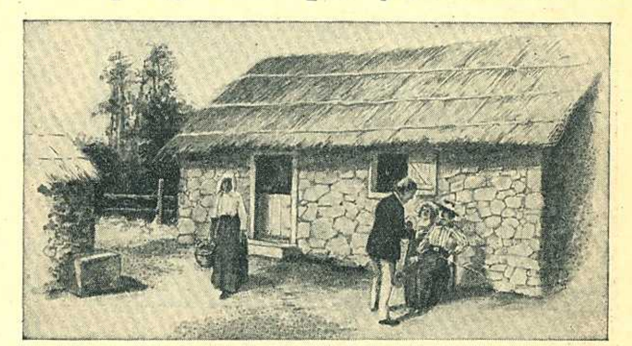
Sta. Raquel. — Eso es. Ya el papá de Jacobo tiene el plano. ¿Quiénes harán la obra?

Luisa. — Los albañiles, naturalmente.

Sta. Raquel. — Muy bien; el señor García llama a los albañiles y les entrega el plano de la casa. ¿Quién dirige su construcción?

Carlos. — Un empresario.

Sta. Raquel. — Supongamos que ya tenemos el empresario y los albañiles. ¿Podrá darse principio a la obra?



Rancho de piedra y paja.

Jacinto. — No hay inconveniente, siempre que se tenga todos los materiales necesarios.

Sta. Raquel. — Es verdad. Veamos qué materiales se necesita para hacer la casa de Jacobo.

Luis. — Ladrillos, cal, arena, tierra romana...

Elvira. — Baldosas, mosaicos, yeso...

Sta. Raquel. — ¿Y para el techo?

Alicia. — Tirantes de hierro o de madera dura. También se emplea la madera para las puertas, ventanas, pisos y zócalos de las habitaciones.

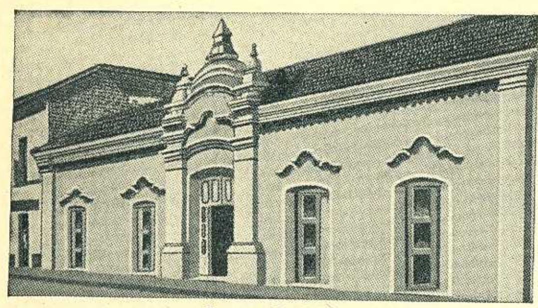
Sta. Raquel. —¿No faltará algo todavía?

Ida. —Los vidrios, los pasadores, los cerrojos...

Sta. Raquel. —¿Cómo se dará buen aspecto a la casa?

Lola. —Pintando las paredes, puertas y ventanas, empapelando las piezas, decorando los techos...

Sta. Raquel. —Lo dicho basta para que Jacobo pueda saber qué operarios exige la construcción de su casa.



Casa colonial.

Jacobo. — Se necesita albañiles, carpinteros, herreros, cerrajeros, vidrieros, pintores...

Sta. Raquel. —¿Los ladrillos y los mosaicos habrán sido fabricados por los mismos albañiles?

Jacobo. —No, por cierto; vienen de la fábrica.

Sta. Raquel. —¿Y las piedras y el mármol necesarios habrán tenido que sacarlos de las canteras esos obreros?

Jacobo. —Tampoco; otros hacen ese trabajo.

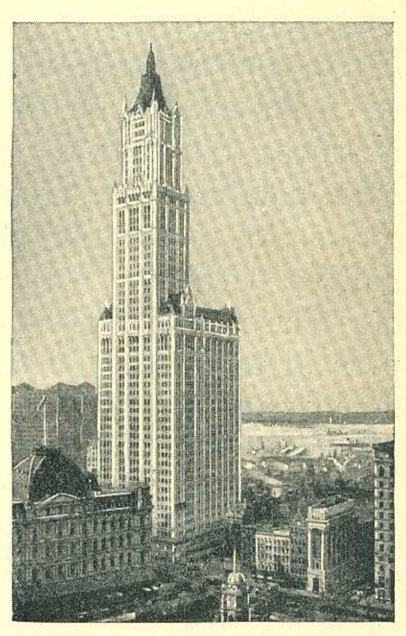
Sta. Raquel. —¿Dónde consiguen el carpintero y el herrero los materiales que emplean?

Luis. — En el aserradero y en la fundición.

Sta. Raquel. — Pero a lo menos el vidriero habrá hecho el vidrio para las puertas.

Alberto. — Para eso están las fábricas de vidrio.

Sta. Raquel. — Dime, Jacobo. ¿El obrero que corta la madera en los bosques, la trae hasta la obra?



Una de las casas más altas del mundo.

Jacobo. — No, señorita; la traen los carreros que se ocupan de transportar las mercaderías.

Sta. Raquel. — Ya ves cuántas personas tienen que trabajar para que tu papá pueda construir su casa; si una sola faltara, no podría hacerla. En cambio, esos obreros recibirán de tu papá la *remuneración* de su trabajo.

Carmen. — Además, señorita, ni el herrero ni el albañil podrían hacer sus casas por sí solos.

Sta. Raquel. — Tal es la ventaja de que los hombres trabajen los unos para los otros.

HISTORIA DE UN LADRILLO

Tal como ustedes me ven, rosado y fuerte, con aspecto de buena salud, no soy sino un poco de barro.

Sí, de barro, no se asombren ustedes tanto; de barro son también los jarrones para las flores, las tazas en que se sirve el té, las baldosas, los mosaicos de colores, y esas estatuas de *terra cotta*, palabras que, hablando claro, significan *barro cocido*. Sí señor; ¿se sorprenden ustedes? No hay motivo para ello. ¿Que esas cosas se hacen con otra clase de barro? Convenido. Será más fino; pero al fin y al cabo es barro o, si ustedes prefieren, *arcilla*.

Pues, como iba diciendo, no soy sino un poco de arcilla. ¡Qué feliz era yo cuando, mezclado a la *tierra vegetal*, cubría el camino por donde pasa el ganado, y criaba pasto para las vacas! En mí arraigaban las hierbas floridas, y en torno mío cantaban las cigarras y saltaban los gorriones.

Pero un día —¡horrible día!— vi llegar unos hombres armados de azadones, y, antes de que pudiera chistar, ¡zas! de un golpe de azadón me arrancaron sin misericordia, y me llevaron en un inmundo carro junto con otros muchos terrones.

Tras largo camino, llegamos a un lugar donde se oía ruidos poco tranquilizadores. Del carro fuí a parar a un gran estanque en el que me deshicieron y amasaron, convirtiéndome en una pasta blanda. Yo estaba furioso, y si no hubiese sido porque era moreno, me hubiera puesto colorado de vergüenza.

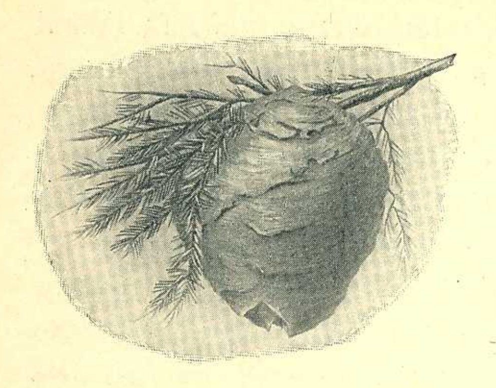
Del estanque pasé a una máquina que de un solo golpe me convirtió en un *paralelepípedo;* de ahí me pasaron al *secadero*, teniéndome varios días al aire; y del secadero ¡horror! fuí a dar a un horno que parecía un infierno de llamas.

Allí dejaron sin piedad que me quemara vivo; pero yo tuve valor y, cuando un operario me sacó y vi la luz del día, no me reconocí. De negro y blando que era me había convertido en una cosa dura y rojiza. Desde entonces me llaman *ladrillo.*



Secadero y horno para quemar ladrillos.

UN PALACIO SUSPENDIDO



Nido de avispas.

Alicia. —¿Qué es eso? señorita. ¿Qué es eso?

Señorita Raquel.— Es un palacio.

Alfredo. — Parece una campana. ¡Qué de casillitas tiene!

Lía.—Desearía conocer a los habitantes de ese palacio; deben vivir muy apretados.

Sta. Raquel.—No tal; cada casillita es el cuarto de uno de los pobladores del palacio.

Ana.—Pero ¿quiénes son esos pobladores?

Sta. Raquel.—Son los hijuelos de las *avispas*.

Alicia.—¡Huy! ¡qué miedo! Las avispas son muy malas; clavan el *aguijón*.

Sta. Raquel.—Las avispas tienen en la extremidad del *abdomen* un aguijón con el que se defienden; pero no estoy conforme en que sean malas.

Alicia.—Pues si pican...

Sta. Raquel.—Dime, Alicia. ¿Te parecería justo que llamaran malo a tu papá porque hubiera dado de golpes a un hombre que quería hacerte daño?

Alicia. — No, seguramente; los padres deben defender a sus hijos.

Sta. Raquel. — Tú lo has dicho. Pues bien, las avispas cumplen precisamente ese deber cuando hieren con su aguijón al que intenta destruirles la casa o matarles los hijos.

Lucía. — Pero ¿puede haber gente capaz de hacer daño a un animal indefenso?

Sta. Raquel. — No siempre se las persigue por maldad, sino también porque se tiene de ellas una idea equivocada. Si Alicia hubiera encontrado un avispero en su casa, creyendo, como creía, que las avispas son malas, sin duda habría deseado destruirlo.

Algunos, y en ese número figuran los niños, deseosos de ver lo que pasa dentro del avispero suelen hurgarlo y hasta romperlo. Pero si tal hacen ¡desgraciados! Al punto sentirán en el rostro, el cuello y las manos, mil lancetazos furiosos que los dejarán aturdidos. Son los padres que acuden en defensa de sus *larvas.*

Manuel. — ¿Qué son las larvas? señorita.

Sta. Raquel. — A esa pregunta no puedo responder sin antes contar cómo viven las avispas.

Federico. — ¡Cuéntelo! ¡cuéntelo! señorita. Me interesa mucho la vida de los insectos.

Sta. Raquel. — Y no tienes mal gusto, porque tal vez no hay animales más dignos de estudio. Si los hombres los observaran atentamente, recibirían de ellos muchas lecciones provechosas. Insectos hay que poseen hábitos de economía y previsión...

Adriana. — Como la hormiga.

Sta. Raquel. — De laboriosidad e industria...

Cora. — Como la abeja.

Sta. Raquel. — Como la avispa también. Este palacio de que hablamos ha sido construido por las avispas y suspendido por ellas en lo alto de un árbol. Las avispas construyen sus nidos en diversas formas. Esta es una de ellas.

Ana. — Déjemelo tener un rato, señorita. ¡Qué liviano! ¿Es de papel?

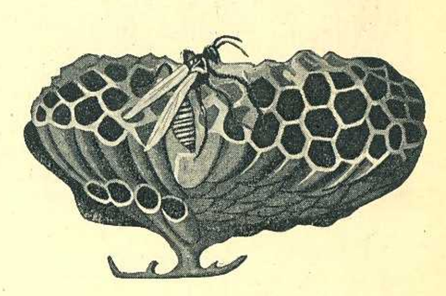
Sta. Raquel. — No, aunque lo parezca. La avispa lo fabrica con barro y también reduciendo a *pulpa* fina las fibrillas que se encuentran bajo la corteza de los árboles. Cuando esa pasta se seca, se parece bastante al papel. Hace muchísimos siglos, los chinos fabricaban el papel de un modo semejante, y no sería extraño que para ello hubieran tomado ejemplo de las avispas.

Carlos. — Bien decía usted, señorita, que los insectos pueden enseñar muchas cosas al hombre.

Sta. Raquel. — Pero volvamos a nuestro palacio. Miren cómo está dividido. Cada uno de estos huecos es una *celdilla.* Las avispas hacen varias capas de celdillas, las unas encima de las otras.

Alfredo. — Como los pisos de una casa.

Sta. Raquel. — En cada celda depositan un hijuelo o sea una *larva;* entre tanto las madres salen a buscar el alimento.


Interior de un nido de avispas.

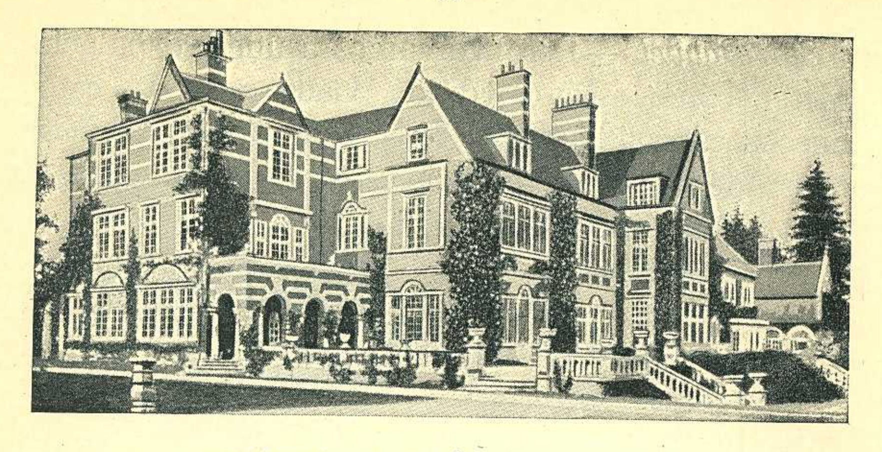
A los veinte días las larvas se transforman en *crisálidas.* Entonces ya no comen; envuelven su cuerpo en una *membrana* y permanecen así seis días, pasados los cuales salen, convertidas en avispas, para hacer lo que antes hizo la madre. ¿Qué les parece la historia de este insecto?

Avispa común.

Julio. — Lo que usted nos ha contado demuestra que las avispas son activas e inteligentes.

Sta. Raquel. — En efecto. Y dime, Alicia, ¿crees todavía que son tan malas como antes pensabas?

Alicia. — No, señorita; no puede ser malo quien trabaja y cuida de su hogar.



HONOR AL MÁS HUMILDE

En el rincón obscuro de un palacio
todo de cedro, bronces y mosaicos,
un pedazo de hierro enmohecido
estaba, entre otros trastos, olvidado.

— Este palacio es mío — el vanidoso
así decía, en derredor mirando; —
si no fuera por mí, tanta riqueza
jamás se hubiera en este sitio hallado.

— ¿Quieres callar? — gritó desde su altura
el soberbio palacio, muy airado. —
¡Habráse visto igual atrevimiento
al de este vil y miserable clavo!

— No pretendo negar mi escaso precio,
yo sé muy bien que poca cosa valgo;
y sin embargo sin mi ayuda nunca
se hubiera este palacio edificado.

En coro se burlaron del humilde
el cedro, el bronce y el pulido mármol.
— Dinos, dinos, amigo, tu secreto,
debe ser algo así como un milagro.

— Pues bien, sabed — les respondió orgulloso
el miserable y despreciado clavo —
que yo fuí el eje que movió la rueda
del carro en que aquí fuisteis acarreados.

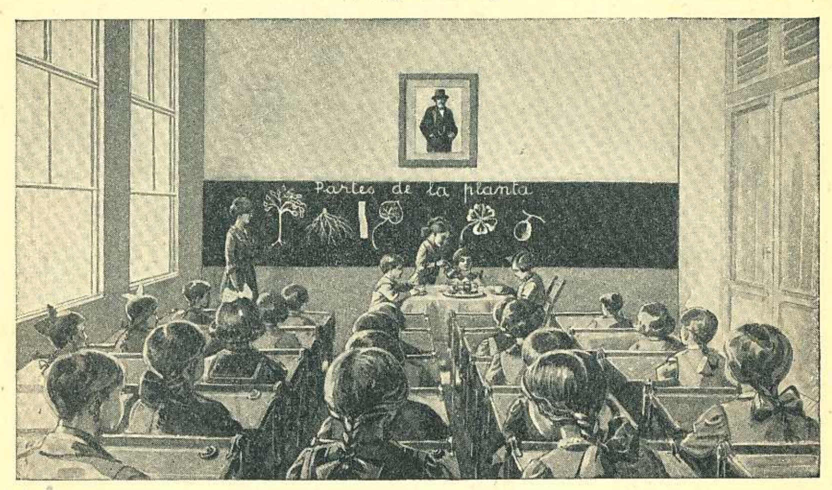
Sin mí, en los bosques estuviera el cedro
y en las canteras estuviera el mármol.
Sin mí no hubiera aquí bronce ni acero
que el hombre nunca hubiera transportado.

Callóse el clavo, y en sus risas locas
el cedro, el mármol y el metal cesaron,
aprendiendo, tal vez, que no hay humilde
al que algún beneficio no debamos.



NUESTRO RINCONCITO

(Juego de clase)



Irene. — Susana, alcánzame las tazas para el té. Dentro de un momento vendrán tus hermanitos de la escuela, y han de traer un apetito...

Susana. — Aquí están las tazas, mamá; voy por los bizcochos y vuelvo en seguida.

Julia y Alberto (entrando). — Muy buenas tardes, mamá.

Irene. — Buenas tardes, hijos míos; vengan acá y cuéntenme cómo se han portado hoy.

Susana (entrando). — Aquí traigo los bizcochos para el té. ¡Ah! ¿ya llegaron los nenes? Buenas tardes, chicos.

Julia y Alberto. — Buenas tardes, hermanita.

Irene — Vengan a tomar el té antes que se enfríe. ¿Quieres más leche? Julita.

Julia. — Bueno, mamá, si me haces el favor.

Susana. — Mamá, dice Marieta, la hija del panadero, que su madre ha caído enferma.

Irene. — ¡Pobre mujer! ¡tantos hijos como tiene!

Alberto. — Y ¿quién cuidará de Diego, el hijito menor de la panadera?

Susana. — Marieta, que es muy seria y trabajadora; ella hará de madre con el nene. Y, a propósito, mamá, ¿quieres que cuando concluya mis quehaceres vaya a acompañar a Marieta? La pobre está muy triste y tiene mucho trabajo para que pueda hacerlo ella sola.

Irene. — No sólo lo permito, hija mía, sino que me complace tu pedido; eso demuestra que tienes buenos sentimientos y entiendes la amistad.

Alberto. — ¿Podemos ir ahora a jugar un rato?

Irene. — Sí, queridos.

Susana. — ¿Vas a lavar la loza? mamita. Voy corriendo por el lienzo para secarla.

Alberto. — ¿Quieres que juguemos a las escuelas? Julia.

Julia. — Bueno; yo seré la maestra y tú el maestro. Sentémonos delante del escritorio y

tomemos la lección a la clase. A ver, Celia, ¿quiere pasar a la pizarra y decirnos qué forma tienen las hojas que están dibujadas en ella?

Celia. — Esta hoja es de forma ovalada.

Alberto. — Fíjese bien, señorita, me parece que se equivoca. ¿A la hoja de qué planta se parece?

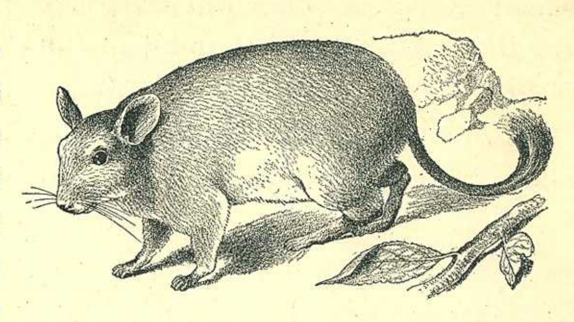
Celia. — Se parece a la hoja de la violeta y tiene la forma de un corazón.

Julia. — Está bien; ahora la clase va a dibujar en su cuaderno las hojas de las plantas de que hablamos ayer.

Alberto. —Apúrense, niños, que ya llega la hora del recreo... ¿Ya está? Bueno, ahora vamos a elegir los mejores dibujos para adornar con ellos la clase.



LA CHINCHILLA Y EL ZORRINO



Llamamos *fauna* al conjunto de animales que se crían en un país dado; de modo que cuando hablamos de alguno *peculiar* al nuestro nos referimos a una de las tantas especies que forman la *fauna argentina.*

¡Y vaya si es grande la variedad de animales de nuestra fauna! Muchos son muy útiles, en verdad; pero otros son bastante perjudiciales aunque no dejan de ofrecer algún interés por sus *peculiaridades.*

Hoy hablaremos de dos animales de nuestra fauna, dignos de ser conocidos, el uno por la belleza y valor de su piel y el otro por la desagradable particularidad que posee.

Es el primero la *chinchilla*, bonito mamífero del tamaño de un gato, que habita las regiones andinas donde vive casi siempre oculto entre las piedras. Sin embargo es muy fácil amansarlo y domesticarlo, convirtiéndose entonces en un buen compañero del hombre.

La piel de la chinchilla es de inapreciable valor. Su color gris plateado, su extremada suavidad y la abundancia de su pelo, la hacen preferida sobre todas las demás en los trabajos de peletería.

Además, como este animalito abunda poco y su piel es pequeña, el costo de ésta resulta muy elevado.



El segundo animal es el *zorrino* de nuestras pampas, que no tiene tanto mérito en cuanto a su piel, si bien pertenece a la misma especie, aunque más pequeña, que los zorrinos europeos, tan apreciados a ese respecto.

Abunda en los campos y vive lejos de las viviendas humanas, generalmente entre matorrales, y su forma es bastante bonita. Las dos rayas blancas que le cruzan el lomo desde la base de la cabeza hasta el nacimiento de la cola, producen un lindo efecto por contraste con el resto de su pelaje, que es negro en unos y castaño obscuro en otros. Su cola, semejante a un espeso escobillón, completa lo gracioso del conjunto.

Pero ¡ay! del que llevado de la curiosidad o del interés, se proponga examinar de cerca este arisco habitante de nuestras campañas.

A pesar de su pequeñez, es tan temible como una fiera; no porque posea garras y dientes capaces de desgarrar su presa, ni porque guste devorar carne humana, como el tigre y el lobo. Pero el zorrino posee un arma tanto o más temible que las zarpas y los dientes: su olor repugnante, capaz de causar la sofocación y aun la muerte.

Si se ve perseguido o si cree que algún peligro le amenaza, el zorrino arroja un líquido de olor penetrante que, al caer sobre el cutis, quema como pudiera hacerlo el más fuerte de los *ácidos*.

Muchos han perdido la vista por haber recibido aquel líquido en los ojos, y otros, al sólo ser salpicados por él, han sufrido ataques nerviosos.

Pocas gotas de esta asquerosa substancia en las ropas, bastan para causar náuseas en quien se aproxima al que las ha recibido, y se necesita mucho tiempo para quitar ese olor de los vestidos o de los zapatos del que ha pasado por un sitio frecuentado por los zorrinos.

Con razón, pues, este animal es temido hasta por los caballos y los perros, que huyen apenas perciben el olor del zorrino.

UN VIAJE ENTRETENIDO

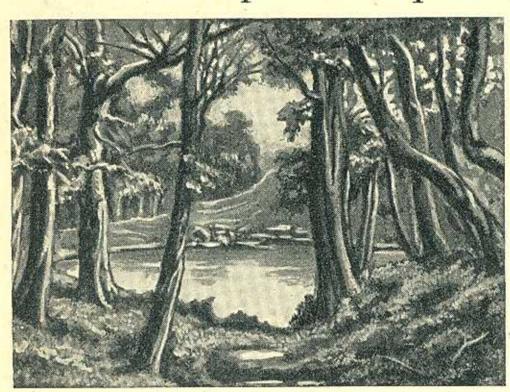
Señorita Raquel.—¡Qué valientes han sido ustedes hoy, queridos niños! No han temido la lluvia.

Julia. — Es que no queríamos perder las clases.

Sta. Raquel. — ¿Cómo les gustaría pasar el día?

Cora. — Viendo lindas láminas, contando cuentos.

Juan. — Yo preferiría que hiciéramos dibujo.



Una laguna reciente.

Carlos. — Mejor es que conversemos.

Sta. Raquel. — Difícil sería contentar a todos; pero se me ocurre una idea.

Guillermina. — ¿Cuál? señorita.

Sta. Raquel. — ¿Si hiciéramos un viaje?

Rosa. — Sí, sí, eso es.

Sta. Raquel. — Haremos un viaje todos juntos.

Lucía. — ¿En tren o en vapor?

Luis. — Se trata de un viaje imaginario ¿no?

Sta. Raquel. — Justamente. El día está muy malo para salir; sin embargo podemos imaginar que vamos de viaje. ¿Quién quiere acompañarme?

Varios niños. — ¡Yo! ¡yo! ¡yo!

Sta. Raquel. — Iremos todos. ¡Ea! en marcha. ¡Qué hermoso es el campo! Allí hay una casita y un sembrado. ¿Qué plantas son ésas?

Cora. — Lechugas y coliflores, señorita.



Valle del río Primero.

Sta. Raquel. — Es cierto... Pero ¿dónde se han quedado los otros niños?

Lucía. — Se han sentado a descansar; dicen que los ha fatigado subir la cuesta.

Juan. — ¿Qué es aquéllo? Parece agua, ¿no?

Sta. Raquel. — Sí, es agua de la reciente lluvia.

Alberto. — ¡Ah! ya sé, es un *lago*.

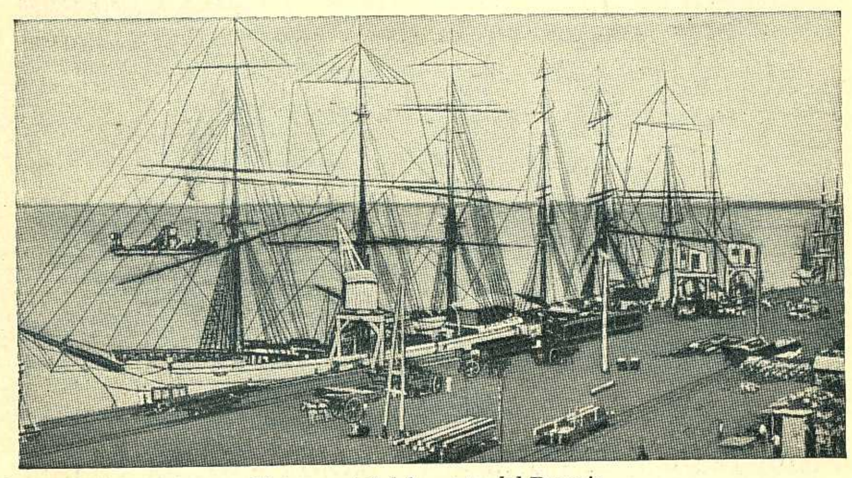
Sta. Raquel. — No, un lago es mucho mayor.

Jacobo. — Entonces es una *laguna*.

Sta. Raquel. — Más bien es un *bañado;* tiene muy poca profundidad y el sol no tardará en secarlo.

Cora. — ¿Por qué no hay bañados en las calles?

Raúl. — Porque como el suelo es plano el agua corre en lugar de empozarse.



Vista parcial del puerto del Rosario.

Sta. Raquel. — Muy bien, Raúl.

Juan. — ¿Por qué la *loma* está seca mientras al pie de ella hay agua estancada?

Sta. Raquel. — Porque el agua corre hacia abajo siguiendo la pendiente. ¡Qué hermosas y lozanas plantas crecen a la orilla del bañado!

Cora. — Son berros.

Sta. Raquel. — Miren ahora hacia la derecha.

Irene. — Esa debe ser una *montaña.*

Sta. Raquel. —¡Oh! no; es una *lomita* solamente.

Luis. — Montañas son las de Córdoba. Nosotros fuimos a *Cosquín* el verano pasado.

Sta. Raquel. — Las de Córdoba son *sierras;* pero cuéntanos lo que viste en tu viaje.



A orillas del río Paraná.

Luis. — El tren corría por un espacio angosto entre las sierras; un señor que estaba en el tren dijo que íbamos por el *valle* del *Río Primero.*

Sta. Raquel. — ¿Viste el río?

Luis. — Sí, señorita; es muy angosto y salta entre las piedras formando *cascaditas.*

Sta. Raquel. — En las sierras pasa lo que en esta

loma. El agua de las lluvias las moja apenas y luego baja por las *laderas* al valle para engrosar el río.

Juan. — Yo también vi un río en el *Rosario.* Era muy ancho; tanto que casi no se veía la otra orilla.

Sta. Raquel. — Es que tú has visto nada menos que el río *Paraná*, uno de los mayores del mundo. Ese río no sólo lo forman las lluvias sino también las nieves que cubren las montañas y que, derretidas por el sol, bajan al valle.



Deshielo en la Cordillera de los Andes.

Guillermina. — El Rosario es un gran puerto, ¿no es cierto?

Juan. — Sí; nosotros íbamos a ver los buques que llevaban pasajeros y mercaderías.

Sta. Raquel. — Ese beneficio prestan los grandes

ríos. A sus orillas se forman puertos que, como los de *Buenos Aires, Rosario* y *San Nicolás*, reciben y despachan buques que llevan a otros puntos pasajeros y carga.

Rosa. — ¿Por el río *Primero* no se navega?

Sta. Raquel. — No, porque es muy estrecho y torrentoso; ese río sólo sirve para regar los campos. Por donde pasa un *arroyo* o río pequeño hay siempre buenos sembrados y pastos.

¿Qué tal? ¿Ha sido interesante nuestro viaje? Me parece que ya es tiempo de regresar.

Eloisa. — ¡Qué casualidad! Hoy está lloviendo, y nosotros no hemos hablado más que del agua.

CONSEJOS

Si quieres vivir sano, nunca bebas sino agua.

La mejor agua es la llovida o la de los manantiales.

No bebas sino agua *potable*, es decir, agua que no corte el jabón y que cueza las legumbres.

El agua de pozo rara vez es pura.

Antes de tomar el agua, fíltrala.

Si no tienes filtro, haz pasar el agua por arena en un barril.

Si no quieres filtrar el agua, hazla hervir y déjala luego *aerear*.

En épocas de *epidemia* conviene hervir el agua.

No bebas agua cuando estés agitado.

Para beber, no uses el vaso que otro haya usado.

LA VIDA DE UNA GOTA DE AGUA

(Traducción)



Limpia, clara y transparente,
en el seno de una rosa,
una perla de rocío
se hallaba al llegar la aurora.

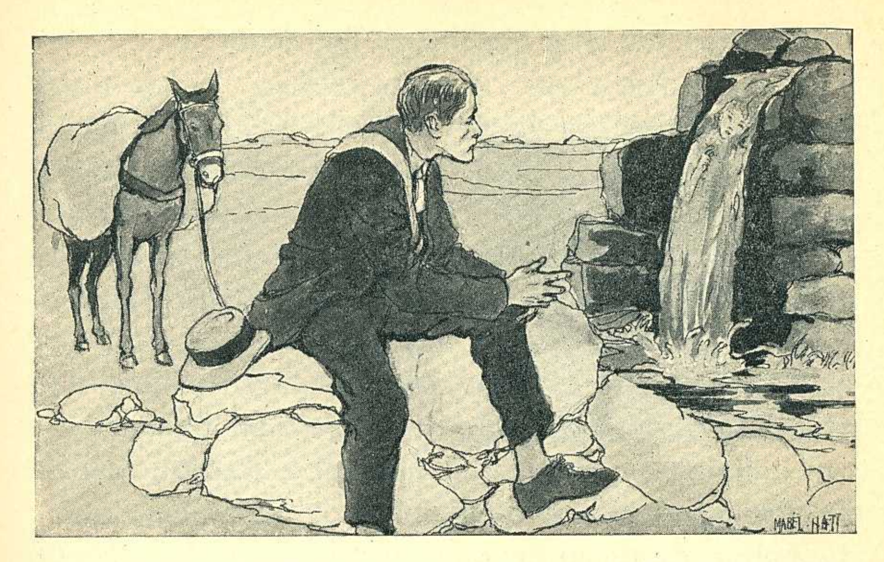
El aire tibio de estío
dejóla en las frescas hojas,
y tan pura como el agua
la luz del alba encontróla.

Desde el perfumado lecho
oyó de pronto la gota
que, con voz alegre y dulce,
la llamaba así la rosa:

«Buenos días, amiguita,
arriba, pues, perezosa.»
Y al punto, del sol un rayo
llegó, bañándola toda.

Y se sintió levantada,
y, reuniéndose a otras gotas,
fué a brillar del alto cielo
en la nube más hermosa.

Rodando así lentamente
y mezclándose a las otras,
bajó después a la tierra
como lluvia bienhechora.



EL HADA DE LA MONTAÑA

Ginete en su mula, un hombre viajaba por una *travesía* de la región andina. El calor era sofocante y el agua habíase concluido en sus provisiones.

Ni cerca ni lejos veía un rancho al que pudiera acudir. Rendido de fatiga y acosado por la sed, el pobre hombre sentía que las fuerzas le faltaban y sentóse sobre unas piedras esperando la muerte.

Mientras pensaba con dolor en sus hijos y en su anciana madre, de quienes era el sostén, vió salir de las rocas una forma blanca envuelta en flotantes velos. Creyendo delirar, el mísero moribundo se arrastró hasta el sitio donde aparecía la visión.

Próximo ya, oyó que la mujer decía:

«Caminante, yo soy el hada buena, el hada pura. Bajé de las nubes en un ardiente día de verano.

«Vagando de un lado a otro vi una abertura en la tierra y me escurrí por ella. Anduve mucho tiempo. Las capas del suelo abrían sus *poros* para dejarme bajar; y yo pasaba de una a otra sin encontrar albergue de mi agrado.

«Al fin di con una roca que me cerró el paso; su suelo me pareció un poco duro, pero su frescura era tan deliciosa, que resolví quedarme en aquel sitio. Desde entonces vivo allí.

«Vengo desde el seno de la tierra, a traerte un consuelo.

«Soy un hada; no extrañes, pues, que haya adivinado la causa de tu mal: estás sediento.

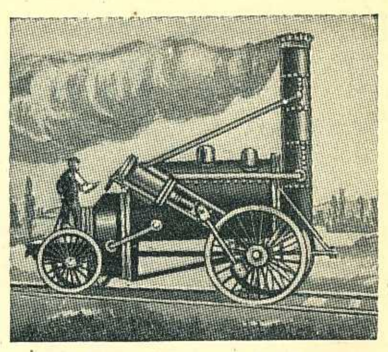
«Acércate a mí: soy el hada pura, amiga de los caminantes y consuelo de los sedientos.»

El pobre viajero creía soñar, y, sin darse cuenta, fuése aproximando lentamente al hada, que continuaba agitándose entre sus velos.

Llegó a su lado, abrió los ojos, y... ¡oh sorpresa deliciosa! Era una fuente de agua cristalina, de esas que brotan entre las áridas rocas, donde menos espera encontrarla el viajero.

JACOBO WATT

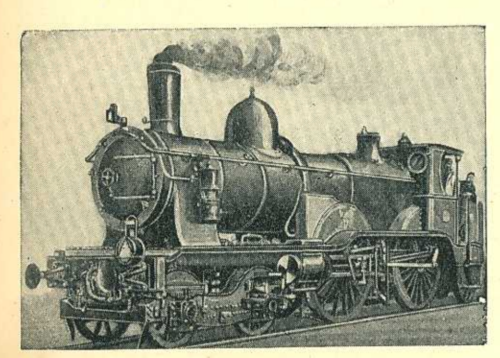
Había una vez un niño llamado Jacobo, al que le gustaba mucho observarlo todo.



Locomotora primitiva.

Cierta noche, estando solo, puso al fuego un calentador con agua, a fin de preparar el café para su madre, que había salido.

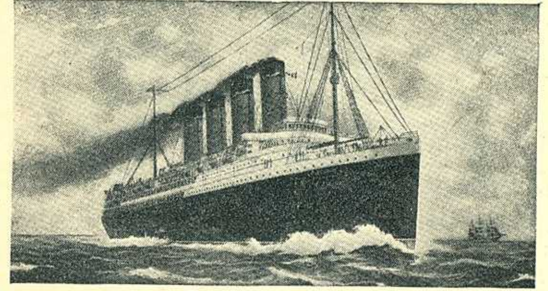
Esperando que el agua hirviera, sentóse junto al brasero; de pronto notó que la tapa de la vasija se levantaba como si la empujaran de adentro, y que volvía a caer para levantarse de nuevo; cada vez que esto sucedía salía un poco de vapor.



Locomotora moderna.

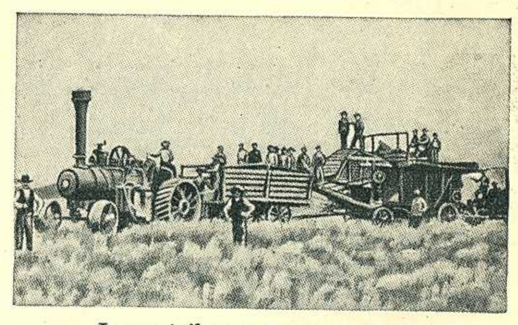
Al principio Jacobo no se explicaba tales fenómenos; pero, a fuerza de pensar, comprendió que, como todo el vapor no podía salir por el pico del calentador, empujaba la tapa en busca de otra salida.

Jacobo pensó que la fuerza del vapor debía ser mucha, para poder levantar así la pesada tapa, y que tal vez podría utilizársela para mover otras cosas.


Buque a vapor.

Como el niño era muy ingenioso, se dedicó a fabricar diversos aparatos, hasta que al fin ideó unas máquinas, que, mediante el vapor, marchaban solas o levantaban grandes pesos.

Tales máquinas fueron muy imperfectas al principio; pero cuando Jacobo Watt se hizo hombre, puso todo su empeño en mejorarlas. Tal es el origen de nuestras locomotoras y de las máquinas que se emplean hoy en las fábricas, en los buques y donde quiera que se necesita de una fuerza muy grande, igual a la de cientos de hombres o caballos reunidos.


Locomóvil para faenas agrícolas.



LAS HADAS DEL ARCO IRIS

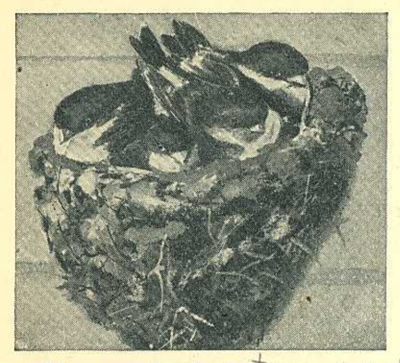
(Adaptación del inglés)

Una espléndida tarde dos nubecillas
por el cielo viajaban tan apuradas,
que, sin verse, chocaron violentamente,
y a llorar de dolor se pusieron ambas.

Su viejo padre, el Sol, desde las alturas
deseando consolarlas, mandó seis hadas:
tres de verde, amarillo y azul celeste
y tres de naranjado, violeta y grana.

En torno a las llorosas formaron rueda,
y después que enjugaron de ambas las lágrimas,
del buen sol sobre un rayo, sus tenues velos
colgaron, esperando que se secaran.

VIAJEROS ALADOS



Adela. — Esta mañana al salir de mi cuarto, vi en el suelo una cosa que parecía un montón de barro; al darla vuelta noté un hueco forrado con plumas. Era un nido de golondrinas.

Busqué al dueño del nido, pero no pude hallarlo. Entonces pensé colocarlo en un árbol; pero mamá me dijo que ya no quedaba ni una golondrina en la huerta, y agregó: «Cuando en la primavera próxima regresen de su viaje, harán otro nido.»

Señorita Raquel. — ¿Qué discuten? niños.

Rodolfo. — No podemos comprender por qué las golondrinas abandonan su lindo nido y el huerto de una niña que las quiere.

Anita. — Son animales; con esto está dicho todo.

Sta. Raquel. — ¿Tú crees, Anita, que los animales no saben lo que les conviene? Pues te equivocas. Las golondrinas no abandonan su nido por capricho; se van porque si permanecieran aquí durante el invierno morirían; emigran en busca de una nueva primavera.

Alicia. —¿De modo que se van de viaje?

Lola. — Cualquiera, al oírte, creería que las golondrinas preparan sus baúles como nosotros cuando vamos a veranear.

Sta. Raquel. — Las aves no necesitan tantas cosas ni hacen tanta bulla como la que hacemos cuando salimos al campo en los meses de verano.

Julia. — ¿Son largos los viajes de las aves?

Sta. Raquel. — Algunas sólo van unas leguas más al Norte; otras cruzan el mar.

Raúl. — ¿Volando siempre?

Sta. Raquel. — A veces se detienen.

Ester. — ¿En el agua?

Sta. Raquel. — En el agua cuando son aves acuáticas, como los *ánades.* Otras descansan en los palos de los buques, en las islas o en los *faros.*

Lola. — El faro es una torre con una luz que guía a los buques durante la noche, ¿no?

Sta. Raquel.—Exactamente. Los *torreros* que cuidan de los faros, dicen haber visto *bandadas* de cientos de aves cruzar el mar.

Lía. — ¿Van muchas aves juntas?

Sta. Raquel. — Algunas viajan por pares; pero las más van en bandadas.

Luis. — Supongo que para esto se pondrán de acuerdo.

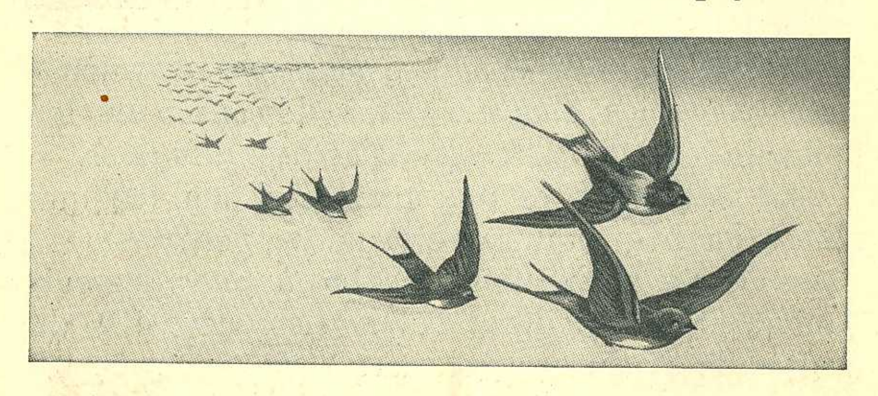
Sta. Raquel. — Y supones bien. Cuando el invierno se acerca, se reúnen en los altos techos de las iglesias o en cualquier otro lugar tranquilo, y, a una señal dada, emprenden el vuelo.

Una de las aves se coloca como guía a la cabeza de la bandada, pero cuando aquélla se cansa, la última pasa a reemplazarla.

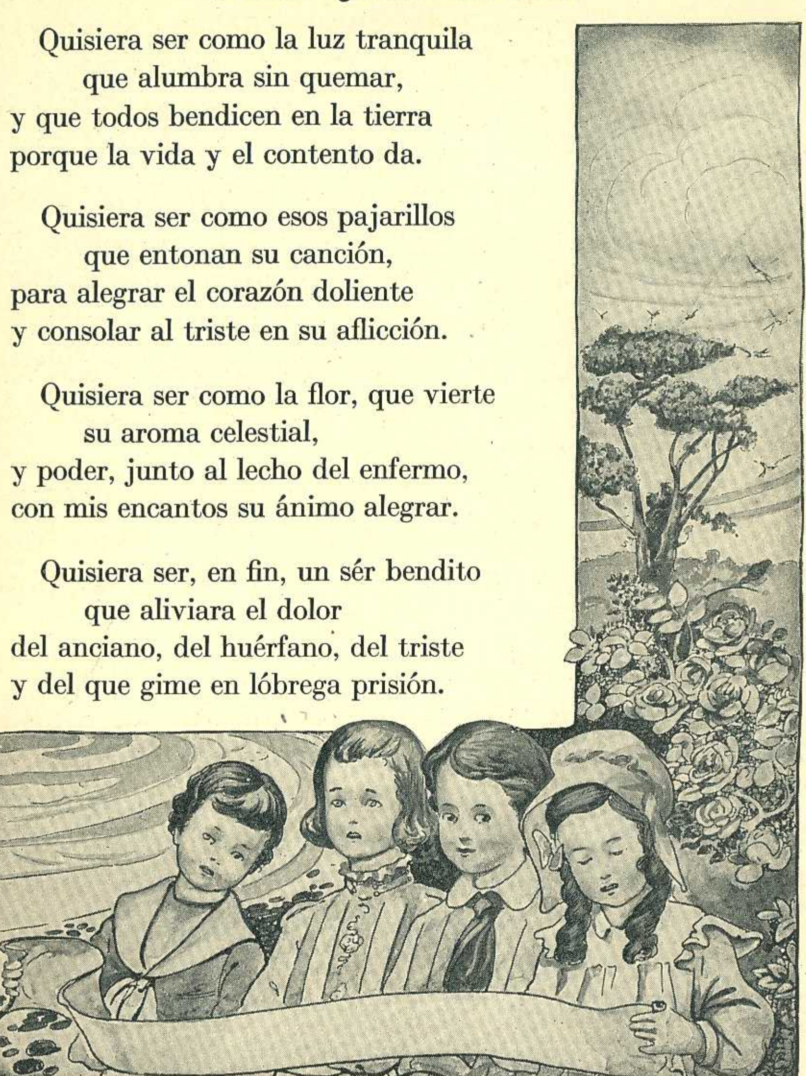
Alberto. — Nunca he visto esas bandadas, señorita.

Sta. Raquel. — Porque generalmente vuelan muy alto y durante la noche, aprovechando el día para buscar alimentos.

Carmen. — No creía tan hábiles a los pájaros.



CÓMO QUISIERA SER

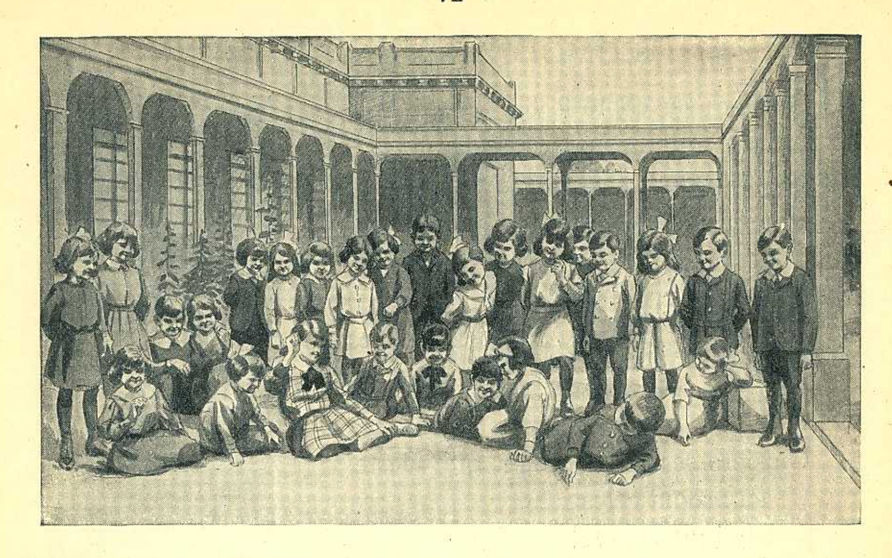


Quisiera ser como la luz tranquila
que alumbra sin quemar,
y que todos bendicen en la tierra
porque la vida y el contento da.

Quisiera ser como esos pajarillos
que entonan su canción,
para alegrar el corazón doliente
y consolar al triste en su aflicción.

Quisiera ser como la flor, que vierte
su aroma celestial,
y poder, junto al lecho del enfermo,
con mis encantos su ánimo alegrar.

Quisiera ser, en fin, un sér bendito
que aliviara el dolor
del anciano, del huérfano, del triste
y del que gime en lóbrega prisión.



LA ALCANCÍA DE LOLITA

Lolita. — ¡Chicos! ¡vengan! Quiero proponerles una cosa.

Juan. — Aquí estamos. ¿De qué se trata?

Andrés. — Apuesto a que es una de las tantas diabluras que inventas para chasquearnos.

Lolita. — No, no; se trata de una cosa muy seria.

Luisa. — Habla de una vez; sólo faltan diez minutos para entrar a clase.

Lolita. — Antes prométanme dos cosas.

Berta. — ¿Cuáles?

Lolita. — Primero, no contarlo a nadie.

Ester. — Yo no puedo ocultar nada a mamá.

Lolita. — ¡Qué chica ésta! Ya se sabe que para la mamá no hay secretos. Quiero decir que no irán ustedes a contar por todas partes que hemos hecho una buena acción.

Jacobo. — ¡Ah! ¡Claro está! Esas cosas no deben publicarse porque pierden su mérito.

Luisa. — Y además se humilla al favorecido.

Lía. — Y ¿qué otra promesa debemos hacer?

Lolita. — Que nadie ha de negarse a tomar parte por temor de no dar mucho.

Mercedes. — Claro está. La señorita lo dijo: *Nadie es tan pobre que no pueda dar algo.*

Lolita. — Ustedes saben que tenemos una compañera muy necesitada.

Carmen. — Sí, la buena Inocencia.

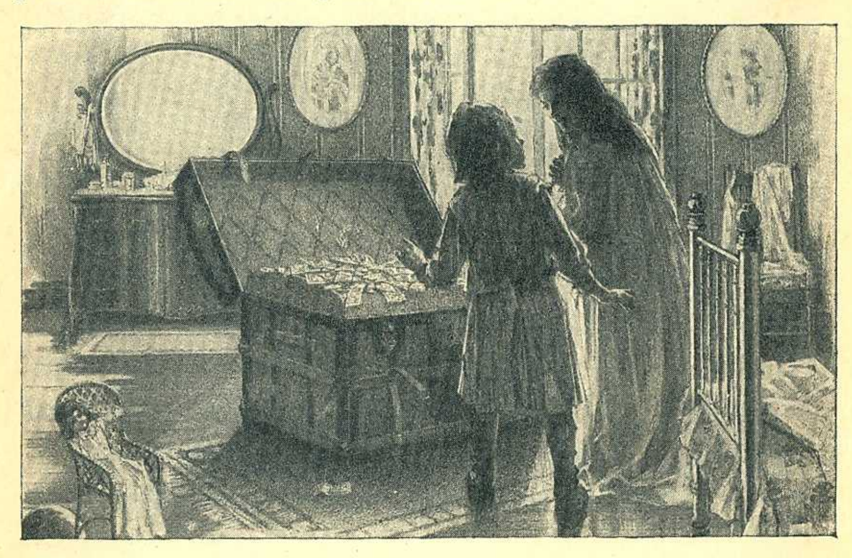
Lolita. — Su padre está sin trabajo hace mucho, y su madre, que se ha herido una mano, no podrá trabajar en sus lavados por algunos días.

Elisa. — ¿Qué va a ser entonces de esa pobre gente?

Lolita. — Lo mismo pensaba yo anoche, cuando mamá leyó la carta donde la madre de Inocencia le decía que, desgraciadamente, no podría lavar nuestra ropa esta semana. Me retiré a mi aposento, pero ni aun acostada lograba dormir. Al oirme dar tantas vueltas en la cama, mamá me

preguntó si estaba enferma; yo le contesté que no, pero que me era imposible dormir pensando en Inocencia.

«¿Y quién es Inocencia?»—me interrumpió mamá. Es—le dije—la hija de nuestra lavandera; está en mi escuela y siempre me aflige su pobreza. Su padre está sin ocupación, y si la madre tampoco



trabaja ¿qué será de ella y de sus dos hermanitos?

«Mañana llevaremos un socorro a esa desgraciada familia; y ahora duerme, querida»—dijo mamá dándome un beso.

Yo quedé más tranquila y no tardé en dormirme. Pero sucedió que empecé a soñar con lo mismo.

Primero veía a Inocencia con su vestidito de percal y sus pobres botines agujereados. De pronto vi, de una manera muy clara, la alcancía donde guardo el dinero que me dan.

Rodolfo. — Yo también tengo una.

Susana. — Y yo también.

Lolita.—¡Cosa rara! mi alcancía empezó a crecer... a crecer... hasta convertirse en un baúl. Lo abrí y estaba lleno de billetes nuevitos y de monedas. A mi lado, Inocencia mirábalo todo como asustada. Entonces se me ocurrió una idea: tomé un puñado de dinero y corrí a la tienda; compré botines, un abrigo y todo aquello que Inocencia necesitaba. Compré también una preciosa muñeca, y, volviendo al lado de nuestra compañera, le dije: — «Toma, amiga mía.» — «¿Para mí?» preguntó Inocencia muy sorprendida. — «Sí, para tí,» respondí yo. ¿Qué mejor empleo podía dar a mi dinero?

Le puse todo en las manos y huí para que no me diera las gracias.

«¡Qué felicidad!» dije, y desperté. Corrí a mi alcancía; pero con dolor encontré la misma cajita de siempre, que sólo contenía tres pesos y diez centavos. ¡Qué triste me puse! Pero de pronto me vino una idea. ¿Por qué, dije, no haríamos, entre

todos los chicos del grado, una alcancía grande, grande como la de mi *sueño*, para comprar las cosas que en sueño creí regalar a Inocencia?

Juan. — ¡Bravo! Lolita ha tenido una idea feliz.

Horacio. — Juntaremos nuestras alcancías y algo resultará.

Carmen. — Yo tengo cinco pesos noventa.

Irene. — Yo cuatro treinta y cinco.

Julio. — Yo nueve pesos.

Anita. — ¡Yo sólo tengo sesenta centavos, porque el domingo gasté mis ahorros en una caja de bombones!

Lolita. — No hay que afligirse. Tú pones los sesenta centavos, otro pone dos pesos, otro cuatro, y verás qué fortunita reunimos. Una vez oí decir a papá que *la unión hace milagros.*

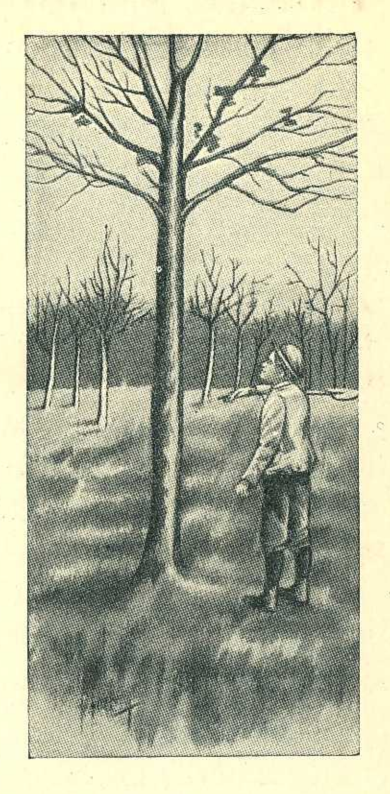
Bueno, esta tarde, después de clase, los espero en casa. Nuestras alcancías nos darán un buen rato, pues habremos conseguido hacer asomar la sonrisa a los labios de un sér desgraciado.

El mundo enseña, de ejemplares lleno,
que para ser feliz hay que ser bueno. (HARTZENBUSH.)

Ningún placer más puro y delicado
que poder dar la dicha a un desgraciado.

Si haces bien, dalo al olvido,
pero tú se agradecido.

TODO TIENE SU EXPLICACIÓN



—¡Qué feo estás! querido arbolito. Hace pocas semanas, todos admirábamos el bello contraste entre tus verdes hojas y tus ramas morenas; pero hoy sólo pareces bueno para el fuego.

—Es cierto que estoy feo, amiguito: pero ¿de qué me serviría ahora ser hermoso? Hasta hace poco los pájaros anidaban en mis ramas y los insectos correteaban sobre mi tronco. El sol de Enero se quedaba todo el día conmigo, la brisa venía a contarme lo que ocurría en el jardín y tú trepabas por mis ramas, para arrojar guindas en el delantal de tu hermanita Lucía.

Pero las cosas han cambiado. Los pájaros partieron y su ausencia durará mientras aquí dure

el frío. Los insectos se han encerrado en sus nidos y por más que los llamo no me responden.

El sol está malhumorado y tan de tarde en tarde viene por aquí, que empiezo a sentir frío.

Al anochecer sopla un viento helado que me da miedo. Tú mismo ya no juegas casi afuera, y ayer oí que tu mamá decía a Lucía: «No vayas al jardín, tesoro mío, está muy húmedo y ya no hay flores ni frutas en él.»

En efecto, ya no me queda ni una guinda, y mis vecinos, el clavel y el alelí, tampoco tienen flores.

Todo se ha puesto muy triste y, de tristeza sin duda, mis hojas están amarillas.

He pensado que con ellas puedo hacerle un acolchado al trébol que tiembla de frío; y, pidiéndole ayuda al viento, que sopla fuertemente, voy dejando caer mis hojas una a una. Así, aunque secas, no serán inútiles, pues resguardarán de la escarcha a las semillas. Además, he oído decir a tu jardinero que las hojas secas *abonan* la tierra empobrecida por el trabajo del verano. Ya ves, pues, que tengo motivos para estar contento de mí.

Entre tanto yo descansaré también hasta la primavera próxima; entonces volveré a cargarme de hojas y de frutos, para alegría tuya y de los pájaros.

SEGUNDA PARTE

INVIERNO



—Buen invierno ¿ya de vuelta?
¿Qué traes este año de nuevo?
—Poca cosa, hermosa niña,
ya sabes que estoy muy viejo.
Traigo mis polvos de plata
con que argentaré tu huerto
y mis grandes *podaderas*
para el peral y el cerezo.
Fuertes capas de corteza
traigo a los árboles nuevos,
para que guarden su savia
de las caricias del *cierzo*.
A algunas bestias les traigo
de *pelaje* un buen aumento;
a otras les traigo un *brebaje*
para aletargar su cuerpo.
Para las aves, un guía
que las llevará a otros cielos.
Y, para las niñas bellas
que me salen al encuentro,
traigo bombones de escarcha
que se comen junto al fuego.



Las estaciones.

LO QUE EL BUEN SOL CONTÓ A DORITA

—Buenos días, querido Sol. ¡Vieras qué sueño tan feo he tenido! Soñaba que te habías ido y que, por más que te llamaba, no querías volver.

—Eso fué un sueño solamente, querida mía. Mis visitas no te faltarán; pero perdóname si, durante unos meses, ellas van siendo cada día más cortas.

—¡Todavía quieres estar aquí menos tiempo! Mis flores se han puesto muy tristes desde que apenas pasas por el jardín, y mi gato tiene que cambiar de lugar varias veces durante su siesta para que lo calientes. Ayer se me quejó con un maullido que daba pena. ¿No lo oíste?

—Considera, Dorita, que estoy muy apurado; me esperan en otras tierras donde debo hacer madurar el trigo y florecer los rosales.

—El trigo... los rosales... Entretanto mi papá decía anoche que pronto tendrá que despedir a los peones porque no quedan casi espigas que recoger; y mi rosal blanco no tiene ya ni un triste botón. No me parece justo lo que haces, buen sol.

—¿Te olvidas, Dorita mía, que vosotros habéis tenido ya vuestro verano y vuestro otoño? Mientras tu papá recogía millares de espigas en sus campos, y tú hacías bellos ramos para tus ami-

gas, en otros países lejanos los hombres pasaban sus días en trabajos muy penosos, y las niñitas jugaban junto al fuego.

Los campos y los jardines estaban blancos, porque el señor *Invierno* les había echado encima su sábana de escarcha, y los labradores perdían sus sementeras después de muchos afanes.

—¿Será posible? Entonces, cuando aquí hace buen tiempo ¿hay en alguna parte niños que no pueden correr por los campos tras las mariposas o trepar a los árboles en busca de duraznos y cerezas?

—Así es, querida niña. La naturaleza ha dispuesto tan bien las cosas, que cada región en la tierra tiene su buena y su mala estación; y yo reparto mis visitas de modo que unas veces estoy más tiempo en una región y otras veces en otra. Por eso, durante los meses del invierno, que ahora comienza, os haré visitas muy cortas, a fin de poder hacerlas más prolongadas allí donde me esperan con ansia desde hace mucho tiempo.

—Vete, buen Sol, no quiero detenerte. Justo es que todos gocemos por igual de tus beneficios, y que todos los hombres y los niños de la tierra tengan la alegría de ver madurar el trigo y florecer las rosas.

Admira la previsión de la Naturaleza
que todo lo hace a su tiempo.

EL INVIERNO EN OTROS CLIMAS

Sara. — ¿Es cierto, señorita, que hay países donde nunca hace frío?

Señorita Raquel. — ¡Vaya si los hay! Aquellos que están en la *zona tórrida*, cerca del Ecuador.

Luis. — ¡Qué lindo debe ser vivir allí! Mientras nosotros estamos helándonos, los habitantes de África y los del norte del Brasil gozarán de un calor como el que aquí solemos tener en verano.

Sta. Raquel. — En esas regiones el calor es mucho mayor que el que sentimos aquí en los meses más ardientes.

Julia. — Sin embargo me parece preferible el calor, por más fuerte que sea.

Sta. Raquel. — Te quejas del frío que empezamos a sentir, sin pensar que nuestros inviernos serían primaveras en ciertas zonas, tan baja es la temperatura que en ellas reina, aun en lo que allí llaman verano.

Manuel. — ¡Qué desgraciados deben ser los habitantes de esos lugares!

Sta. Raquel. — La felicidad no depende del clima; pero en realidad la vida es allí más penosa, pues los hombres tienen que luchar con un serio inconveniente.

Alejandrina. — ¿Cómo son los inviernos en esos países?

Sta. Raquel. — Son muy tristes, aunque tienen también su belleza. Durante muchos meses la *nieve* cubre el suelo y blanquea los árboles y los techos, como si fuese cal en polvo.

Alicia. — ¿Qué es la nieve? señorita.

Sta. Raquel. — Es el vapor de agua de la atmósfera, que, en los días muy fríos, se congela y cae. No es lluvia ni moja tanto como el agua, y cae en diminutos *copos* parecidos a plumitas blanquísimas. Por lo general, cuando nieva, calma el viento y el cielo se obscurece.



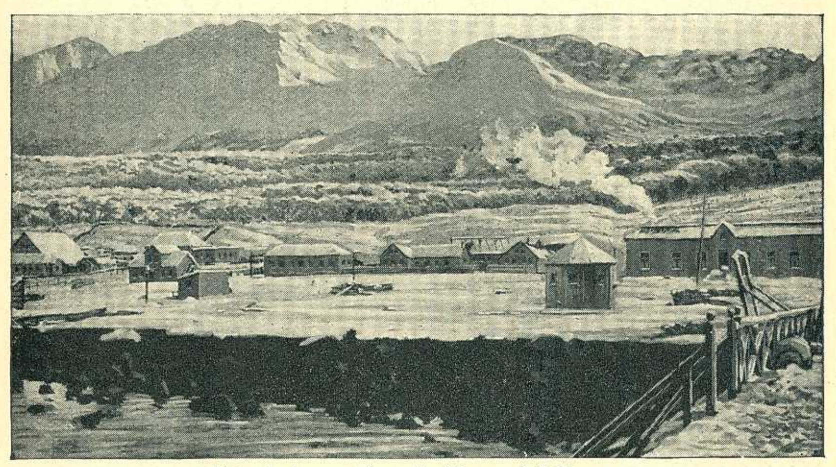
Abriendo un camino en la nieve.

Juan. — Y ¿cómo hacen en esos países para quitar la nieve del suelo?

Sta. Raquel. — En las ciudades la levantan con palas y la arrojan al agua; en los campos se contentan con abrir caminos, amontonándola a los costados. Gran cantidad de nieve permanece durante

todo el invierno convertida en hielo por la acción del aire frío, hasta que el sol de primavera la derrite.

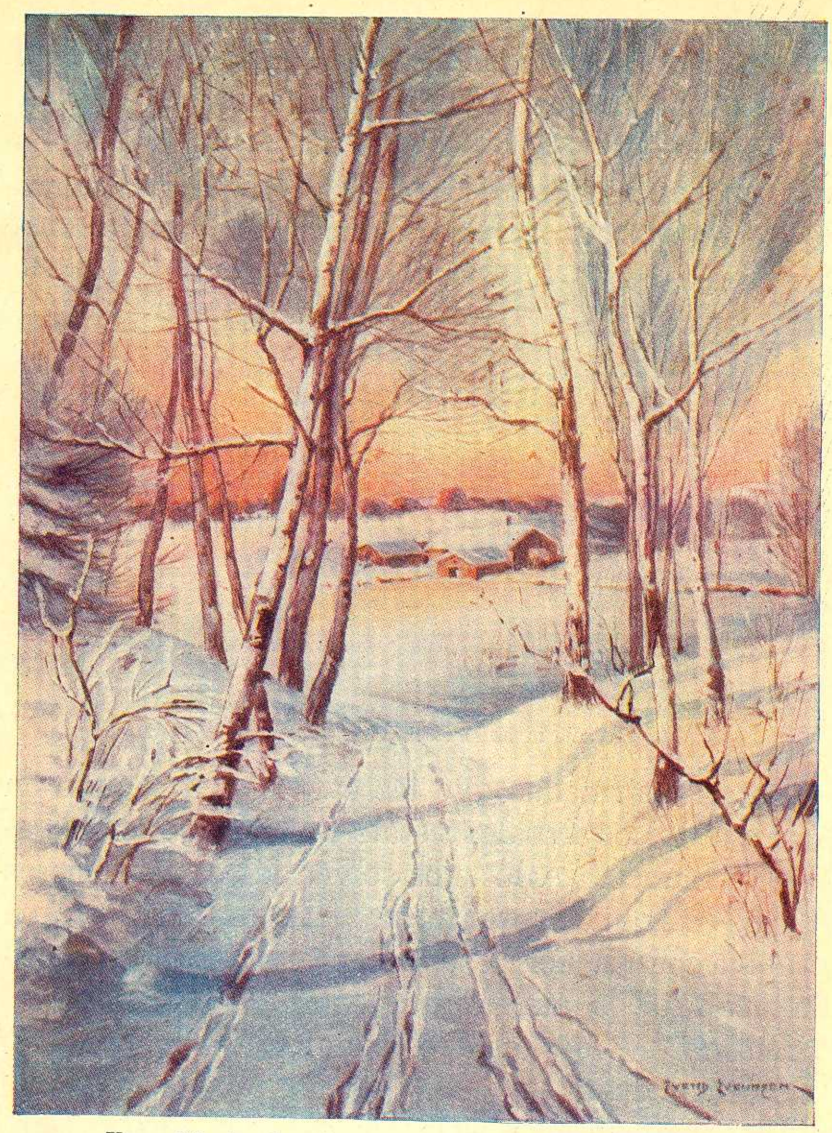
Casualmente tengo en el álbum de vistas, una que ustedes pueden buscar. Representa una salida de sol en invierno.



Paisaje invernal en la Tierra del Fuego.

Noten las huellas que los carros han dejado en la nieve. Los árboles están desnudos y manchados de blanco. A lo lejos se ven las casitas, cuyos techos blanquean también. Es un cuadro que prueba cuánta hermosura hay en cualquier manifestación de la naturaleza.

Roberto. — Aquí está el cuadro. ¡Qué lindo es! ¡Cómo me gustaría ver la nieve! ¡Qué lástima que no caiga nieve en nuestro país!



Una salida de sol en invierno (Cuadro de Svend Svendsen).

Sta. Raquel. — Si alguna vez visitas las más altas montañas de los Andes, verás la nieve; en las grandes alturas la temperatura es muy baja.

Ida. — Y ¿están muy lejos esos países tan fríos?

Sta. Raquel. — Están en la vecindad de los círculos polares, y su clima es tanto más riguroso cuanto más cerca de los polos se hallan.

En la *Patagonia* y en la *Tierra del Fuego* nieva en invierno. Nuestro país goza, pues, de todos los climas y nada tiene que envidiar al respecto a los demás del globo.

PRECAUCIONES

Contra el frío lo mejor es el ejercicio.

No te abrigues demasiado porque impedirías la respiración cutánea.

Al salir de una pieza caliente debes ponerte algún abrigo más.

Es peligroso dormir con fuego en la habitación.

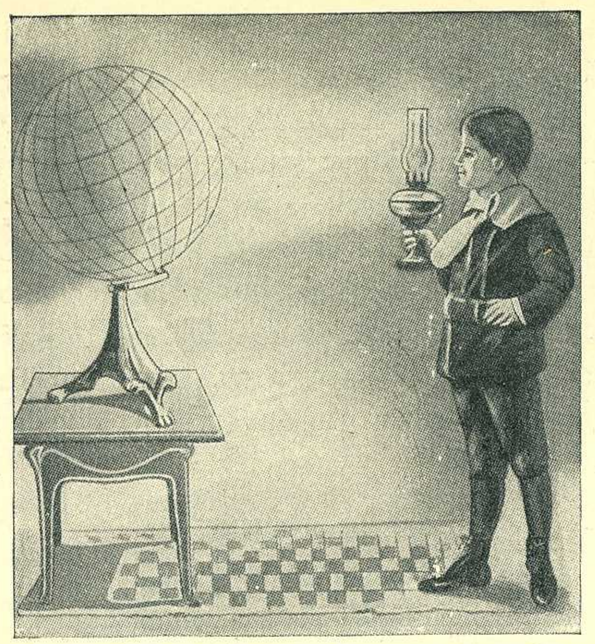
En invierno la alimentación debe ser más abundante y nutritiva.

Un baño frío y una buena fricción hacen circular la sangre más activamente, y por lo tanto dan calor al cuerpo.

Los niños deben abrigarse más que las personas mayores porque desarrollan menos calor.

Las bebidas alcohólicas sólo producen un calor momentáneo y en cambio destruyen el organismo.

Es peligroso permanecer mucho tiempo junto al fuego, pero conviene calentar el aire de las habitaciones.



Cómo se explica la sucesión de los días y de las noches.

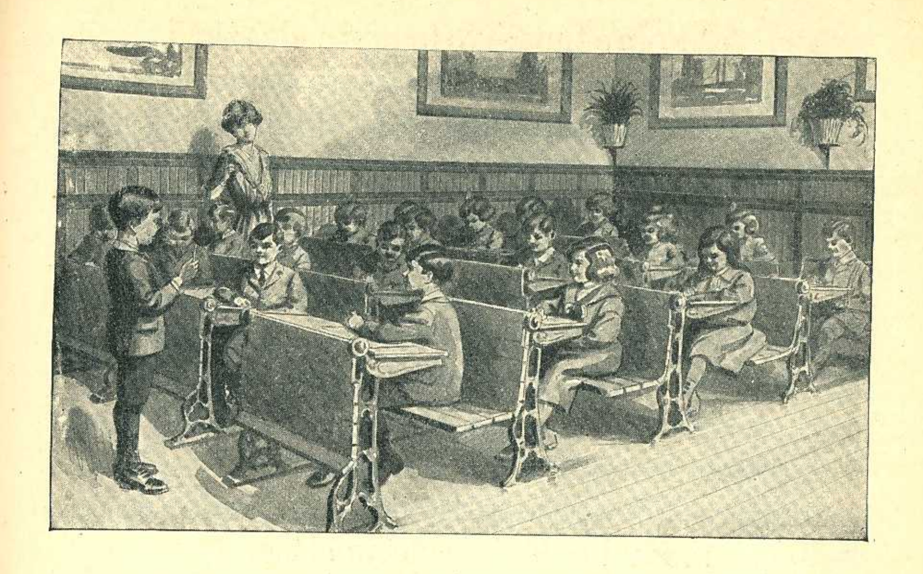
LOS VIAJES DEL SOL

(De Stevenson)

El buen sol no está en la cama
cuando yo de noche duermo,
que al viajar la tierra en torno
luz reciben otros pueblos.

Mientras es aquí de día
y en la huerta alegre juego,
a otros niños en sus camas
va la madre a dar un beso.

Y al caer aquí la tarde,
mientras yo a la mesa ceno,
los niñitos del Oeste
con el sol dejan el lecho.



CARITA DE TORMENTA

Señorita Raquel.—Vamos, Alfredito, ya estás otra vez con el ceño arrugado, ¿qué te pasa?

Alfredo.—Es que Luis ha roto la punta a mi lápiz.

Luis.—Fué sin querer; perdona, Alfredo; al momento voy a sacarle otra vez la punta. ¿Quieres prestarme el cortaplumas?

Alfredo.—¿Para que me lo rompas también? No; deja el lápiz, yo le sacaré la punta después. Podrías tener un poco más de cuidado con las cosas que se te presta.

Elisa. — ¡Pobre Luis! No lo reprendas; lo ha hecho sin querer. Le pedí que me pasara su cuaderno, y, por atenderme pronto, dejó caer el lápiz.

Alfredo. — Para defender a los demás estás siempre pronta; como el lápiz no era tuyo. . .

Anita. — ¡Gran cosa! ¡Cuánta bulla por un lápiz! ¡Ni que fuera una joya preciosa!

Alfredo. — Y a ti ¿quién te pregunta nada? Un lápiz es tan precioso como una joya, porque sin él muchas cosas no podrían hacerse. Además, mamá quiere que sea cuidadoso de mis útiles.

Alberto. — Sólo porque te calles, Alfredo, es cosa de darte todos los lápices de la clase.

Alfredo. — Yo no necesito que se me dé nada; papá. . .

Sta. Raquel. — ¿Acabarás? Alfredito.

Alfredo. — Usted siempre me reta a mí, y son los otros los que se portan mal. ¡Ji! ¡ji! ¡ji!

Sta. Raquel. — Ven acá, hijo mío; no llores, me das pena. Si yo te reprendo es para bien tuyo. Eres un niño veraz, aplicado, cariñoso, atento y servicial. Serás seguramente un hombre bueno y de provecho; pero esas cualidades las obscureces tú mismo con tu genio demasiado pronto.

A la menor cosa te enojas y discutes con tus compañeros. No, querido, es necesario moderar ese

genio, porque si no lo cambias tendrás muy pocos amigos. En sociedad hay que ser afable y perdonar las molestias que se nos cause, si queremos que los demás nos perdonen cuando los molestemos.

Alfredo. — Si, señorita, yo quiero corregirme porque si no usted no me va a querer más.

Sta. Raquel. — Te querré lo mismo, hijo mío; pero yo no compongo el mundo, como no lo componen únicamente tus padres y hermanos, que perdonan tus arrebatos. Debemos procurar ser simpáticos a todas las personas que nos rodean; y te aseguro que cuando te enojas no tienes una cara muy agradable, por cierto.

Es preciso que pienses en eso y procures dominarte, porque sino vas a hacerte acreedor al feo sobrenombre de *Carita de tormenta.*

El más glorioso heroísmo
es el vencerse a sí mismo.

Los niñitos pendencieros
tienen pocos compañeros.

Si quieres ser bien querido
sé afable, humilde y sufrido.

CARITA DE BUEN TIEMPO



Permítannos ustedes que les presentemos a nuestra compañera Mercedes. Es una de las buenas alumnas del grado; pero, más que por su aplicación, la queremos por su manera de ser.

No conocemos criatura más suave y bondadosa que Merceditas, ni otra más simpática y de mejores modales.

Nunca pide algo a un compañero sin decirle, por ejemplo: *¿Serías tan amable que me prestaras tu cortaplumas?* O bien: *¿Quieres hacerme el servicio de pasarme ese libro?*

Después que recibe el objeto pedido, jamás olvida decir: *Muchas gracias, amigo mío*, o si no: *Me has prestado un gran servicio.*

Si la señorita la habla, Mercedes se levanta inmediatamente y responde con la mayor cortesía; si la reprende (lo que muy raras veces sucede) jamás se la ve impacientarse o hacer movimientos de enojo; al contrario, inclina la cabeza, los colores le suben al rostro y acaba por decir: *Discúlpeme, señorita, le prometo no volverlo a hacer.*

Si, jugando en el recreo, empuja sin querer a algún compañero, se detiene en seguida para pedirle mil perdones y ver si lo ha lastimado; y si es a ella a quien empujan o golpean, inmediatamente dice: *No es nada.*

Nuestra compañera nunca entra a la clase ni se retira de ella sin saludarnos a todos.

Cuando, en medio de un juego, Mercedes pierde y recibe una pena, no se enoja ni amenaza con retirarse si no se hace lo que ella quiere. Al contrario, siempre sonriente, cumple la pena con el aire más cómico del mundo.

Nunca se la oye decir a sus compañeros de juego: *Quiero tal o cual cosa.* Si tiene en realidad deseo de que se haga algo, siempre dice: *¿Qué les parece si jugáramos a esto o a lo otro? Si ustedes no tienen algún inconveniente, propongo tal cosa.* Y es seguro que todos accedan gustosos a los deseos de la amable niña.

Mercedes habla con voz moderada, no agita los brazos cuando conversa, ni hace *visajes* con la cara.

Si hablando con alguna persona, ésta comete un error, Mercedes no le dirá jamás: *No es así*, sino: *Perdóneme usted, pero me parece que se equivoca.*

Si por casualidad alguno de sus compañeros riñe con ella, Mercedes es la primera en acercarse y decirle: *Ambos hemos procedido mal, discúlpame y seamos otra vez amigos.*

Por último, Mercedes siempre está pronta para prestar sus servicios al que los necesita, para disculpar al que ha cometido una falta y para consolar al que tiene una pena.

Tal es Merceditas, cuyas buenas cualidades y amable carácter hacen de ella una de nuestras compañeras más queridas, y a la que, por su habitual sonrisa, llamamos todos, *Carita de buen tiempo.*

Las ideas generosas son semillas,
son frutos las benéficas acciones,
los corazones buenos son jardines
y las palabras dulces son las flores.

UN DESCUBRIMIENTO CASUAL

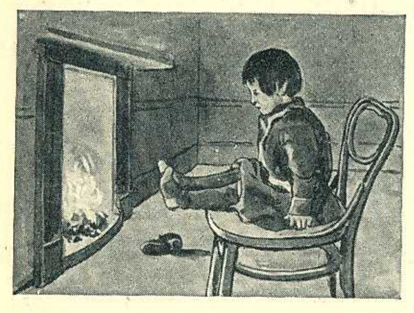


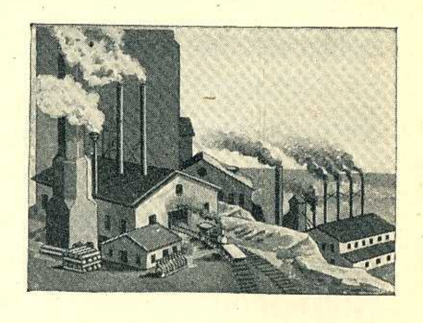
Hace muchísimos siglos los hombres no vivían en casas o chozas, sino en los huecos de las montañas; se vestían con pieles de los animales, comían hierbas y frutos de los campos y fabricaban sus armas con piedras. A menudo se veían en grandes apuros para librarse de las fieras, sobre todo durante la noche, pues, como sus viviendas no tenían puertas, sólo podían cerrarlas poniendo a la entrada una enorme piedra.

Un día varios hombres salieron a cazar. Habiendo uno de ellos perdido su hacha, recogió algunas piedras con el objeto de hacerse una nueva.

No se conocían entonces los instrumentos que hoy se emplea para romper la piedra; así es que nuestro hombre se puso a golpear una con otra a fin de conseguir su intento.

Una de las piedras era tan dura, que al armero le fué necesario dar un golpe muy fuerte; al punto se detuvo sorprendido: había visto saltar varias chispas, igualitas a las que sacan hoy del empedrado las herraduras de los caballos. Pero en tales tiempos nadie había visto jamás semejante cosa, y el hombre, lleno de temor, llamó a sus compañeros, quienes no quisieron dar crédito a su relato. El salvaje colocó entonces una gran piedra en el suelo, casualmente encima de unas ramillas y hierbas secas, y tomando otra piedra la arrojó con gran fuerza sobre la primera. Miles de rojas chispas brotaron como por encanto ante aquellos hombres *estupefactos*. Pero su sorpresa se convirtió en espanto cuando, sin saber cómo, brotó una llama de las ramillas y se formó una hoguera.





Era aquél un día muy frío; los cazadores, notando

con placer el calor que despedía el fuego, concluyeron por rodear el improvisado calorífero, y al poco rato su espanto se trocó en adoración hacia esa cosa tan misteriosa como buena.

La hoguera se apagó, pero los hombres ya sabían cómo la encenderían de nuevo. Tal hicieron, y muy pronto aprovecharon el fuego para cocer sus alimentos y ahuyentar las fieras durante la noche.

Así, por una casualidad, se descubrió el fuego, que es hoy el más precioso de los recursos en el hogar y en la industria.

COMBUSTIBLES

Toda substancia que se quema se llama *combustible.*
El fuego se alimenta generalmente con *leña* o *carbón.*
El carbón puede ser *vegetal* o *mineral.*
El primero se hace quemando la leña de los árboles.
El segundo, llamado también *hulla*, se extrae de las minas.
El carbón de leña se usa en las cocinas.
El de piedra se emplea en las máquinas.
De la hulla se extrae el *gas de alumbrado.* La hulla desprovista del *gas*, es el carbón de *coque* que se usa en las estufas.
Hay algunas variedades muy curiosas de carbón mineral:
La *plombagina*, que se emplea para hacer los lápices de dibujo;
El *azabache*, con el que se hace adornos y joyas de luto;
El *diamante*, que es la substancia más dura que se conoce.

NUESTROS VESTIDOS


Indios fueguinos con sus mantas de pieles.

Señorita Raquel. — Tienes razón, Adelina; es una gran felicidad el tener abrigados trajes de lana en invierno.

Arturo. — Señorita, ¿quién hizo el primer traje?

Sta. Raquel. — No es una pregunta muy fácil de responder la que tú haces.

Desde los primeros tiempos los hombres sintieron la necesidad de un traje que los resguardara del frío y de la lluvia.

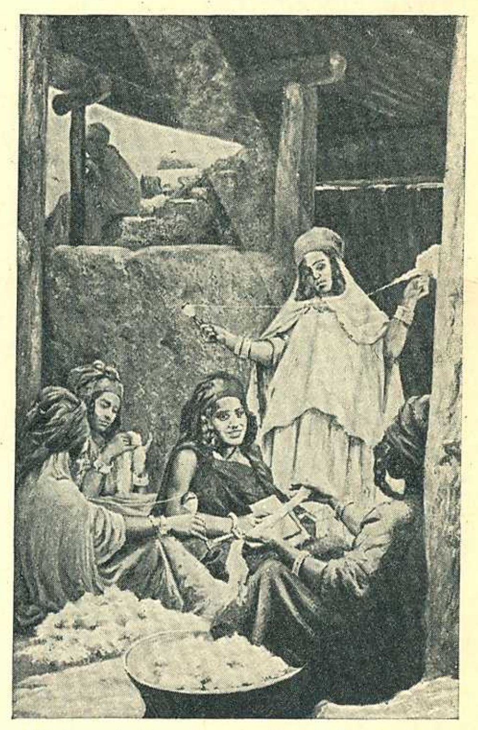
Esos primeros trajes eran muy distintos, por cierto, de los que hoy usamos. A veces consistían solamente en un trozo de piel, que se le arrollaba alrededor del cuerpo.

Luis. — Tal hacían los hombres de las cavernas de que hablamos días pasados ¿no?

Sta. Raquel. — Muy bien, veo que recuerdas lo

que aprendes, Luis. Algunos *indígenas* se visten de ese modo todavía.

Otras tribus de indios, así como algunos pueblos de Asia y de Europa, alcanzaron un cierto progreso en lo que se refiere al traje. Trabajaban la lana y con ella hacían tejidos.



Mujeres árabes devanando y tejiendo lana para sus túnicas.

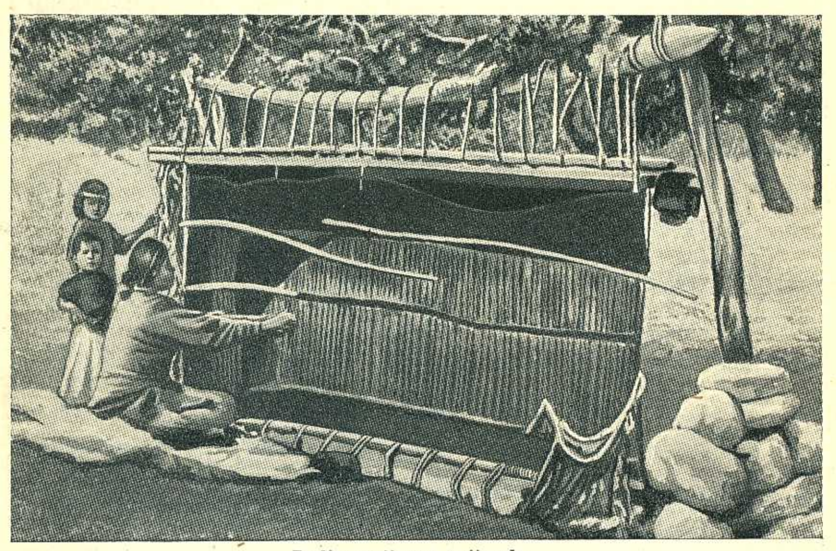
Rosa.—¿Como los de nuestros trajes?

Sta. Raquel.—¡Oh! no, muy inferiores; como que se hacían a mano. Figúrense que las mismas mujeres lavaban, *cardaban*, teñían, hilaban y tejían a mano, la lana de las ovejas y de otros animales, y comprenderán lo imperfectas que debían resultar esas telas. Pero así y todo, en ellas tuvo su origen la industria del tejido.

Con esas telas los indígenas hacían mantas que

reemplazaban a las pieles; otros pueblos, como los *griegos* y *asiáticos*, hacían *túnicas* que sujetaban alrededor del talle y dejaban caer en pliegues sueltos hasta los pies.

Pero, como todo progresa en el mundo, la indus-

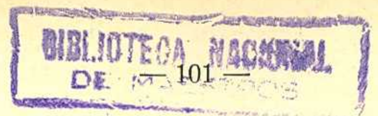


India mejicana tejiendo.

tria del tejido ha progresado también y hoy ya no se hace a mano las telas para los trajes.

Sin embargo, en algunas poblaciones del interior de nuestro país, las mujeres del pueblo tejen todavía a mano, no ya las telas para los trajes, sino los cobertores, las mantas y los ponchos.

Para estos últimos emplean la lana de la oveja



y también el pelo de la *vicuña*, cuya suavidad hace que sean muy apreciados los tejidos elaborados con este material.

En cuanto a las telas de los vestidos que ahora usamos, son fabricadas a máquina.

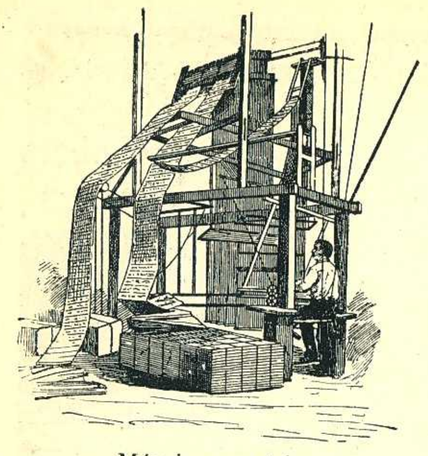


Campesinos de Patagones tejiendo.

De ese modo se hila y teje la lana, el algodón y la seda. Las máquinas son tan sencillas, que un solo hombre puede manejarlas y hacer en poco tiempo muchos metros de tela.

A las máquinas tejedoras se las llama *telares*, nombre que se da también al bastidor con que se trabaja a mano.

Los telares han cambiado mucho de forma; pero



Máquina para tejer.

el más perfecto es el ideado por un francés, José María Jacquard, que dedicó su vida entera a mejorar esa máquina. Gracias a tan precioso invento, los tejidos se han abaratado muchísimo, por la rapidez y facilidad con que se les fabrica.

EL TRAJE Y LA SALUD

El vestido que lleves debe estar de acuerdo con la estación.

La más perfecta limpieza en las ropas es indispensable a la buena salud.

No te pongas trajes, cuellos, ligas ni cinturones ajustados, pues impedirás que la sangre circule con libertad.

El corsé causa muchas víctimas; cuida de no ceñirlo.

No te abrigues demasiado la cabeza ni el cuello.

Conviene que el calzado sea cómodo y de taco bajo.

Los trajes claros son más frescos y los obscuros más abrigados.

Si el traje que llevas te impide mover libremente, puedes estar seguro que es perjudicial para tu salud.

Desecha los trajes costosos que requieran demasiados cuidados, porque tu cuerpo será esclavo de ellos.



LOS HUERFANITOS

¡Pobres corderitos! ¿No es verdad que causa pena saber que estos cuatro inocentes animalitos han quedado huérfanos?

Los animales, cuando pequeños, son incapaces de bastarse a sí mismos. ¿Qué hubiese sido de ellos si la buena campesina no hubiera tomado bajo su protección a estos huerfanitos?

En los primeros meses de su vida los corderitos se alimentan sólo de leche; son *mamíferos*, como el

perro, el gato, el león y un gran número de animales que todos conocemos.

La aldeana, conmovida por la desgracia de los pobres corderitos, ha ideado una buena manera de alimentarlos con facilidad. Les da la leche con una *mamadera* como la que se emplea para los niños pequeños a quienes sus madres no pueden alimentar con la propia leche.

En este momento uno de los corderitos está tomando su desayuno, mientras dos de ellos esperan impacientes que les llegue el turno. El otro andaba *retozando* por la hierba; al ver a los demás alrededor de la aldeana, comprende de lo que se trata y echa a correr hacia el grupo *balando* suavemente, como si dijera: *¡A mí! ¡a mí! ¡No se la tomen toda!*

Laurita, la hermana de la joven paisana, está a su lado observándola atentamente, con el propósito de reemplazarla en la tarea, porque la niña es caritativa y ama a los animales.

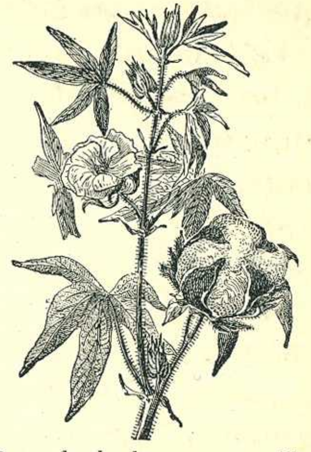
De ese modo los corderitos podrán vivir, y dentro de pocas semanas ya no habrá que cuidarlos tanto; la hierba de los campos será el alimento mejor y más apropiado para los pobres huerfanitos, que tan gracioso grupo forman alrededor de la bondadosa aldeana y de su hermanita.

PRODUCTOS TEXTILES

No solamente con lana se hace las telas; las hay también de algodón.

El *algodonero* es planta que se cría en los climas cálidos; entre nosotros se la cultiva en *Corrientes* y en el *Chaco*.

Cuando las semillas del algodonero están maduras, aparecen rodeadas de una pelusa blanca que es, ni más



Rama de algodonero con semilla.



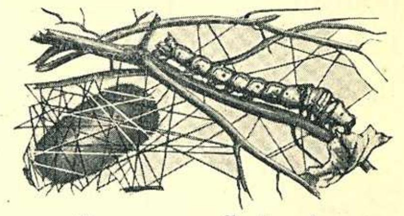
Cosechando algodón.



Rama de lino en flor.

ni menos, lo que nosotros llamamos *algodón en rama.* Éste es llevado a la fábrica de tejidos, donde se le hila y teje.

El *lino* es también planta *textil.* De su tallo, después de tenerlo sumergido en el agua durante mucho tiempo, se saca una *fibra* muy delgada con la que se hace las telas que llamamos de hilo.

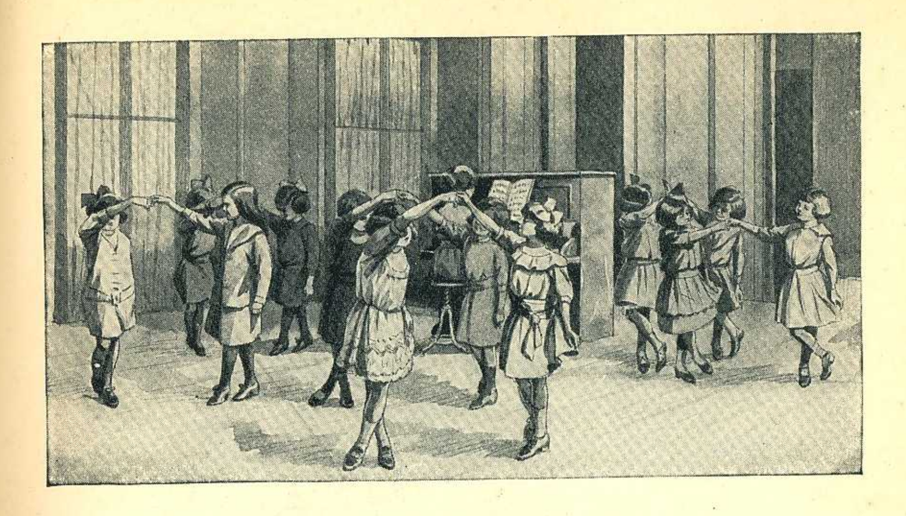


Gusano y capullo de seda.

Los capullos del gusano de seda, *devanados* en agua caliente, desprenden una hebra muy fina y larga de este textil, con el que se fabrica las más ricas y hermosas telas.

La corteza de una planta llamada *ramio*, después de *macerada* en la misma forma que el lino, proporciona también fibras muy resistentes; éstas reciben el mismo nombre de la planta, y una vez tejidas dan telas semejantes a las de seda.

Rama de ramio en flor.



EL VESTIDO DE TERCIOPELO

(Juego escolar)

Cuéntase que había una niña
que, aunque de cuna modesta,
juzgaba que no era digno
sino el vestirse de seda.

Y el mérito de las niñas
que llamaba compañeras,
se valoraba a sus ojos
por el valor de sus prendas.

Ocurrió que cierto invierno,
hízole para las fiestas
su madre, un bonito traje
de terciopelo cereza.

Y la niña vanidosa,
cada vez que aquella prenda
se ponía, desdeñaba
a sus pobres compañeras.

Mas parece que el vestido,
ante conducta tan necia,
quiso dar a la niñita
una lección muy severa.

Así, pues, llegó un domingo,
y la niña con tristeza
oyó que su lindo traje
le hablaba de esta manera:

« No quiero salir contigo,
pues llevándome me afeas,
que, al darme tanta importancia,
a ti misma te desprecias.

« Y, pues tú juzgas que vales
tan sólo cuando me llevas,
no quiero que por mi causa
se humillen tus compañeras.»



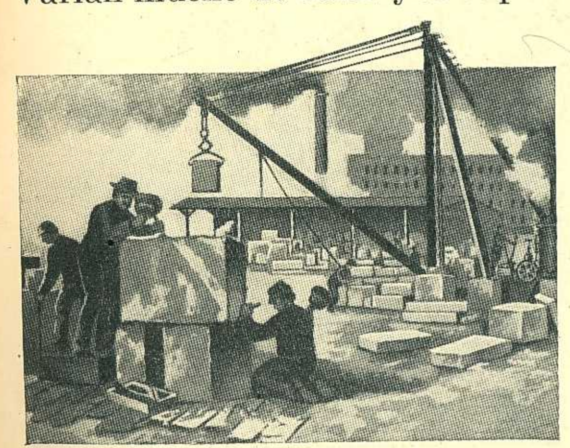
UN MATERIAL PRECIOSO


Cantera de piedra en la costa del Atlántico.

Ayer empezamos a coleccionar las piedras que recogimos en nuestra última excursión.

Ahora estamos tratando de *clasificarlas* para presentárselas bien ordenadas a la señorita.

Las piedras son substancias minerales muy duras. Varían mucho de color y de aspecto. Las hay lisas, como la *pizarra*, y granulosas, como el *granito;* veteadas, como el *mármol*, y vidriosas, como el *cuarzo*.

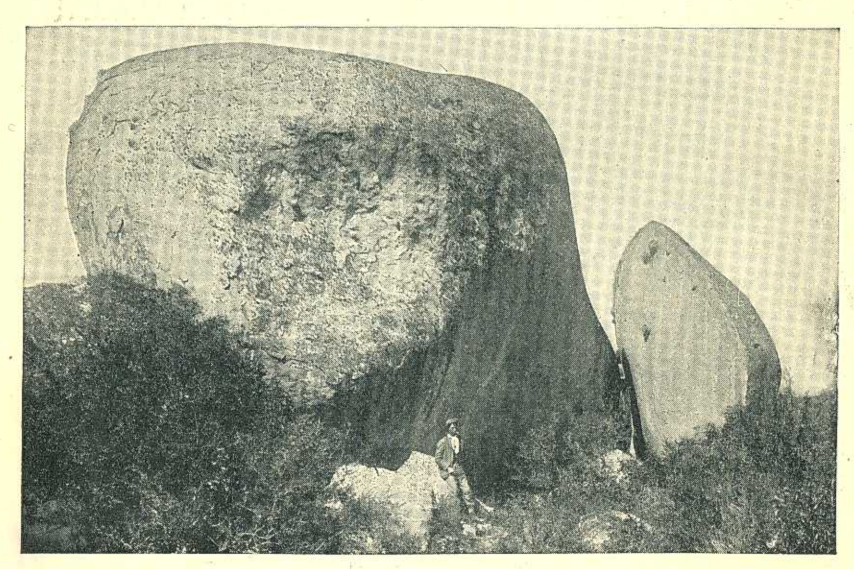

Tallando piedras para construir casas.

Las piedras abundan en los parajes montañosos, y en ver-

dad son muy útiles, pues sin ellas careceríamos de muchas cosas necesarias y bellas.

Con piedras se pavimenta las veredas y se adoquina las calles. De piedra o de mármol son algunos edificios y monumentos, las estatuas, las escaleras de las casas y muchos objetos de arte. Con la pizarra se techa algunas casas y se fabrica los lápices, y con ciertas piedras, bien pulidas, se adorna las joyas.

Al verla en bruto parece imposible que la piedra sirva para hacer tantas cosas; pero la industria del hombre ha logrado cortarla, tallarla, pulirla y darle todas las formas deseables.



Piedra Grande (La Falda, Córdoba).



Joven escultor (Escultura de Miguel Angel).



TRAVESURA DE CONSECUENCIAS

(Descripción de cuatro cuadros)

Vaya ¡qué suerte! Tanto tiempo que deseaba probar cómo se fuma, y la casualidad hace que abuelito deje olvidada su pipa en mi cuarto.

Y ¡cuidado que es una gran pipa ésta!

Probemos. Abuelito se la coloca así y después echa tabaco hasta llenarla. Aquí está la bolsita del tabaco. Ahora, un fosforito.

En verdad, el fuego me da un poco de miedo. Mamá dice que es muy peligroso y que muchos niños han muerto quemados por jugar con fósforos. Tendré mucho cuidado.

Fumemos ahora. ¿Cómo hace abuelito? ¡Ah! ya me acuerdo; primero chupa la pipa y, cuando tiene la boca llena de humo, infla los carrillos y lo despide por la nariz. A ver, probemos.

Así es, ¡muy bien! Fumaré unas cuantas veces para acostumbrarme.

¡Qué lindo es fumar! Si abuelito me viera no me tendría ya por un nene. ¿No es verdad que fumando soy un verdadero abuelo?

Pero no, mejor es que no me vea porque me reprendería. Cuando le pedí una vez que me dejara fumar un poquito en su pipa, se negó diciendo que

no es cosa para niños, y nunca lo he visto tan serio como entonces.

¡Ay! ¿y si mamá me viera? Sería mucho peor para mí, porque abuelito me perdonaría, pero mamá ya es otra cosa. Cuando menos me mandaría a la cama sin postre o no me llevaría el domingo al Circo.

Porque mamá dice que los padres debieran castigar severamente a sus hijos cuando los ven fumar. Ella asegura que el tabaco es malo para los hombres, y para los niños un verdadero veneno; que los niños fumadores no se crían fuertes y a menudo se ponen tontos. Dice que el fumador pierde el apetito y hasta puede ponerse tísico, es decir flaquito, muy flaquito. Y si mamá lo dice debe ser cierto.

¡Ay! ¡ay! ¿qué es lo que me pasa? Tengo sueño, me arde la garganta, la cabeza me duele y me pesa como si fuera de piedra, y siento en el estómago una cosa que la buena educación no me permite decir. Ya no tengo ganas de nada; ¿si me estaré poniendo tonto? ¡Qué miedo! Y lo peor es que oigo los pasos de mamá. ¡Estoy perdido!

¡Mamita! ¡mamita querida! No me castigues; déjame ir el domingo al Circo, que mi travesura ha sido suficientemente castigada. ¡Te prometo que será la última!

TAN HONRADO COMO DIGNO

Señorita Raquel. — Niños, de venida a la escuela he tenido hoy una gran alegría.

Carmen. — ¿Cuál? señorita.

Sta. Raquel. — Han de saber que he conocido un niño que promete ser un hombre tan honrado como digno. Esto no me habría extrañado, pues muchos niños así conozco; pero es el caso que éste me había parecido uno de los tantos *pilletes* que vagan por nuestras calles.

Carlos. — Generalmente no son muy buenos esos chicos.

Sta. Raquel. — Es verdad; la poca educación que reciben y el hecho de estar todo el día en la calle, hacen que se *perviertan* desde pequeños.

Rosa. — Es una crueldad dejarlos así.

Sta. Raquel. — Esos niños pertenecen a familias en extremo pobres, que tienen que dedicarlos al trabajo, y lo más común es que los hagan vende-

dores de diarios. En esa ocupación se mezclan con otros muchachos mayores que les enseñan pillerías y a veces malas costumbres.

Alicia. — Son generalmente *rateros.*

Horacio. — Y juegan a los cobres.

Lía. — Dicen palabras muy feas.

Jorge. — No respetan a los mayores.

Sta. Raquel. — Hay *excepciones*, y con una de ellas he tenido el placer de tropezar hoy.

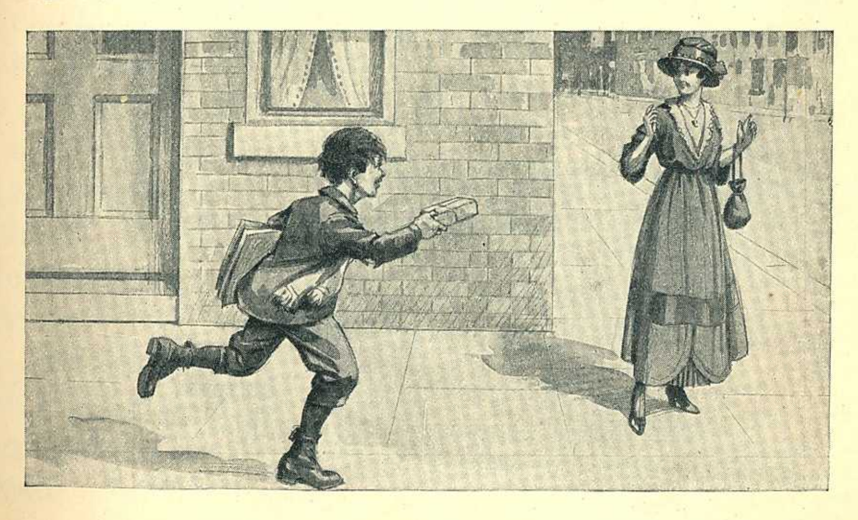
Venía yo de prisa para la escuela, cuando oí que alguien silbaba tras de mí, como con intención de molestarme. Dime vuelta y me encontré con un niño como de diez años, pobremente vestido, que pertenecía, por su aspecto, a la clase de los pilletes callejeros.

Seguí andando y tras de mí el chico, que silbaba siempre, y al que concluí por no hacer caso.

Al doblar una esquina parecióme que alguien me llamaba diciendo: «¡Señorita! ¡eh! ¡señorita!» Volvíme y vi que el chico corría hacia mí. «*Vea,* — me dijo, — *esto se le ha caído*»; y me alargó la labor de Celia, que había llevado a casa para mostrarla a una amiguita. Como ustedes saben, Celia está haciendo una chaqueta de lana para su hermano, y, al recibirla de manos del niño, pensé cuán bien le habría venido a él en estos fríos días de invierno.

«*Gracias*», le dije, y abriendo mi cartera quise darle una moneda, pero el muchacho retrocedió diciendo: «*No, señorita*». Insistí para que la tomara, observándole cuán poco era para lo que él acababa de hacer; y el chico me respondió con tono brusco pero sincero: «*Si quiere, cómpreme un diario. Me gusta ganar el dinero, pero no que me lo regalen.*»

Me impresionó mucho su *honradez* y *dignidad*. «*Precisamente, hijo mío* — le dije, — *necesito unos cuantos diarios*»; y le compré los pocos que llevaba. La alegría del muchacho fué vivísima. Tomó las monedas que le di y echóse a correr, silbando de nuevo.





DIGNIDAD DEL TRABAJO

(Canto escolar)

Es más digna la mano tosca y dura
que las rudas faenas encallecen
que aquélla que, cobarde ante el esfuerzo,
para explotar la caridad se extiende.

El que pudiendo trabajar mendiga,
la dignidad del hombre desmerece,
y no sólo es inútil a sí mismo,
sino al mundo, al que pide y no devuelve.

Abra al anciano, al niño y al enfermo,
la caridad, las puertas del asilo;
mas al que puede trabajar, que le abra
las del taller, que oculta las del vicio.

Que en el hogar del hombre laborioso
que gana el pan para sus tiernos hijos,
la miseria se asoma muchas veces
pero muy pocas halla en él abrigo.

DESPUÉS DE UNA EXCURSIÓN

Señorita Raquel. — Y bien, niños ¿les ha gustado el paseo por el Jardín Zoológico?

Varios niños. — ¡Cómo no, señorita, muchísimo!

Juan. — Yo he tomado una porción de notas para la composición que usted nos pidió.

Carmen. — Yo saqué algunos dibujos de los animales que se quedaban un rato quietos.

Susana. — Y yo, voy a procurar recordar las cosas que usted nos relató, para referirles cuentos a mis hermanitos, que todas las noches me piden uno.

Sta. Raquel. — Muy bien; veo que han aprovechado el paseo. Ahora, díganme qué animal les ha llamado más la atención.

Andrés. — A mí, el oso blanco. ¿Se fijó, señorita, cómo movía *incesantemente* la cabeza? ¡Y con qué cara de enojo miraba!



Oso blanco.

Sta. Raquel. — Ése es un animal muy temible y, estoy segura de

que si un viajero se encontrara en campo libre con tal oso, no tendría el mismo placer que tú al verlo en su jaula.

Jorge. — ¿De dónde dijo, señorita, que han traído ese oso?

Sta. Raquel. — De las vecindades del polo Norte. El calor le hace mucho daño. Por eso, como has visto, lo tienen en un sitio fresco, rodeado de agua; pero asimismo no podrá vivir mucho tiempo.



Oso pardo.

Ester. — Todos los osos no son feroces ¿verdad? Yo he visto uno que bailaba por las calles.

Sta. Raquel. — Ése es el oso pardo, que puede domesticarse y aprende lo que se le enseña. Lo exhiben generalmente en los circos y hace muy bonitas pruebas.

Con todo, muchos de los que cuidan y adiestran osos han muerto entre sus garras, víctimas de un momento de mal humor de la bestia.

Y a ti, Carlos, ¿qué animal te gustó más?

Carlos. — El cóndor. ¡Es muy extraño ese enorme

pájaro de obscuro plumaje y que parece tan serio y fuerte!

Sta. Raquel. — No, querido, el cóndor no es un pájaro, sino un *ave de rapiña.*

Raúl. — ¿Roba algo el cóndor?

Sta. Raquel. — Sí, en los valles andinos roba corderos y cabritos, a los que prende con sus fuertes *garras*, llevándolos por los aires para devorarlos luego con su *corvo* pico.



Cóndor.

Eloisa. — ¡Qué horror! ¿Cómo puede gustarte el cóndor? Carlos.

Carlos. — Me gusta su aspecto tan grave y majestuoso.

Sta. Raquel. — Tienes razón; no en vano lo llaman el *rey de los Andes.* Vive en los más altos picos y vuela a alturas que ninguna otra ave alcanza, a excepción del águila.

El cóndor es originario de la América del Sur y algunos lo llaman el *águila de América.*

Lía. — El cóndor es hermoso sin duda; pero me gusta más el león. ¡Ese sí que parece un rey!



Águila.

Sta. Raquel. — Y es rey de las selvas, como el cóndor lo es de los aires.

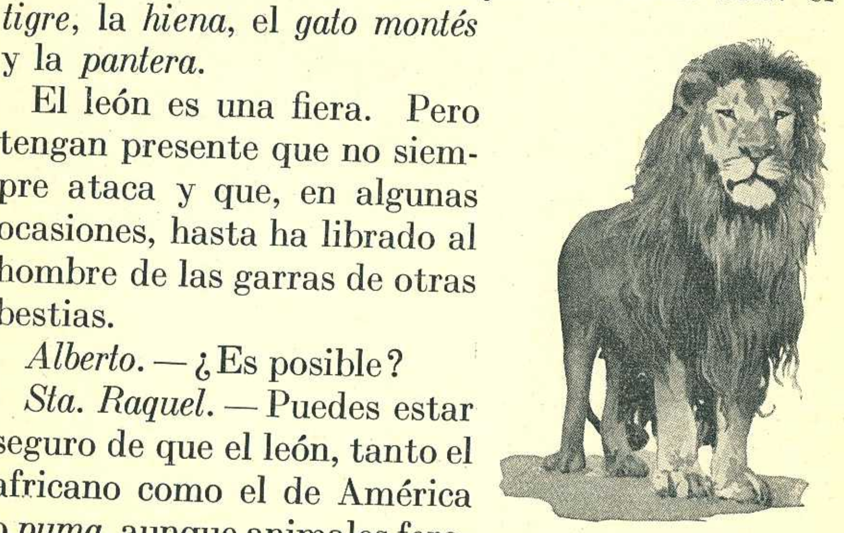
Luis. — ¿El león es también un animal de rapiña?

Sta. Raquel. — A los mamíferos que tienen ese hábito se les llama *fieras*. Tales son: el *tigre*, la *hiena*, el *gato montés* y la *pantera*.

El león es una fiera. Pero tengan presente que no siempre ataca y que, en algunas ocasiones, hasta ha librado al hombre de las garras de otras bestias.

Alberto. — ¿Es posible?

Sta. Raquel. — Puedes estar seguro de que el león, tanto el africano como el de América o *puma*, aunque animales fero-



León.

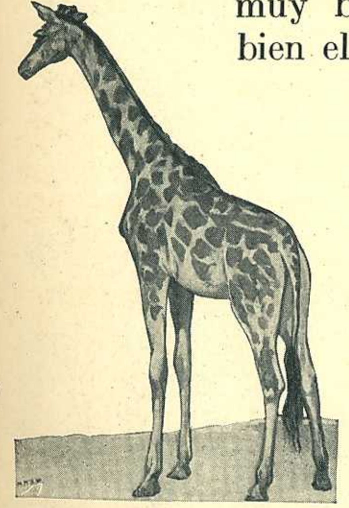
ces, son capaces de nobleza y gratitud.



Puma.

Luciano. — Y ¿cómo dijo, señorita, que se llama ese extraño animal con las piernas de adelante mayores que las de atrás, el cuello muy largo, la cabeza chica en relación a su estatura, y la piel manchada de varios tonos de amarillo?

Sta. Raquel.— Es la *jirafa;* no tiene una figura muy bonita, por cierto, aunque si bien el color de su piel le da cierta gracia.



Jirafa.

Pero basta por hoy; mañana me traerán una descripción escrita de los demás animales que vimos en nuestro paseo.

Roberto. — ¡Qué entretenido es hablar de los animales!

Sta. Raquel. — Tienes razón, Roberto; todos los seres de la tierra ofrecen al hombre algo digno de interés.

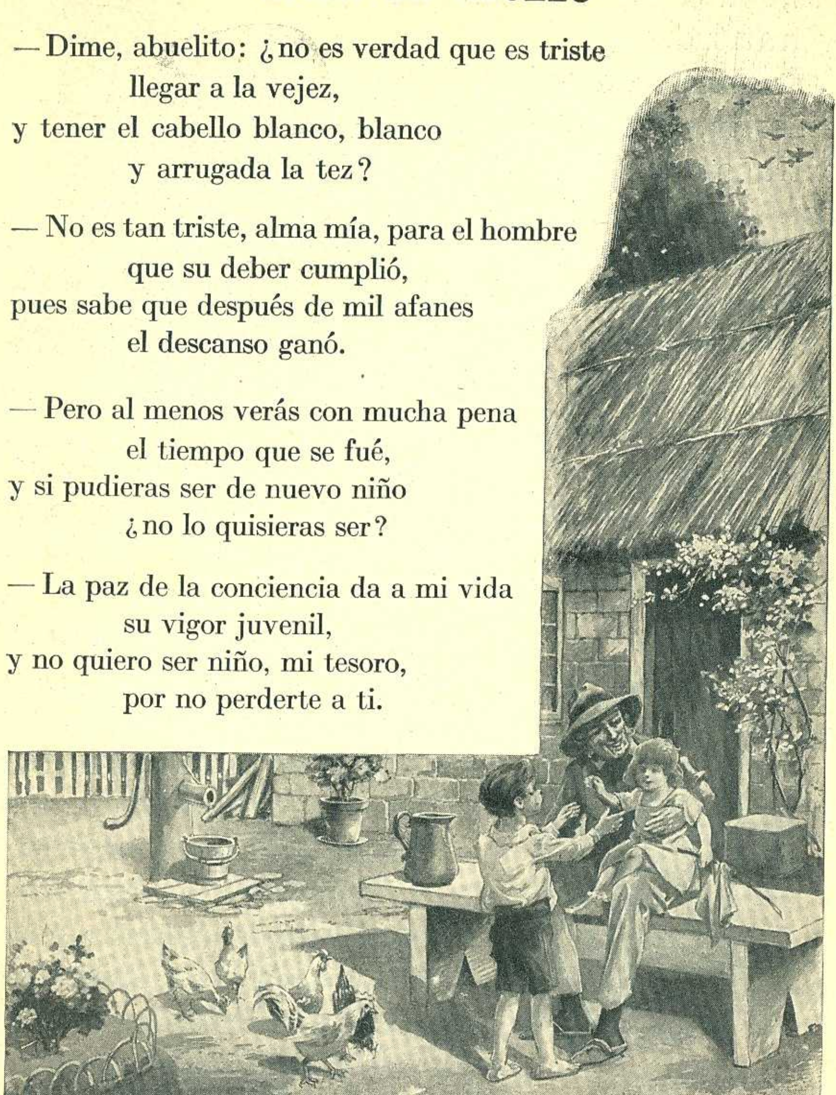
AMOR DE ABUELO

— Dime, abuelito: ¿no es verdad que es triste
llegar a la vejez,
y tener el cabello blanco, blanco
y arrugada la tez?

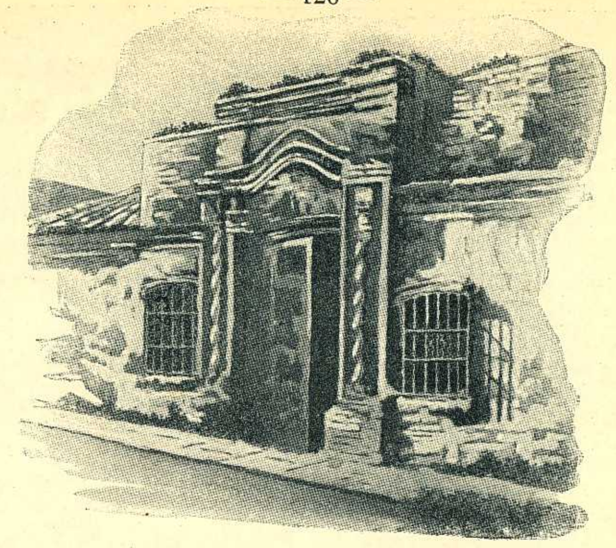
— No es tan triste, alma mía, para el hombre
que su deber cumplió,
pues sabe que después de mil afanes
el descanso ganó.

— Pero al menos verás con mucha pena
el tiempo que se fué,
y si pudieras ser de nuevo niño
¿no lo quisieras ser?

— La paz de la conciencia da a mi vida
su vigor juvenil,
y no quiero ser niño, mi tesoro,
por no perderte a ti.







LA CASA DE TUCUMÁN

Señorita Raquel. — ¿Qué les parece esta casa?

Anita. — Realmente no es nada linda.

Juan. — Parece muy antigua.

Irene. — Es de estilo colonial ¿verdad?

Sta. Raquel. — ¿En qué lo has conocido? Irene.

Irene. — En que es de un solo piso, en que tiene puerta baja y ventanas con reja.

Alfredo — En otra cosa, señorita, ¿me permite?

Sta. Raquel. — Veamos.

Alfredo. — En que tiene techo de teja.

Irene — ¡Ah! es cierto. En la época colonial casi todos los techos de las casas eran de teja.

Rodolfo. — Todavía hay algunas casas así.

Sta. Raquel. — Efectivamente, aunque muy pocas quedan ya de ese tiempo. ¿De modo que no les gusta a ustedes esta casa?

Julia. — Hoy tenemos casas mucho mejores, y no hay duda que ésa pasaría inadvertida para cualquiera.

Sta. Raquel. — Pasaría tal vez inadvertida para un extranjero, pero nunca para un argentino.

Mercedes. — ¿Qué casa es ésa? pues.

Sta. Raquel — Es la *casa de Tucumán.*

Jacobo. — *¿La casa de Tucumán?* Entonces ¿no está en Buenos Aires?

Sta. Raquel. — No, por cierto; está en Tucumán, que, como ustedes saben, es la capital de la provincia del mismo nombre, una de las más pintorescas del país.

Celia. — Y ¿por qué la llaman la *casa de Tucumán*, como si no hubiera otras en esa ciudad?

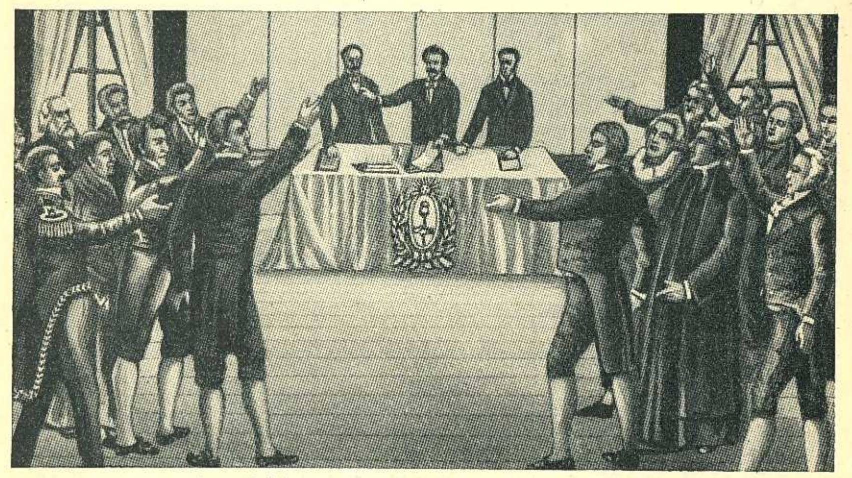
Sta. Raquel. — Y en efecto, no hay otra que tenga la *tradición* histórica de esta modesta casa.

Luis. — ¿Qué pasó en ella?

Sta. Raquel. — Allí se juró nuestra independencia el 9 de julio de 1816.

Había en esa casa y existe todavía, aunque muy deteriorada por el tiempo, una gran sala en la que

tuvo lugar aquella memorable reunión de nuestros padres; sala que la *gratitud nacional* conserva encerrada dentro de un edificio, cual en precioso *relicario*.



Acto del juramento de nuestra independencia.

Elvira. — ¿Nuestros padres se reunieron allí? No sabía nada.

Sta. Raquel. — Cuando digo *nuestros padres*, no quiero hablar de los tuyos ni de los míos; hablo de los padres de la patria.

Julio. — Los héroes que nos dieron libertad.

Lola. — A los que debemos el tener una patria independiente.

Juan. — ¿Y quiénes se reunieron en la casa de Tucumán? señorita.

Sta. Raquel. — Un grupo de hombres valientes y patriotas que, después de varias reuniones, declararon resueltamente que *la Nación Argentina quedaba desde ese momento libre de toda dominación extranjera.*

Tal declaración es la que nos dió el nombre de argentinos, de que gozamos desde entonces.

Ya ven, pues, que lejos de ser ésta una vulgar casa antigua, es un monumento de la historia argentina.

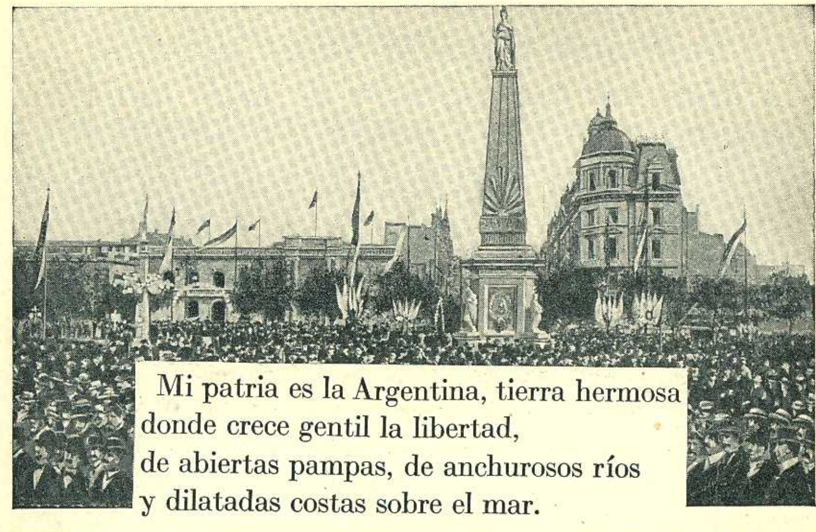
Adela. — Me explico ahora la importancia de esa casa.

Celia. — Hacen bien en llamarla la *casa de Tucumán*, porque realmente es única en su gloria.



Cómo celebramos el 9 de Julio en nuestra escuela.

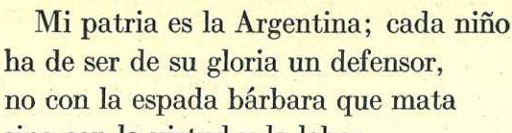
MI PATRIA ES LA ARGENTINA



Mi patria es la Argentina, tierra hermosa
donde crece gentil la libertad,
de abiertas pampas, de anchurosos ríos
y dilatadas costas sobre el mar.



Mi patria es la Argentina, fértil suelo
que dora el trigo y que fecunda el sol.
El Iguazú lo canta en sus bramidos
y lo pregona el cóndor con su voz.



Mi patria es la Argentina; cada niño
ha de ser de su gloria un defensor,
no con la espada bárbara que mata
sino con la virtud y la labor.

La virtud de sus hijos acredita
ante propios y extraños al país,
y el trabajo constante lo engrandece,
haciéndolo más rico y más feliz.

Mi patria es la Argentina; yo la adoro
y prometo servirla con ardor,
ser bueno, honrado, laborioso y justo,
y puro conservar mi corazón.



LA FAMILIA CONEJO

En un rincón del bosque la coneja ha reunido a sus cinco pequeñuelos para darles consejos. Hace muy poco tiempo que los conejitos están en el mundo, y por lo tanto no tienen experiencia. La madre sabe bien que sus hijitos corren muchos peligros si no aprenden a defenderse de sus enemigos.

Conviene que sepan que los conejos son muy buscados por los cazadores, para venderlos en el mercado. Y no sólo para comerlos se les busca, sino también para aprovechar su linda piel, con que las mujeres y los niños se abrigan en invierno. ¡Ay! es necesario estar precavidos, pequeños.

El verano es una buena estación para cazar conejos, cuando éstos van a saltos por las huertas, buscando un repollo tierno o algunas hojas de lechuga con que regalarse. ¡Cuidado, conejitos! ¡Cuidado con los cazadores!

Felizmente la naturaleza os ha dado algunas ventajas. Vuestras largas y movibles orejas os permiten oír los ruidos más leves. Uno de los conejitos ya ha aprendido esta lección; se ha sentado sobre sus patas traseras y, con las orejas bien derechas, parece escuchar algún ruido lejano.

Otro de los conejitos está al lado de la madre, que va a enseñarle cómo se corre una carrera. Apoyado en las patas más cortas, extiende las delanteras para dar un saltito. Es a saltos como huyen los conejos.

Y ese otro, allí más abajo, ¿qué hace? El muy glotón no escucha las lecciones maternas, por arrancar la hierba fresca, que come moviendo su gracioso hociquito.

Entretanto, uno de sus hermanos se ha detenido a su lado y parece pensativo; algo debe estar mirando que llama su atención, a juzgar por la fijeza de sus ojos que brillan como cuentas.

¿Y ese otro conejito que está a la izquierda? ¡Oh! ese es el menor de todos y el más travieso. Pues ¿no se ha puesto a hacer payasadas mientras la madre da lecciones a su familia?

¡Inexperto conejito! ¡escucha los consejos de la prudencia y del amor materno!





UN DRAMA EN LA PECERA

Luisa. — ¡Qué pena! Nuestros pececitos rojos no se mueven; deben estar muertos. ¿Qué habrá ocurrido?

Juan. — Pongamos la pecera sobre la mesa para ver si hay algo en el agua que pueda haber causado la muerte de estos pobrecitos.

Lía. — De hambre no deben haber muerto, porque veo algunas lombrices en el fondo. Pero observen; los pececillos empiezan a agitarse.

Luisa. — ¡No estaban muertos! ¡Qué suerte!

Juan. — ¿Qué habrá sido lo que los tenía así?

Señorita Raquel (entrando). — Buenos días, niños. ¿Qué pasa? ¿Qué hacen ahí?

Luisa. — ¡Ah! señorita, ¡qué susto nos hemos dado! Encontramos a nuestros pececitos como muertos entre las plantas; pero felizmente ahora empiezan a revivir.

Carmen. — ¿Qué sería? señorita.

Sta. Raquel. — Ante todo díganme dónde dejaron ayer la pecera.

Juan. — En aquel rincón.

Sta. Raquel. — El más obscuro de la clase.

Juan. — De todos modos a los peces les hace poca impresión la luz. Si se hubiera tratado del canario...

Sta. Raquel. — Te parece que no les hace efecto la luz; y sin embargo la obscuridad ha sido la causa de que estuvieran a punto de morir.

Alfredo. — ¿Es posible, señorita? ¿Los peces necesitan luz? ¿Acaso se morían de tristeza?

Sta. Raquel. — No precisamente de tristeza; se morían por *asfixia.* ¿Se acuerdan ustedes lo que dijimos un día del *gas carbónico?*

Luis. — Sí; es un gas nocivo que se desprende del carbón y de las substancias en descomposición.

Sta. Raquel. — Ese gas lo despiden también las

plantas durante la noche, razón por la cual no conviene dejarlas en las habitaciones donde se duerme.

Rosa.—Mamá nunca deja, de noche, flores en los cuartos, porque producen dolor de cabeza.

Sta. Raquel.—Pues algo así les ha pasado a los amiguitos de ustedes. Las plantas de la pecera han estado despidiendo gas carbónico y cargando de ese gas el agua. Al aspirarlo, los peces sufrieron un principio de asfixia, y hubieran muerto sin duda, si ustedes no hubiesen sacado a tiempo la pecera, poniéndola en la luz.

No olviden, pues, que las plantas respiran como nosotros, y que lo hacen por las hojas, exhalando oxígeno cuando hay lúz y gas carbónico en la obscuridad.

Eva. — ¿Sólo gases despiden las hojas?

Sta. Raquel.—Despiden también vapor de agua. La planta absorbe de la tierra los jugos nutritivos con que elabora la savia. Ésta sube por el tronco a todos los órganos de la planta, y al llegar a las hojas se evapora en parte por unos agujeritos que éstas presentan. Si quieren comprobarlo, cubran una plantita con una copa, y verán que ésta se llena por dentro de menudas gotas: es el vapor de agua que, al tocar el vidrio frío, se condensa.



Un día de viento.

AIRE Y VIENTO

Soy una cosa sin precisa forma,
pero que todo cuanto es hueco lleno;
aunque color no tengo, es bien sabido
que doy su bello azul al firmamento.

Nadie me ha visto aún, y sin embargo,
estoy en todas partes, según veo;
y aunque todos me absorben con delicia,
dicen ¡ingratos! que sabor no tengo.

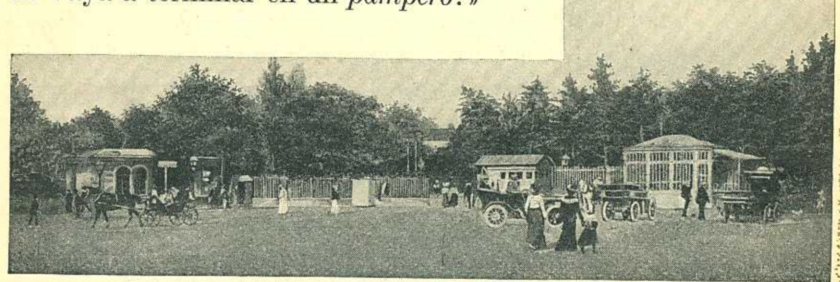
A los seres humanos y a las bestias,
lo mismo que a las plantas, yo sustento;
si llegara a faltarles, es seguro
que fuera el mundo todo un cementerio.

Yo penetro hasta lo hondo de la tierra,
con las aguas inquietas me entremezclo,
me elevo por encima de las nubes
y a los abismos más profundos llego.

Cuando libre me dejan soy muy puro;
me vician la quietud y el largo encierro,
y el que me aspira entonces, reconoce
que le hago el mismo efecto que un veneno.

Sólo las aves a cruzar se atreven
sobre sus alas mi temido reino;
el hombre lo ha intentado muchas veces
sin conseguir vencerme por completo.

Los campesinos con temor me miran
y así que indicios de violencia muestro,
dicen: «¡Con tal que este airecillo vivo
no vaya a terminar en un *pampero!*»



VENTILACIÓN

Deja las habitaciones abiertas durante el día, y por la noche una ventana o postigo para que el aire se renueve.

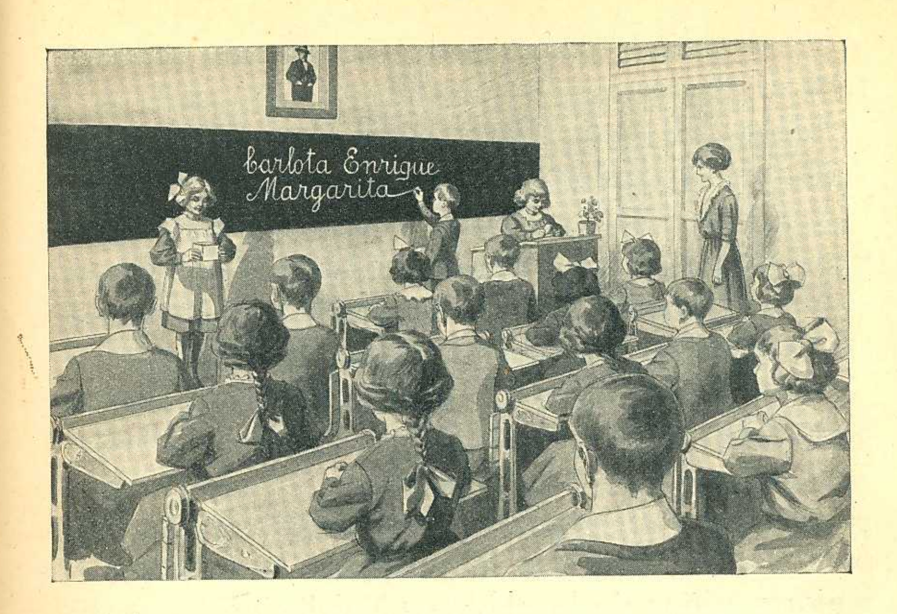
No permanezcas mucho tiempo en una habitación cerrada.

No duermas con fuego en la habitación, porque el carbón despide un gas nocivo que puede hasta causar la muerte.

La respiración de las personas *vicia* el aire lo mismo que el fuego.

Permanece todo el tiempo que puedas al aire libre.

El aire más puro es el del campo.



NUESTRO VOTO

Señorita Raquel. — No será posible que vayan todos ustedes a entregar los vestidos, dulces y juguetes que han reunido para los pobrecitos del asilo. Resuelvan, pues, la manera de hacerlo.

José. — Yo propongo que elijamos a seis de nosotros para que vayan al asilo a hacer entrega de los objetos.

Julia. — No estoy conforme, porque así serían unos pocos, y no todos, los que tomaran parte.

Manuel. — Seremos todos, puesto que esos seis compañeros elegidos representarán a toda la clase.

Sta. Raquel. — Dices bien, la comisión representará al grado.

Adela. — Bueno. Pero ¿cómo elegir?

Rosa. — Yo quiero ser de la comisión.

Horacio. — Mejor es que vayamos los más grandes. Podría ir yo con Jacinto, Lolita...

Ida. — ¡Si cada uno se va a elegir a sí mismo!...

Clara. — Que vayan los que han dado más.

Elisa. — Eso no sería justo: cada cual ha dado lo que ha podido.

Raúl. — Echemos a la suerte.

Mercedes. — ¡Pero eso no es elegir! Vean, compañeros, yo creo que los elegidos han de ser los mejores niños de la clase. ¿No decimos que van a representarnos? Pues que nos representen los mejores; así nadie podrá quejarse.

Varios niños. — Muy bien dicho, Mercedes.

Anita. — Otra cosa. Resulte elegido quien resulte, nadie se ha de dar por ofendido.

Cora. — ¡No faltaba más! Ya hemos dicho que será como si todos fuésemos.

Juan. — Pues ¡a votar! ¡a votar! Yo reparto papelitos y lápices. Apunte cada uno seis nombres.

Luis. — ¡Cuidado con poner a los más amigos! ¿eh?

Carmen. — En este caso no tienen que ver la amistad ni el parentesco; debemos elegir aquellos que, a nuestro juicio, sean los mejores alumnos de la clase.

Ester. — No sólo los mejores en aplicación, sino también los de mejor conducta, los más buenos compañeros, los más veraces, los de mejores modales...

Juan. — Basta, basta de charla. ¡A votar!

Irene. — Ya está.

Alberto. — Ahora recojamos los papelitos; uno los abre y lee los nombres, otro los va escribiendo en la pizarra, y los seis que hayan obtenido más votos formarán la comisión.

Mercedes. — Vean la comisión que resulta. Jorge, el que obtiene más altas notas en aplicación; Lía, que se distingue por su conducta; Carlota, la más servicial y conciliadora; Margarita, el mejor corazón del mundo; Enrique, modelo de perseverancia y modestia; y Adela, tan querida por el buen juicio de que da pruebas a cada momento.

Luis. — Podemos estar orgullosos de nuestra elección. La comisión nos representará muy bien.

Sta. Raquel. — Así sucede siempre que se vota juiciosamente, hijos míos. Ténganlo en cuenta y nunca den su voto sino al que consideren más digno de representarlos.

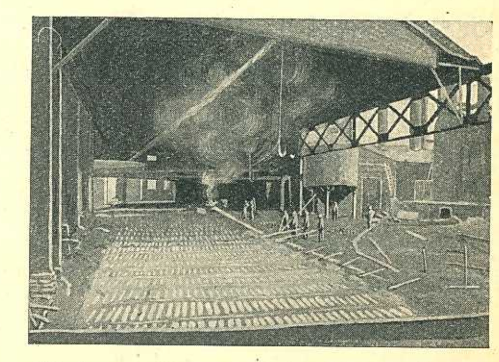
UN PASEO APROVECHADO


La fragua y el yunque del herrero.

Ayer fuimos a visitar una herrería y fundición.

Lo que más nos divirtió fué ver sacar de la *fragua*, con unas tenazas, trozos de hierro tan rojo que al principio creímos eran brasas. Los herreros los depositaban sobre el *yunque*, donde otros operarios los golpeaban con pesados martillos. Lo más asombroso es que el hierro, que nosotros consideramos tan duro, se pone blando cuando se le calienta y puede moldearse en las más diversas formas.

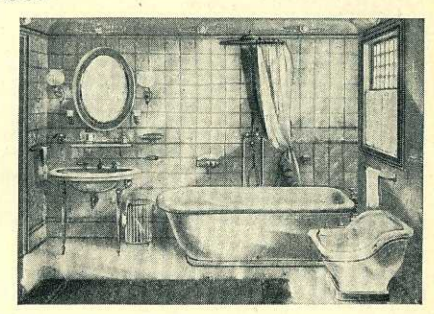
Vimos reducir trozos gruesos de hierro a láminas delgadas como las que se emplean para hacer puertas, depósitos para el agua y otros objetos. La señorita nos explicó


Crisoles y moldes. Haciendo barras de hierro.

que todos los metales poseen esa propiedad, y por eso se dice que son *maleables.*

La acción del fuego no sólo ablanda el hierro sino que también lo *funde;* para ello se lo pone en grandes hornos llamados *crisoles.* Una vez fundido pasa por *canaletas* a unos moldes de tierra cuya forma conserva al enfriarse.

Así se hace los utensilios de cocina, los rieles, los tirantes, las rejas y gran cantidad de objetos comunes.



Objetos de hierro enlozado.

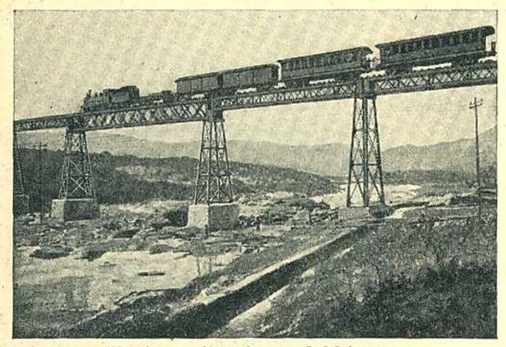
El hierro no sólo es maleable, sino también *dúctil*, lo que significa que puede ser reducido a hilos, llamados generalmente *alambres*, que se emplean en el telégrafo, teléfono, luz eléctrica y cercos.

El hierro recubierto de esmalte blanco, azul, gris o de cualquier otro color, parece loza y se emplea para vasijas de cocina, bañaderas y otros utensilios, que equivalen a los de porcelana y son más durables.

Nos llamó mucho la atención oír decir a uno de los fundidores, que las hojas de los cuchillos y navajas, las tijeras, agujas y plumas de escribir, son

de hierro enfriado bruscamente en agua al salir de la fragua, y que toma el nombre especial de *acero*.

El acero es más *flexible* y *elástico* que el hierro; la prueba está en que la hoja de un cuchillo puede arquearse y volver a tomar su posición primitiva.



Varias aplicaciones del hierro.

Hablando con la señorita al regresar de nuestra excursión, convinimos en que el hierro es el *rey de los metales*, pues si bien no sirve, como el oro y la plata, para hacer joyas y objetos finos, en cambio sería imposible pasarse sin él en los usos ordinarios de la vida.

Con el hierro se hace los arados que *roturan* la tierra, las locomotoras que llevan la civilización a los pueblos más lejanos, las máquinas que facilitan el trabajo del hombre, los puentes y caminos férreos que unen los pueblos, y mil cosas más.

HERMANOS



Vivamos siempre así; ligados siempre
por este amor tranquilo y silencioso
que nos hace girar como dos astros,
el uno en pos del otro.

Vivamos siempre así; tus alegrías
en mí despierten indecible gozo;
y tengas el consuelo, cuando llores,
de saber que yo lloro.

Vivamos siempre unidos y de acuerdo,
cual viven en el rostro los dos ojos;
unidos cual los dedos de la mano,
así siempre ¡qué hermoso!

Vivamos siempre así; juntos crucemos,
cogidos de la mano y animosos,
este mundo tan bello para el que ama
y no se siente solo.

Vivamos siempre así; nuestro cariño
nos haga fuertes, puros y orgullosos
de sabernos seguros, apoyados
el uno contra el otro.



Fabricando manteca a mano (Cuadro de J. F. Millet).

LECHE, MANTECA Y QUESO

Julio. — Yo creía que sólo los niños pequeños podían vivir alimentados únicamente con leche.

Señorita Raquel. — Para los bebés la leche es alimento indispensable; para las personas mayores, sólo es una *dieta* que los médicos aconsejan en



Rodeo de ganado vacuno.

ciertas enfermedades; pero, alternada con otras substancias, la leche es, en toda edad, uno de los alimentos más sanos y nutritivos.

Eloisa. — En la estancia de mi tío hay muchísimas vacas que dan gran cantidad de leche; los peones la sacan en baldes.

Sta. Raquel. — Lo que pasa en la estancia de tu tío pasa en gran número de establecimientos de

campo, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, la más rica en *ganado vacuno.*

Roberto. —¿Será porque hay mucho pasto? señorita.

Sta. Raquel. —Tú lo has dicho, querido. Buenos



Tarros y botellas de leche preparados para ser llevados a la ciudad.

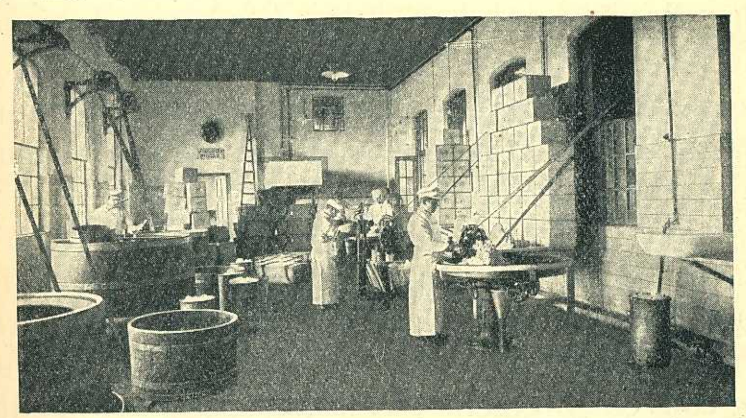
Aires es la provincia argentina que tiene mejores pastos y clima más favorable para la cría de animales *herbívoros;* por eso abundan en ella los caballos, las vacas y las ovejas.

Pero por lo visto, hay que convenir en que la vaca es uno de los animales más útiles, y con ra-

zón se dice que el ganado vacuno constituye una de las mayores riquezas de nuestro país.

¿No han oído ustedes hablar de establecimientos donde se *elabora* la leche?

Celia. — Sí, señorita, una vez fuí con papá a visitar «La Martona».



Elaboración mecánica de la manteca.

Alfredo. — «La Martona» es un negocio donde se vende leche, y no un establecimiento de campo.

Sta. Raquel. — Los dos tienen razón. Pero «La Martona» de que habla Celia es una estancia donde se crían vacas, y la que tú conoces, Alfredo, es un negocio donde se vende la leche que traen de ese establecimiento.

Como «La Martona» hay en la Argentina otras estancias renombradas, que envasan y envían

diariamente la leche a las ciudades y pueblos; además elaboran productos derivados de ella, como ser: la *crema*—que es la parte más rica de la leche y que, como lo habrán visto ustedes, sube a la superficie cuando se la deja reposar,— la *manteca* y el *queso.*

Adriana. —¿Cómo se hace la manteca?

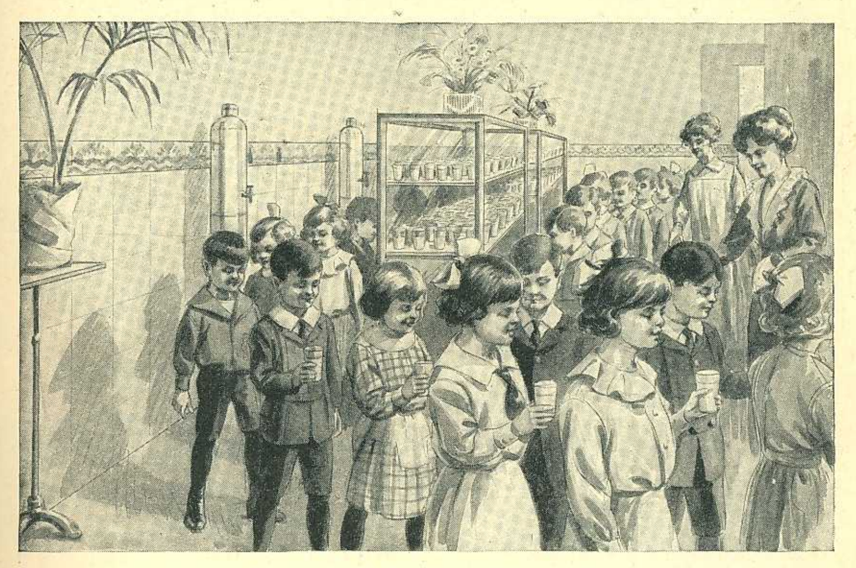
Sta. Raquel. —Antes se la hacía a mano, batiendo la leche con una *espátula* de madera o sacudiéndola en el tarro. Pero ahora se emplea grandes máquinas, que baten la crema y luego se corta la manteca en panes. En cuanto al queso, se lo obtiene *cuajando* la leche con un ácido. Cuando la leche se *corta* se separa en dos partes: una sólida y otra líquida semejante al agua turbia; se hace escurrir ésta y a la parte sólida que queda, después de salada convenientemente, se la deja secar en moldes. Tales quesos se conservan mucho tiempo y son muy apreciados en la mesa.

Alfredo. — Yo conozco el queso de *Holanda*, el *Parmesano*, el *Gruyère*...

Sta. Raquel. — Todos esos son quesos extranjeros muy afamados; pero nosotros tenemos también algunos que no valen menos; tales son el de *Goya*, el *Carcarañá*, el *Chubut*, y sobre todo el *Tafí*, conocido hasta en Europa. Se dice que el *Tafí* se prepara mezclando leche de diferentes animales.

Adela.—¿Se suele beber otra leche además de la de vaca?

Sta. Raquel.—Sí, hija mía, se bebe también la



La copa de leche en nuestra escuela.

de cabra, muy rica en crema, la de yegua y la de burra, que se recomiendan para los enfermos y los niños.

Con la leche de cabra y con la de oveja, se hace los sabrosos *requesones* o *quesos frescos*, tan usados en el campo.

Ya ven, pues, que la leche es uno de los mejores y más *universales* alimentos.



TERCERA PARTE

CORO PRIMAVERAL

«Y bien ¿estáis ya prontas?»
cantó la margarita
abriendo su corola
de cándido fulgor;
y, alzándose afanosa
sobre la tosca verja,
mostró su faz de estrella
y así otra vez cantó:

«¡Oh! rosa, hermana mía,
¡oh! resedá gracioso,
¡oh! lirio delicado,
que el céfiro tejió,
vistosos crisantemos,
sedosas amapolas,
arriba, pues, amigos,
que el hada ya llegó.»



«¡El hada primavera!»
clamó desde su altura
la pálida glicina,
y, al grito evocador,
un coro estrepitoso
de voces confundidas,
la nueva fabulosa
cien veces repitió.

Y ¡magia prodigiosa!
tan luego el grato anuncio
en boca de las flores
el huerto circuló,
cuando en tropel se abrieron
geranios, clavelinas,
mosquetas y alelíes
de fúlgido color.

«Y bien, ¿estáis ya prontas?»
cantó la margarita,
y, al ver que por doquiera
brotaba alguna flor,
«alcemos, pues, propuso,
nuestra canción de gracia»,
y al sol de primavera
un coro resonó.

EL RAMO MÁGICO



—¡Mamá! ¡mamá! Aquí te traigo un ramo mágico.

La excursión ha sido lindísima. El campo estaba cubierto de hierba de hermoso color verde; el sol calentaba bastante, y el cielo no tenía ni una nube.

He notado que los pájaros empiezan a anidar en algunos árboles.

Pero lo que más ha llamado mi atención son las plantas.

¡Vieras, mamá! Los pobres árboles, que durante el invierno parecían esqueletos y estaban enteramente desprovistos de hojas, empiezan ahora a *brotar*.

Sí, a brotar, así lo dijo la señorita.

Por todas partes, las yemas, que dormían envueltas en sus abrigadas capitas, están abriéndose, para dar paso a ramitos de hojas verdes muy pequeñas y encrespadas.

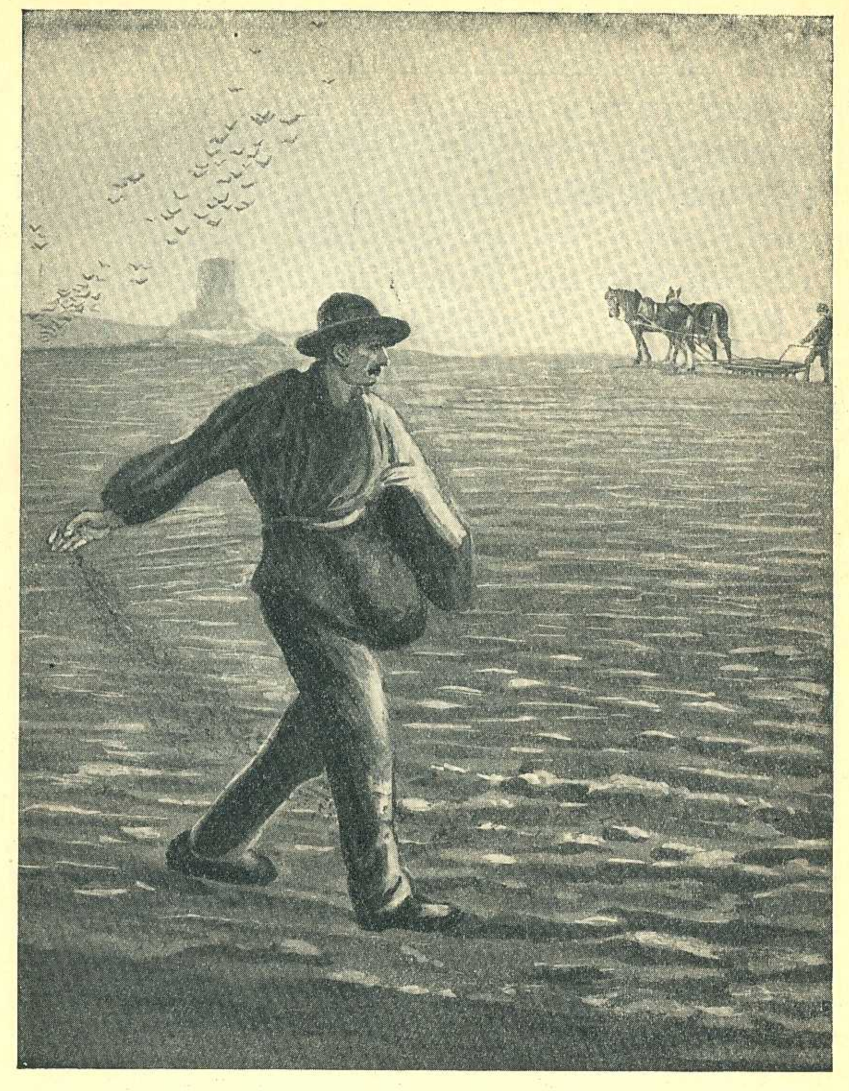
¡Es una delicia ver las plantas en el campo! mamá.

Como a todos nos llamaba la atención el aspecto de los árboles, la señorita cortó algunas ramas de uno cuyas yemas no habían abierto aún, y nos las repartió diciéndonos que las pongamos en un jarro con agua, y que de aquí a una semana, veremos una cosa lindísima. Estas yemas, que están ahora cerradas, se abrirán muy pronto, dejando aparecer hojas verdes o flores rosadas.

Vamos, pues, a tener un precioso ramo, un verdadero ramo mágico, porque ¿quién hubiera creído que de estas ramas, al parecer secas, pudieran brotar hojas y flores?

—Tienes razón, hijo mío, el ramo que me has traído será un verdadero ramo mágico, pues mágica es también la Primavera que hace brotar la vida de seres al parecer muertos.

Imita a la naturaleza que trabaja en primavera para tener el derecho de descansar durante el invierno.



El sembrador (Cuadro de J. F. Millet).

EL SEMBRADOR

Un sembrador arrojaba las semillas a manos llenas sin cuidarse de ver donde caían.

—¡Eh! buen hombre—le dijo un caminante,—si arrojas los granos sin preocuparte de cubrirlos, las aves se los llevarán.

—No importa—contestó aquél;—algunos han de quedar escondidos y *germinarán* a su tiempo.

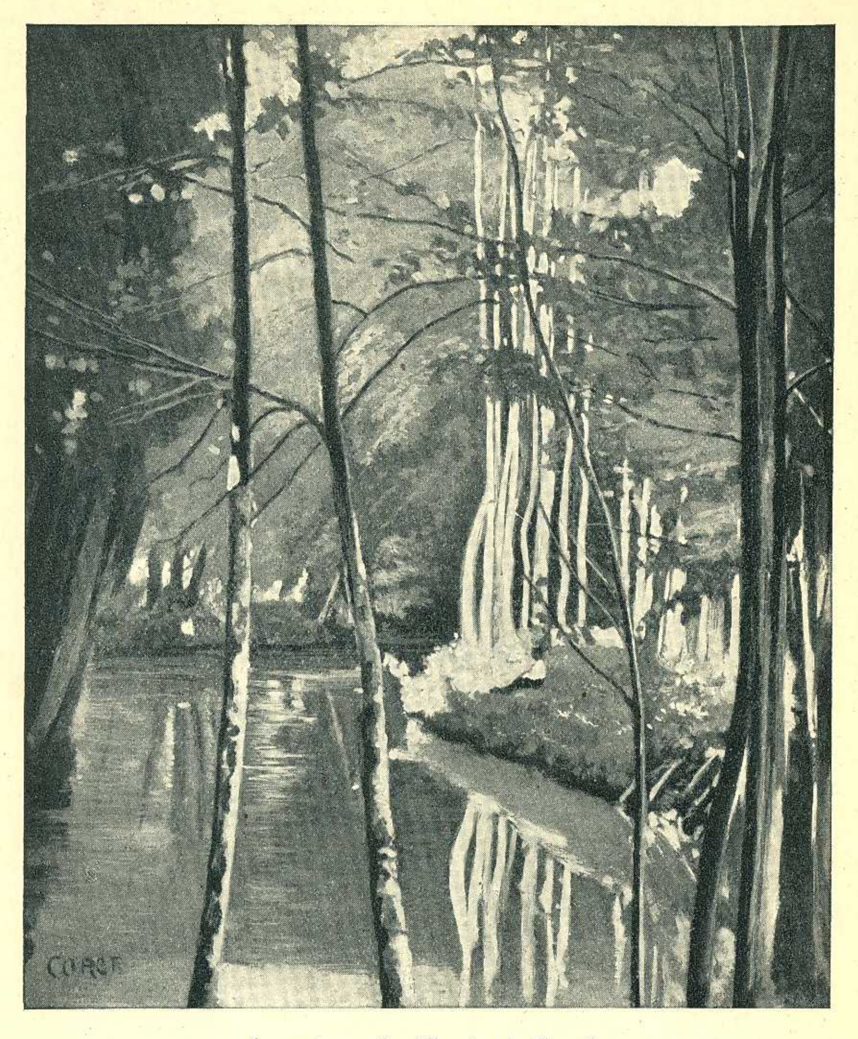
A poco andar, otro hombre que pasaba le gritó:

—Si no tienes más cuidado, resultará inútil tu trabajo. ¿No ves que muchas semillas van a caer entre las piedras, donde nunca brotó hierba alguna?

—No importa — replicó el sembrador;—algunas caerán en tierra feraz y brotarán a su tiempo.

Terminada la tarea, el sembrador esperó sus resultados. No esperó en vano: aunque muchas semillas habían sido devoradas por las aves o caído entre las piedras, las otras produjeron millares de espigas, de las que el sembrador sacó muchísimos más granos que los que había sembrado.

—¿No lo decía yo?—pensó el campesino.—Las semillas son como los buenos consejos: aunque muchas de las sembradas se pierdan, las pocas que caen en tierra fértil producen aún grandes beneficios.



Aguas tranquilas (Cuadro de Corot).

AGUAS TRANQUILAS

En el claro cristal de un manso arroyo
que corre murmurando dulcemente,
los árboles contemplan con orgullo
el bello efecto de sus trajes verdes.

El sol ya bajo, entre las ramas filtra
sus hilos de oro con que a prisa teje
vistosas redecillas, do las hojas
sus sueltos bucles con pereza envuelven.

Un arbolito nuevo, que el misterio
de las cosas del mundo no comprende,
mira perplejo las tranquilas aguas,
y las reprende así, casi impaciente.

— ¿Qué hacéis? ¿Dormís? mientras la tierra toda
brotar la vida por doquiera siente,
mientras todo trabaja y se renueva
¿vosotras descansáis? ¡Oh! ¡qué indolentes!

Al escuchar la voz del arbolito
rizó sus ondas la gentil corriente,
y dijo, siempre con murmurio lento
cual si del joven árbol se rïese:

— Niño, no sabes lo que dices. Piensa
que si hoy un porte tan gallardo tienes,
es gracias a esta paz que me reprochas,
y que es por mí que creces bello y fuerte.

Los encantos que luce la pradera,
sus rojas flores y su alfombra verde,
ella sabe muy bien que son tesoros
que a mi tranquila paz tan sólo debe.

Yo he infiltrado la vida al huerto umbroso,
yo te brindo los jugos de que bebes,
yo soy quien, bajo el sol de primavera,
permito que la vida se renueve.

Calló el arroyo y continuó su curso;
y el arbolito que a su orilla crece,
supo así cómo hay seres exquisitos
que hacer el bien sin publicarlo quieren.



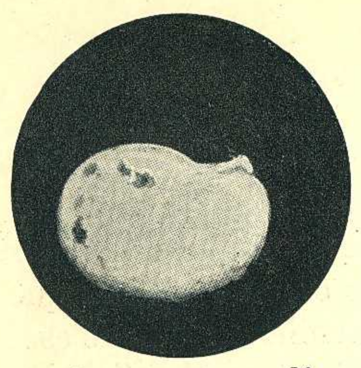
CÓMO CRECIÓ POROTO

La señorita nos dijo el otro día que escribiéramos un cuento; pero un cuento *real*, de algo que hubiésemos visto. Se me ocurrió entonces escribir el cuento de *Poroto*. Ustedes creerán tal vez que éste es el sobrenombre de algún niño. Nada de eso; estoy hablando de un poroto de verdad, sólo que, habiéndolo visto crecer, lo considero como si fuera una persona, y hago de su nombre, que es *común*, un verdadero nombre *propio*.

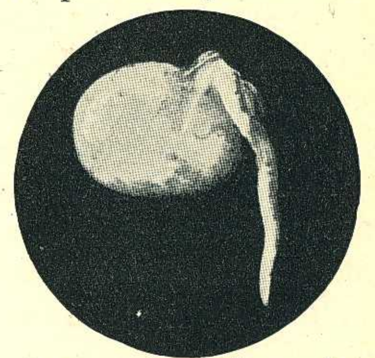
Encontré el poroto de que hablo, en el patio de casa; sin duda debió caérsele al almacenero que trae las provisiones todas las mañanas. Lo levanté y, después de hacerlo saltar un rato en el aire, se me ocurrió que podía plantarlo para tener una bonita enredadera.

Tomé un vaso, en el que puse agua con un poquito de tierra, y sembré el poroto, que vino a quedar contra el vaso; puse éste en una ventana hasta donde suele llegar el sol, y lo dejé allí.

Confieso que esa misma tarde olvidé mi siembra, y lo mismo me sucedió durante dos días. Al tercero, la recordé, estando aún en cama; entonces me vestí de prisa y corrí a la ventana.



A través del vaso pude ver el poroto y parecióme estar bastante hinchado. Por la tarde, al volver de la escuela, noté que de la hendidura del poroto empezaba a salir como una puntita blanca; puntita que vi crecer durante tres días y dirigirse hacia abajo.



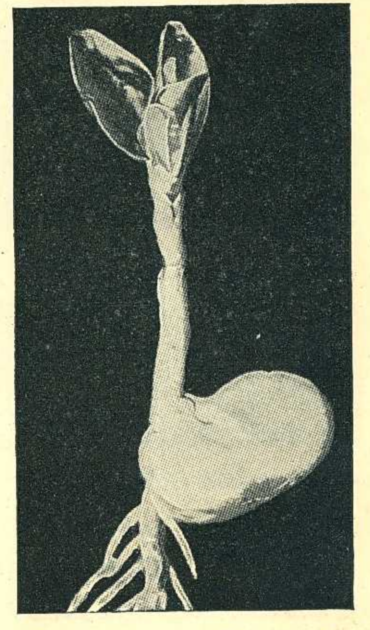
Al cuarto día, del mismo punto donde salió la raíz, empezó a brotar, hacia arriba, otro cordón blanco, que siguió creciendo, y que a los seis días se puso verde. La raíz echó varios *filamentos*, que de día en día fueron aumentando en número y en largo.

Al mismo tiempo, el tallito echó dos hojitas que parecían las orejas de un asno muy pequeño.

Desde entonces el poroto creció por horas.

Un ramo de hojas vino a reemplazar a las dos primitivas y poco después echó una *guía*.

Púsele un hilo en la pared para que se enroscara y ahí está mi plantita. Sus raíces han llenado el vaso y parecen, vistas contra el vidrio, un manojo de cordoncitos enredados. Pero dice la señorita que mi amiguita no vivirá mucho, porque la vasija es estrecha y le falta a la planta el alimento de la tierra.



¡Es lástima! yo hubiera querido verlo llenarse de flores y luego de vainas verdes que encerraran hermosos porotos blancos, iguales al que me sirvió de semilla.

De todas maneras, esta siembra me ha enseñado una cosa, y es: que dentro de la semilla está el germen de la planta y que basta la acción del agua y del sol para hacerlo desarrollar.

☞ En la semilla está el germen de la planta.

COLONIAS AGRÍCOLAS


Arando.

Alberto. — Señorita, ¿qué es un *agricultor?*

Señorita Raquel. — Se llama así al que se ocupa de cultivar la tierra. En algunas provincias argentinas, el suelo se presta especialmente para el cultivo de los cereales. Los propietarios de terrenos los arriendan a los agricultores por un precio reducido. Muchas de esas tierras son también del Estado, quien las cede a los *inmigrantes* hasta que, con el producto de su trabajo, puedan comprarlas.

Así se forman las *colonias*, como se designa á las poblaciones que se dedican al cultivo de la tierra.

Luisa. — Debe ser muy penoso el trabajo del agricultor, ¿no es cierto?

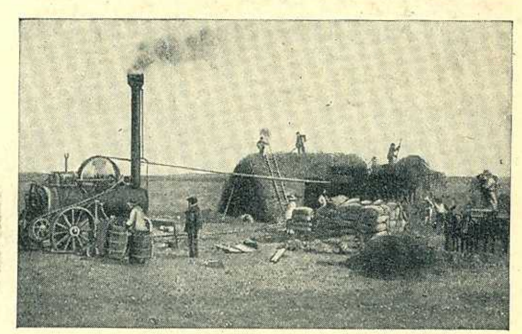
Sta. Raquel. — En efecto; es un trabajo rudo y que no siempre tiene recompensa, porque una *mala estación* basta para que todo se pierda.

Ida. — ¿Qué es una mala estación? señorita.

Sta. Raquel. — Llámase mala estación aquélla en que, a causa de la *sequía*, las plantas carecen de la humedad necesaria para su nutrición, o cuando, por exceso de lluvias, los frutos son escasos; y también, cuando la *langosta* devora los cultivos.

Elisa. — Yo he visto muchas langostas este verano. Son insectos muy dañinos, pues no sólo comen las hojas y los tallos, sino también la corteza de los árboles, hasta dejarlos enteramente pelados.

Sta. Raquel. — Es verdad: la langosta es la peor enemiga de los agricultores; por eso la miran con tanto horror.



La trilla.

Alberto. — He preguntado qué es un agricultor, porque días pasados recibí una carta de un niño residente en Santa Fe, en la que me dice que aunque asiste a la escuela no dispone de mucho tiempo para estudiar, pues debe ayudar a su padre en las *faenas* agrícolas; y yo no sabía cuáles podían ser tales faenas.

Sta. Raquel. — Son muy variadas, ciertamente. El agricultor debe arar la tierra, es decir, removerla

con el arado para depositar las semillas por medio de las máquinas *sembradoras*. Luego tiene que esperar a que el calor del sol y la humedad las hagan germinar. Poco tiempo después, los campos se cubren de una alfombra verde que alcanza mayor ó menor espesor, según la clase de cultivo.

Julia. —¿Qué es lo que siembran?

Sta. Raquel. —Las *sementeras* son de diversas clases según las regiones. En las colonias de Santa Fe se siembra de preferencia *trigo*, *lino*, *cebada* y *alpiste*. En Buenos Aires y Córdoba se cultiva además la *alfalfa*.



Haciendo parvas de alfalfa.

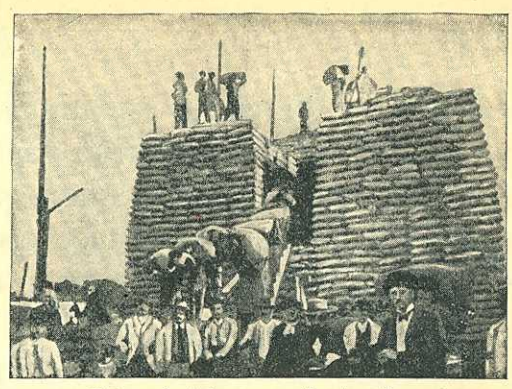
Jorge. —¿La que se da a los caballos?

Sta. Raquel. —Precisamente; la alfalfa es una planta *forrajera*.

Si el sembrado progresa, los agricultores ven con alegría llegar la época de la *cosecha*, esto es, cuando en los cereales maduran las espigas y la alfalfa empieza a florecer. Es el momento de cortar la alfalfa y de apilarla en grandes parvas a fin de que se seque. La alfalfa se vende luego en pequeños

fardos a las caballerizas.

En cuanto al trigo, se le corta por medio de máquinas llamadas *segadoras;* se le desgrana con las *trilladoras*, que al mismo tiempo lo embolsan, y luego es llevado a los molinos, donde se le convierte en harina.



Cargando trigo para el extranjero.

Carmen. — He oído decir que a veces se recoge tanto trigo que no se sabe qué hacer de él.

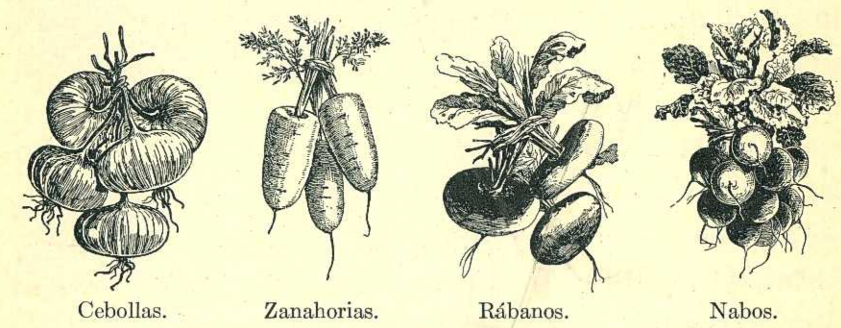
Sta. Raquel. — Es verdad. Nuestro país es uno de los que produce más trigo en el mundo; y, como no podemos consumirlo todo, lo *exportamos* a otros países donde es escaso. La exportación aumenta cada año y es una de las mayores fuentes de riqueza que posee la República Argentina.



La vivienda del agricultor.

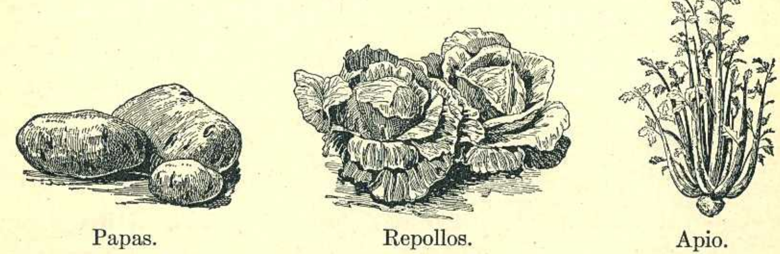
LOS VEGETALES Y NUESTRA ALIMENTACIÓN

No sólo de carne se alimenta el hombre; las plantas le suministran gran parte de sus alimentos Además de los cereales, que proporcionan substancias muy nutritivas, se hace uso en la mesa diaria de gran número de *hortalizas* y *legumbres.*



Cebollas. Zanahorias. Rábanos. Nabos.

Las raíces de ciertas plantas, como la *cebolla*, la *zanahoria*, el *rábano* y el *nabo*, se preparan de diversos modos, haciéndolas muy gustosas.

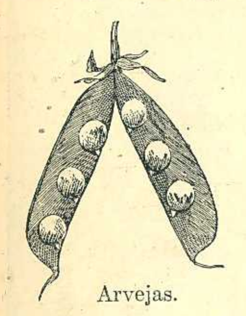


Papas. Repollos. Apio.

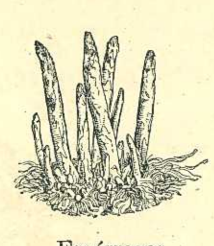
La *papa* es un tubérculo de uso universal que se recomienda por su valor nutritivo.

En nuestro país, como en toda la América, existe la *batata*, semejante a la papa pero de sabor dulce.

Comemos también hojas, como ser el *repollo*, la *lechuga*, el *apio* y casi todas las ensaladas.



Arvejas.



Espárragos.

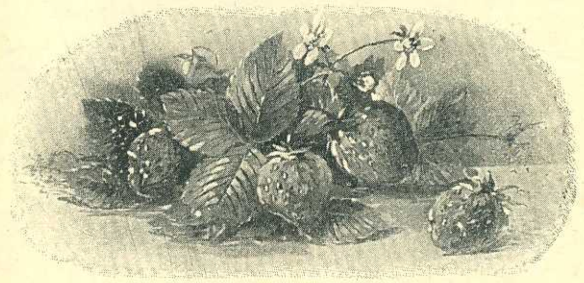


Coliflor.

Entre las legumbres, las *habas*, los *guisantes* y las *arvejas* son bien conocidas y apreciadas.

Y por último, comemos tallos, como los *espárragos*, y flores, como la *coliflor*, sin hablar de las frutas de que tanto consumo se hace.

Las hortalizas, legumbres y frutas, proporcionan alimentos sanos, digeribles y bastante nutritivos.



Frutillas.



NUESTROS FAVORITOS

En casa tenemos tres gatitos. Dos de ellos son manchados de blanco y amarillo, el otro es negro como la noche, pero tiene un par de ojos dorados que brillan cual si fueran dos piedras preciosas.

Los tres gatitos son muy jóvenes, así es que no hacen más que jugar y correr todo el día. A menudo jugamos con ellos a las escondidas o a las carreras, en las que siempre nos ganan los muy pícaros.

No es extraño que, a fuerza de jugar con nosotros y recibir nuestros mimos, se hayan tomado demasiada confianza. La prueba es lo que ustedes están viendo.

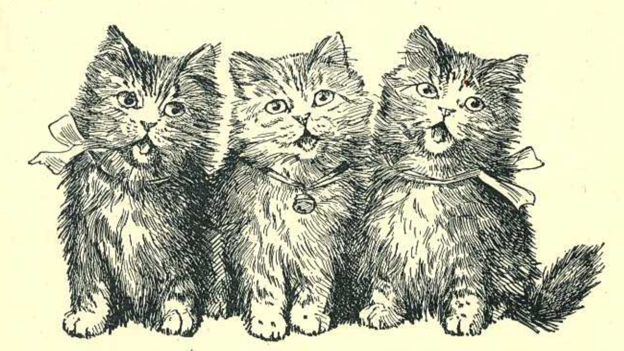
Hoy, al irme a la escuela, dejé sobre una silla el canastito donde guardo los útiles para mis labores. Reconozco que hice mal; debí haberlo puesto en su sitio. ¡Bien caro pagué mi desorden!

Al volver a casa, voy a mi cuarto para cambiar de traje y ¿qué veo? El canastito, tumbado en el suelo y las tijeras, el dedal y el librito de las agujas, desparramados. Me acerco para recoger mis útiles, y los ojos dorados del gatito negro se clavan en mí, haciéndome retroceder asustada. Miro al fondo del canastito, y allí, acu-

rrucado como un culpable, espiaba mis movimientos el más pequeño de los tres bribonzuelos, mientras el más grande, sentado detrás del negro, parecía decir: *¿es cosa de tocar retirada?*

Lo que habían hecho con mi cesta los tres pícaros, no es para contado. La seda estaba toda enredada, la lana del ovillo cortada en pedazos, lo que me probó que los traviesos habían estado tirando de ella con los dientes; el negrito habíase pasado una trencilla por el cuello y me miraba como diciendo: *¿me queda bien?*

La cosa resultaba tan cómica, que no tuve valor para castigar a mis gatitos: les aseguro que siempre me pasa lo mismo. Me contenté con recoger mi canastito y guardar las cosas antes de que mamá se enterara.



¡Perdón! No lo haremos más.



ASEO Y ORDEN

Hijos míos, si, cual dicen,
aspiran a que los quieran
y a que con agrado siempre
estar junto a sí los vean,
una cosa sobre todas
cuidarán, porque sin ella
poco vale el ser gracioso
y el tener inteligencia.
¿Saben cuál es, hijos míos,
esa cosa? La limpieza,
que es el adorno del rico
y del pobre la riqueza.
Ningún perfume más grato
despide la flor más bella,
ninguna gracia más noble
puede existir en la tierra,
que el perfume del aseo
y la gracia que revela
en su persona y su traje
el que ser grato desea.
Los dedos brillen cual nácar,
los dientes brillen cual perlas,
y en las mejillas rosadas
la acción del baño se vea.
Cuiden mucho sus cabellos,
y en su traje nunca tengan
manchas, rasgos ni alfileres
que el mejor vestido afean.
En fin, mis niños, no olviden
que el orden y la limpieza
un corazón limpio, puro
y candoroso reflejan.

LA CONCIENCIA

(Interpretación de cuatro cuadros)

—Tengo miedo, *Chichí*. Si mamá nota que faltan manzanas nos castigará.

—No se notará nada. ¡Hay tantas! Mira ésta ¡qué coloradita! Comamos una solamente.

—¡Quisiera comerlas todas! ¡Son tan ricas!...

—Toma otra, nena, hay muchas; no lo notarán.

—¿Es dulce la tuya? *Chichí*.

—Como el azúcar; ¿y la tuya?

—La mía está agria. No quiero más manzanas; tengo miedo. ¡Ay! ¡si viene mamá!

—Pero si no viene, tonta; ¿por qué lloras? ¿No ves? Nadie viene. Estamos solos.

—¿Solos? dices. Yo veo alguien allí, ¿quién es? ¡Ah! *Chichí*, debe ser la *conciencia*. Me acuerdo del cuento que nos contó abuelita y que acababa así: *Los niños que hacen algo malo no saben que siempre los ve la conciencia.*

—Sí, yo también creo que la veo. ¡Ay! nena. Mi manzana se ha puesto agria.

—Debe ser la *conciencia* quien las echó a perder.

La conciencia es a la vez
testigo, fiscal y juez.





SERES ÚTILES

Comer, dormir y engordar: he aquí lo que debe hacer en la vida un cerdo bien acostumbrado.

Ya se ve que esa *marrana* ha enseñado tal lección a sus *lechoncitos*, porque están bien gordos y entregados a la tarea de comer. Sólo uno de ellos parece descontento con la comida que les han preparado. Quizá preferiría un poco de fruta o algunas coles y zapallos de la huerta vecina.

¿No es verdad que da pena pensar en la suerte de estos pobres animales tan inofensivos?

Tal vez mañana uno de los lechoncitos estará asándose en el horno de alguna casa.

Y peor para él si llega a grande, porque tan pronto como esté a punto, lo matarán para aprovechar todo su cuerpo, pues pocos animales hay como el cerdo; del que nada se desperdicia.

Sus piernas, bien *saladas*, *ahumadas* y *enfundadas*, serán vendidas a buen precio con el nombre de *jamones*.

La carne penderá de los ganchos en el mercado, y el *tocino* que la cubre, salado también, irá a los almacenes.

La rica sangre será transformada en *morcillas*, sirviéndoles de envoltura los mismos intestinos del cerdo. Combinando pedacitos de carne con otros de tocino, se hará *embutidos* variados; y hasta se utilizará la *cerda* en la fabricación de cepillos y pinceles, y el cuero, en la confección de valijas de mano. ¡Con decir que se comen las patas y la cabeza del cerdo!

¡Triste suerte la del pobre animal! Pero ¿por qué triste? Todos los seres tienen que cumplir un papel en la vida. ¡Felices aquéllos de quienes pueda decirse que no fueron inútiles!



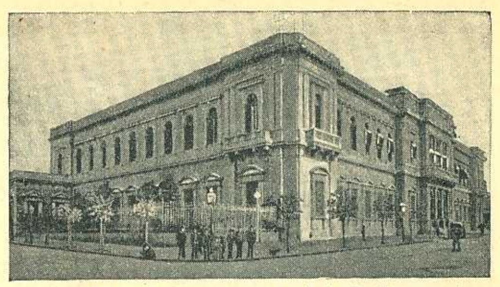
BENEFICIOS DE LA CONTRIBUCIÓN

Rodolfo. — He aquí una cosa que no puedo comprender: nosotros tenemos un negocio pequeño; las ventas no han ido muy bien este año, y papá decía anoche que, para pagar la *contribución*, tendríamos que privarnos de algunas cosas. Mamá dijo que ahorraría un poco en nuestros vestidos y suprimiría algunos gastos en los días de fiesta. Me parece que la contribución es un abuso.

Celia. — Rodolfo tiene razón.

Señorita Raquel. — Es cierto que en una u otra forma todos debemos pagar nuestra contribución al

Estado; pero piensen ustedes en los servicios que recibimos en cambio.


Departamento central de Policía
de la Capital federal.

Nos complace caminar por aceras enlosadas y por calles bien pavimentadas, barridas y regadas, en las que, aún de noche, no se corre peligro alguno porque hay faroles que las iluminan. ¿Quién hace todos esos trabajos?

Luis. — La municipalidad tiene peones que componen y limpian las calles y cuidan del alumbrado.

Sta. Raquel. — En los días de fiesta, en los de verano y siempre que algún habitante de la ciudad quiere tomar aire puro ¿adónde se dirige?

Juan. — A las plazas y parques públicos.

Rodolfo. — Son muy lindos paseos. Están muy bien cuidados; tienen flores, lagos, césped donde los niños pueden correr, árboles, bancos para sentarse a descansar...


Bomberos prontos para acudir a un incendio.

Sta. Raquel.—Y ¿te has fijado, Rodolfo,


Cartero buzonista.

cuál de los empleados de tu papá cuida de esos paseos?

Rodolfo. — Ninguno, ciertamente; son peones municipales los que hacen ese trabajo.

Sta. Raquel.— Tienes razón. Ahora díganme ¿quién cuida de que haya orden en las calles y de prender a los ladrones y malhechores?

Elvira. — Los vigilantes, señorita.

Sta. Raquel. — ¿Cuánto pagamos al vigilante por tan importantes servicios?

Ricardo. — El Gobierno les paga su sueldo.

Sta. Raquel. — Y cuando se declara el fuego en una casa, ¿quiénes vuelan en ayuda de sus habitantes?

Alicia. — De eso se ocupan los bomberos. ¡Qué hombres tan útiles son! y ¡qué valientes! no temen el fuego.


Una escuela pública.

Sta. Raquel. — Dices bien, Alicia. Niños, ¿han oído ustedes decir cuánto cobran los bomberos por apagar un incendio?

Rosa. — ¡Qué risa! No cobran nada; es su obligación, puesto que reciben sueldo del Gobierno con ese objeto.

Sta. Raquel. — Hemos hablado de varios abnegados servidores, pero nos hemos olvidado de uno. ¿A ver si ustedes adivinan de quién quiero hablar?

Margarita. — ¿Será del cartero, que trae las cartas, libros y revistas...?

Ana. — ¡Cuánto más triste sería ausentarse, si no hubiera carteros! No se tendría ninguna noticia.

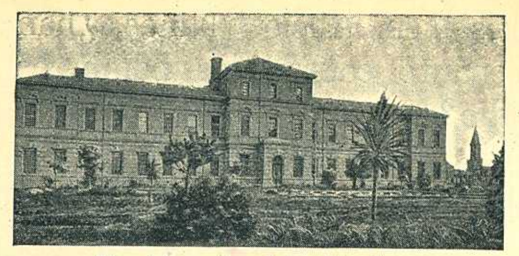


Una biblioteca escolar.

Sta. Raquel. — Los carteros recorren la ciudad sin temor a la lluvia ni al sol. Pero ¿quién les paga su trabajo?

Alberto. — El Gobierno también.

Sta. Raquel. — ¿Qué tal? Hemos dicho que el Gobierno paga a los peones que componen, barren y riegan las calles, a los que cuidan los parques y atienden el alumbrado; a los vigilantes, bom-


Hospicio nacional de alienados.

beros y carteros. Si dispusiéramos de más tiempo, veríamos que sostiene los hospitales, los museos, las escuelas, las cárceles, y otros establecimientos de utilidad pública, así como el ejército encargado de defender el país. Si unos cuantos habitantes debieran pagar tales servicios, todo lo que ganaran sería poco. Pero si cada uno paga un tanto, se forma cierto capital que el Gobierno maneja y con el que cubre las necesidades de la población.

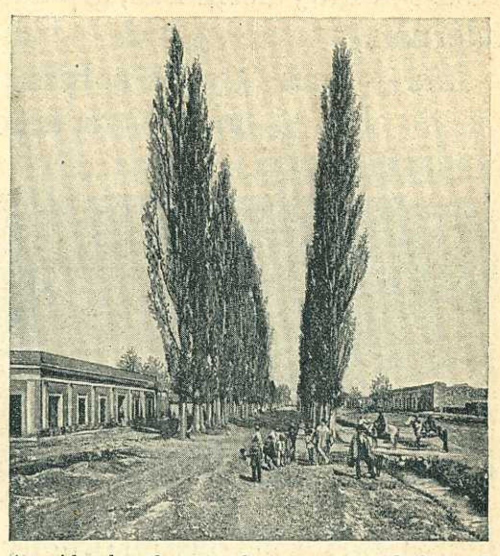

Construyendo una trinchera.

Así, pues, la *contribución* no es un abuso sino una forma de pagar, con poco desembolso, servicios de gran valor.

La sociedad se sostiene gracias a la acción colectiva de sus miembros.

Es increíble lo que puede hacer la cooperación por pequeña que sea.

EL DÍA DEL ÁRBOL


Avenida de álamos plantada por el General San Martín, en Mendoza.

Julia. — Preparemos todo para sorprender a la señorita.

Raúl. — Dicen que este día se ha establecido para despertar el amor hacia las plantas.

Cora. — Bien se lo merecen; pocas cosas hay en la naturaleza, tan bellas como un árbol.

Felisa. — Sobre todo los árboles frutales.

Rodolfo. — ¡Ah golosa! También son bellos los árboles que, si no producen fruta, a lo menos dan sombra.

Carmen. — El *ombú* es el mejor compañero de nuestros campesinos. Junto a él hacen su rancho.

Alfredo. — Los árboles purifican la atmósfera con el oxígeno que exhalan; por eso los ponen en las calles y plazas, y por eso es bueno ir al campo.

Rita. — Además alegran la vista. Mi tía, que estuvo en Mendoza, dice que las calles de esa ciudad resultan muy hermosas, gracias a los *álamos* que las adornan.

Lía. — Pues ¿y los pobres pajaritos? ¿Qué sería de ellos si no hubiera árboles donde pudieran anidar?



Bosque en el Chaco.

Federico. — Estarían de duelo, así como sus primos los insectos.

Lía. — Tú siempre con humor de bromear.

Ester. — ¡Qué lindos son los árboles en primavera, cuando se llenan de flores y hojitas tiernas!

Anita. — Y en otoño, cuando sus hojas rojizas brillan al sol como si fueran de metal.

Federico. — Y en invierno, cuando sus ramas peladas...

Elvira. — ¿Otra vez? Este chico es incorregible; de todo se burla.

Federico. — Bueno, entonces. ¡Qué lindos son en verano, cuando se doblan al peso de los duraznos bien maduritos! ¿Están conformes?

Cora. —¡Ea! Basta de charla, que el tiempo pasa. Carlos, alcánzame las ramas para adornar la pizarra. Y tú, Carmen, ¿cuándo empiezas tu dibujo?

Carmen. —En seguida; voy a buscar las tizas de colores. Entretanto Alberto, que tiene tan linda letra, podría ir escribiendo la poesía «El ombú». Ya saben que esta tarde tenemos que cantarla en el parque mientras plantemos los árboles.

Irene. — Aquí están las fotografías que papá me prestó para adornar el salón.



Paisaje en el Tigre.

Oscar. — A ver ¿qué es lo que representan?

Irene. — Ésta muestra un bosque del Chaco. Dice papá que los bosques en esa región son magníficos y tan espesos que nunca penetra en ellos el sol. Aquí se ven grandes troncos de *quebracho*.

Luis. —El quebracho es una madera argentina, tan dura como la piedra. Se la prefiere para los *durmientes* de las vías férreas y postes de telégrafo porque, en vez de podrirse con la humedad, se pone más dura aún.

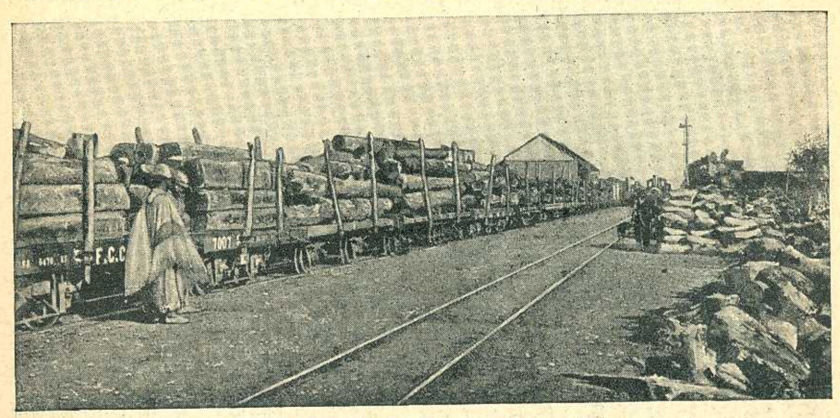


Grupo fotografiado en nuestra última excursión.

Irene. — Éste representa un sitio en el Tigre, donde abundan los *sauces* junto al río.

Jacobo.—¿Y éste? Me parece reconocer el paisaje.

Irene.—¡Pero si es la fotografía que, a un grupo de nosotros, nos tomó mi hermana Celina en la úl-



Vagones cargados de maderas argentinas.

tima excursión! Y, finalmente, esta otra muestra unos vagones cargados con maderas, que nuestro país exporta al extranjero.

Carmen.—¿Qué les parece mi dibujo?

Federico.—Muy bien. Eres la artista del grado.

Adela.—¡Chist! Ahí viene la señorita. Cada uno a su asiento y, cuando ella entre, cantemos todos:

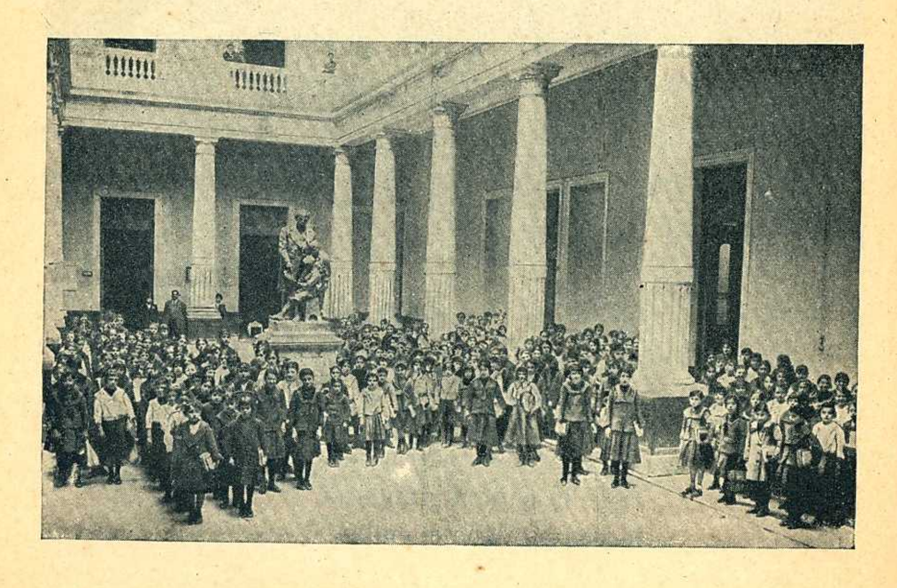
Buenos Aires, patria hermosa,
tiene la pampa grandiosa,
la pampa tiene el ombú...

LA ESTATUA DE SARMIENTO

Más que el bronce y el mármol ¡oh Sarmiento!
perpetuará tu nombre esclarecido,
la gratitud del pueblo a que serviste
con tan sano y sincero patriotismo.

Tu estatua no es tan sólo el monumento
que el arte arranca al *bloque* de granito,
la ha labrado, en el pecho de tu pueblo,
el *cincel* magistral de su cariño.

El pedestal glorioso en que se *yergue*
son centenares de inocentes niños,
a los cuales abriste tú la escuela
do a bendecir tu nombre han aprendido.



EL DÍA DE LOS PÁJAROS

(Pensamientos de una niña)



Querido gorrioncillo, ha llegado la hora de que nos separemos. Es triste, pero hay que conformarse. Yo bien quisiera tenerte siempre a mi lado si esto no fuera un egoísmo. No muevas la cabecita como negándolo; sé muy bien que es un egoísmo tener a los pobres pajaritos prisioneros en jaulas; por mejor que se los trate, se les priva así de algo muy dulce: la libertad.

Cuando te recogí ¡pobrecito! tenías una patita herida y no podías volar; algún muchacho travieso te había arrojado piedras con la honda, magullándote una alita. Recuerdo que cuando te levanté del suelo lloré de lástima. ¡Me gustan tanto los pájaros!

Hubiera sido una crueldad dejarte en tal estado, y por eso te puse en la jaula, después de lavar tus heridas y vendarte la patita.

Desde entonces hemos sido grandes amigos, y ni

un día he olvidado venir a verte trayéndote alpiste, lechuga y agua para que bebieras y te bañaras. Tú, en cambio, has pagado mis cuidados con tu cariño; porque no hay duda de que me quieres; la prueba es que no bien me ves, bates las alitas y me saludas con tus chirridos.

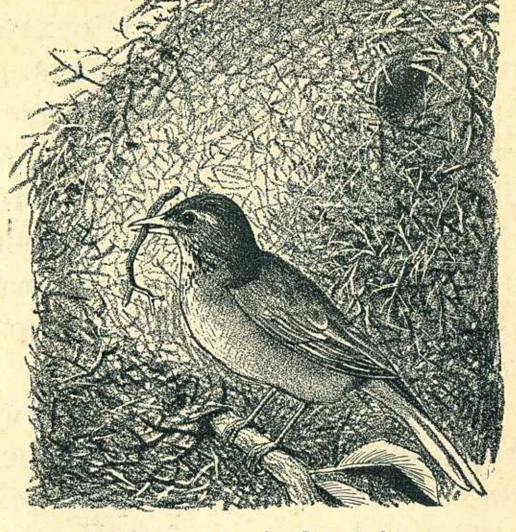
Pero ha llegado el momento de separarnos. ¿Sabes qué día es hoy? Es *el día de los pájaros*, es decir, tu día y el de tus hermanos. Hoy en la escuela hemos conversado largamente y nos hemos comprometido a ser siempre buenos con ustedes, impidiendo, cuando podamos, que les hagan daño.

Mientras los demás niños hablaban yo pensaba, ¿sabes en qué? Pensaba en tí y me decía: «Hoy es el día de los pájaros. ¿Qué mejor ocasión para dar libertad al pobre gorrioncito que tengo prisionero? Ya está sano, ya no necesita mis cuidados.»

Vete, querido; vuela libremente por los campos. Llévales mis recuerdos cariñosos a tus hermanitos, y de vez en cuando ven a visitarme. ¡Adiós! Ya no lloro. ¿Ves? Me río. ¡Adiós! ¡Adiós!

El alma delicada y generosa
halla siempre ocasión de ser piadosa.

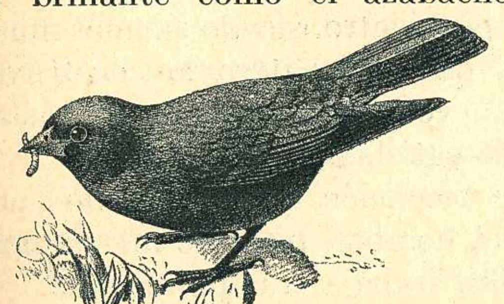
OCIOSIDAD E INDUSTRIA



Como decía Lía en un capítulo anterior, los árboles son la morada natural de los pájaros; no sólo les proporcionan abrigo sino también gran parte del material para construir sus nidos.

Tal ocurre con el *leñatero* o *espinero*, pájaro que merece ser citado como ejemplo de industria y que forma vivo contraste con el *tordo*.

El tordo es un pajarito precioso, de forma elegante, graciosos movimientos y plumaje renegrido y brillante como el azabache. En cambio, el leñatero no ofrece atractivos; es algo pesado y de plumaje pardo rojizo con manchas obscuras sobre las alas.



Pero si el tordo aventaja en belleza al leñatero, éste es muy superior en cuanto a laboriosidad.

El tordo es perezoso y, contrariamente a los demás pájaros, no gusta tomarse el trabajo de construir su nido, pues se apodera del primero que encuentra vacío, prefiriendo los del churrinche y del hornero. Es de volar muy rápido y por lo general suele estar parado ociosamente sobre las ancas o el lomo de las vacas y los caballos, mientras éstos pastan en el campo, en acecho de gusanitos o semillas, que son su alimento.

¡Qué diferencia entre el tordo y el leñatero! Este último acarrea afanosamente ramitas, trocitos de leña y espinas para construir su nido, y como es de escasas fuerzas y esos materiales son pesados, al menor tropiezo cáensele del pico; pero no por esto se desanima el hábil artesano, antes bien, vuelve con más entusiasmo en busca de nueva carga. Aunque áspero y espinoso, el nido es cómodo y abrigado por dentro, siendo además muy amplio. Verdad es que el leñatero lo construye con gran esmero, y a veces construye varios hasta conseguir uno que le satisfaga.

El leñatero es de condición tan mansa que no huye la vecindad del hombre, ni la de los animales, junto a los cuales trabaja tranquilamente.

DOS CARTAS Y UN CONSEJO



Mi querida señorita:

Hace dos días que no tenemos clase y no se imaginará cuánto lo siento, porque pocas veces he tenido tanta necesidad como hoy de sus buenos consejos.

Con verdadero dolor se lo confieso, señorita, he cometido una falta muy fea; y si me atrevo a decírselo es porque conozco su bondad y espero quiera decirme cómo puedo hacer para repararla.

¡Qué vergüenza siento! señorita. ¡He mentido! ¡Qué pena! ¡Y he mentido nada menos que a mamá!

Sucede que ayer me mandó a la mercería, recomendándome que pidiera cierta clase de cinta que le faltaba para concluirme un vestido.

Al salir de casa encontré a Rosario, y juntas fuimos charlando hasta la puerta de la mercería.

«Mientras haces tus compras — me dijo Rosarito al irse — yo haré las mías y vendré a buscarte.» Yo sabía que mi amiga volvería pronto, pues iba

muy cerca, y traté de darme prisa por temor de que no quisiera esperarme. En el apuro olvidé la advertencia de mamá, y el vendedor me dió una cinta que no era la que se necesitaba. Sin reflexionar, pagué mi compra y salí, encontrando a Rosarito que llegaba ya a la mercería.

Volvimos a hacer el camino juntas y nos separamos al llegar a casa. Entro, doy a mamá el paquete, y al abrirlo me dice contrariada: «Pero, Susana, ¿cuándo dejarás de ser aturdida y olvidadiza? ¿No te recomendé que pidieras cinta igual a ésta?» En verdad, señorita, tuve miedo de que mamá se enojara si le decía la causa de mi olvido, y le contesté: «Así lo hice, mamá, pero el tendero me dió de otra porque se le había concluido la que pedías.»

Mamá se enojó entonces con el tendero.

«¡Qué picardía!—dijo;—abusar así porque se trata de una criatura. No le compraré más.»

Le aseguro, señorita, que desde ese momento siento como un peso en el corazón y no tengo gusto para nada. El recuerdo de mi embuste me hace muy desgraciada, y más cuando pienso que el pobre tendero se perjudicará por culpa mía.

Tal es el motivo de esta carta, señorita; sólo usted puede aconsejarme en semejante aflicción y decirme qué debo hacer para reparar mi falta.

A la espera de su respuesta la abraza con el cariño de siempre su discípula

Susana.

Querida Susana:

¿Conque esas tenemos? ¿Has mentido tú, la niña que pongo siempre por modelo a la clase? Estoy segura de que sólo en un momento de aturdimiento has podido olvidar que la mentira más insignificante basta para afear la mejor reputación; quien de niño miente, por juego o por temor, corre peligro de habituarse a ello, no siendo raro que ese hábito lo lleve a la ruina y al descrédito.

Felizmente eso no ocurrirá contigo, Susanita; tu corazón recto y puro se encargará de salvarte. Esa pena que sientes ahora al pensar en tu falta, basta para que ella te sea perdonada; en tí no ha arraigado el feo vicio, y tu naturaleza honrada siente hacia él gran repugnancia.

No hay duda de que has hecho mal en mentir a tu mamá. Compara el castigo que podías haber recibido de ella, con el que ahora te impone tu conciencia, y verás que hubiese sido mil veces preferible aquél. ¿Me pides un consejo? El mío no puede ser sino uno: tu mentira te pesa en el corazón; es necesario que lo descargues.

Debes confesarlo todo a tu mamá que, estoy segura, recibirá con esa confesión una alegría muy grande. ¿Qué cosa puede ser más dulce para una madre, que comprobar los buenos sentimientos de su hijita adorada?

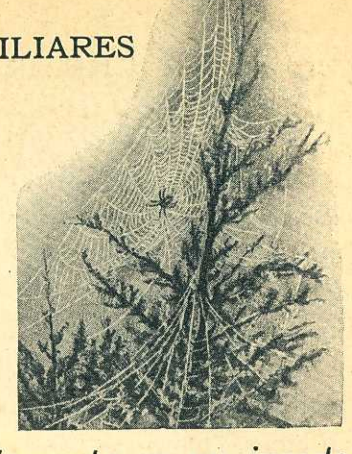
No temas, Susana; dile la verdad cuando la abraces esta noche, y verás cuán aliviada quedas. Después ven a darme un beso y a oir un bonito cuento que he encontrado para tí.

Te abraza con cariño

Raquel.



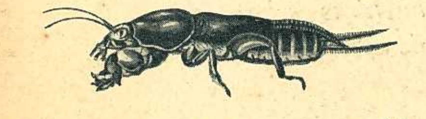
INSECTOS FAMILIARES



Las *arañas* son *insectos* de cuerpo abultado y patas vellosas más o menos largas. Hacen su nido en los árboles o rincones, y tejen una tela muy delicada en la que caen las moscas, alimento predilecto de la araña.

La *langosta* es un *insecto* de los más dañinos; devora los sembrados y la fruta de los árboles. Sus patas posteriores son largas y le permiten dar grandes saltos.

El *alguacil* es de aspecto muy bonito; abunda en el verano. Sus cuatro alas son transparentes y parecen de gasa. Su cuerpo es muy fino y alargado.



El *grillo* tiene el cuerpo cubierto por un caparazón duro; en las noches de verano nos hace oír su *cri cri* tan conocido.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

(Fábula)

Cantando la Cigarra
pasó el verano entero
sin hacer provisiones
allá para el invierno.
En tanto que la *Hormiga*,
en su limpio aposento,
trabajaba afanosa
mil labores haciendo.
Así, cantando aquélla
y aquésta así cosiendo,
llegó, tras el verano,
el crudo y triste invierno.
«¿Qué haré?» —se dijo entonces
nuestra Cigarra, viendo
que el frío la encontraba
desnuda y sin sustento.—
«Pidamos a la Hormiga»,—
pensó, y, así diciendo,
llegó a la limpia choza
donde exhaló su ruego.
«Socórreme, hermanita
—pidió con dulce acento,—
socórreme piadosa
porque si no me muero.»
La Hormiga le responde
mirándola un momento:
«Dime, pues, pobrecilla,
¿qué hiciste en el buen tiempo?»
«Cantar —dijo la triste—
sin cesar ni un momento.
¡Si yo hubiera sabido
cuán crudo es el invierno!...»
«Pues bien, —dijo la Hormiga,
honda piedad sintiendo —
consumiremos juntas
lo que gané cosiendo.»
Y, mientras abrigaba
de la Cigarra el cuerpo,
este consejo dióle
con fraternal acento:
«*Aprende que el que quiere*
gozar en paz su invierno,
mientras es joven debe
de aprovechar el tiempo.»





MI LIBRO

Días atrás nos reunimos en casa, como de costumbre, varios compañeros de juego, y pasamos una tarde muy entretenida.

Cansados de correr y saltar, pusímonos a hojear un gran libro ilustrado con bonitas figuras, regalo de papá en mi último cumpleaños.

Nuestra compañera Ester, una de las mejores alumnas del grado, en cuya compañía se aprende siempre algo nuevo, nos dijo de pronto:

—Chicos, este lindo libro tan bien encuadernado e impreso, me recuerda lo que leí días pasados en una revista que recibe papá.

—¿De qué trataba? — preguntamos todos con curiosidad.

—Nada menos que de la historia del libro, — respondió Ester. —Con gran sorpresa aprendí que antiguamente no había libros como los que se hacen ahora.



Página de un manuscrito.

— ¿Es posible? — exclamó Rosalía muy intrigada.— Y ¿cómo eran entonces?

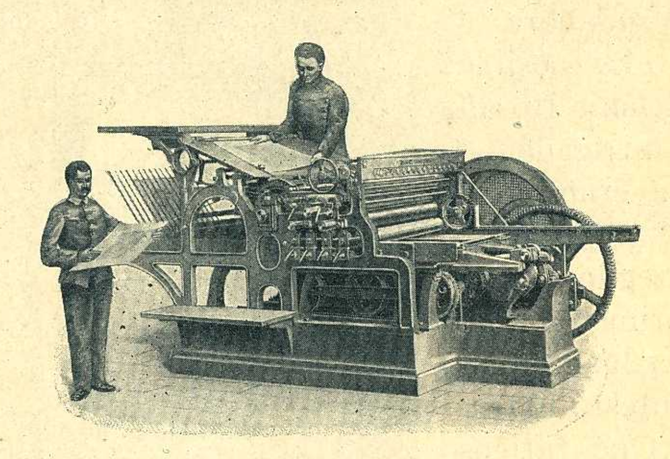
—Según parece, los primeros libros se escribían a mano — contestó Ester.

— ¡Qué fatigoso debía ser ese trabajo! — interrumpió Lucía.

—Muy largo y muy penoso, —continuó aquélla. —Dicen que por eso el que tenía un libro lo cuidaba como un tesoro, pues de cada obra no existían sino muy pocos ejemplares. Además, las páginas de los libros no eran de papel sino de *pergamino.*

—¿Qué es eso?—pregunté.

—Es—replicó nuestra compañera—el pellejo de ciertos animales, como el carnero, que raspado bien por ambos lados se hace secar; así se obtiene una membrana delgada, *translúcida* y amarillenta, parecida al parche de los tambores.



Máquina moderna para imprimir libros.

—¡Qué gruesos debían ser esos libros!—exclamó Adriana.

—Y además—dijo Ester—eran muy toscos, porque se les cosía y encuadernaba a mano. A mano se hacían las figuras que adornaban las páginas, y había quienes sólo se ocupaban de colorear esos grabados, haciendo realmente primores.

Hoy han variado mucho las cosas. Un sabio ale-

mán, llamado Gutenberg, inventó los *tipos* y la *prensa* de imprimir, que han sido perfeccionados muchísimo; con ellos un solo hombre puede hoy día imprimir en pocas horas miles de páginas, y así se explica que de cada obra se hagan hoy millares de ejemplares, a un costo mucho menor y con toda perfección.

Los grabados y colores son hechos a mano una sola vez; luego se reproducen por medio de planchas para su impresión en máquinas.

Hay también máquinas para coser y encuadernar los libros.

Este libro es, pues, una cosa preciosa — me dije — ya que tiene una historia de las más interesantes.

Y desde que Ester nos contó esa historia, me parece que quiero más a mi libro.

CÓMO DEBES TRATAR A TU LIBRO

No te mojes los dedos para volver las páginas.
No las dobles para señalar un capítulo.
No las escribas ni borronees.
No las arranques ni desgarres.
No dejes el libro donde pueda perderse o estropearse.
No lleves el libro a la mesa.
Lee tu libro con atención y sigue sus consejos.

BORBÓN

Emilio. — Sí, el loro es en realidad un animal muy divertido por las muchas cosas que dice; pero no creo que reemplace al perro, sobre todo en ciertos casos.

Juan. — Acuérdate de que el loro habla; en esto, seguramente es superior al perro.



Emilio. — Sí, pero aunque el perro no hable, sabe muy bien hacerse entender con sus gruñidos y movimientos.

Señorita Raquel. — No discuto la inteligencia del perro, que creo es muy superior a la del loro. Pero, en ciertos casos, este último puede ser un excelente compañero del hombre.

Eloisa. — Mi tía tiene un loro que avisa cuando alguno de los vendedores llama a la puerta; así suele decir: *patroncita, está el frutero;* y luego agrega: *¡qué rica la papa! aquí está Pedrito.* De este modo recuerda al frutero que debe darle alguna golosina.

Angélica. — Yo conozco un loro que sabe saludar. A toda persona que entra a la casa el lorito le grita: *buen día, ¿cómo te va?* Pero lo cierto es que para él no pasa nunca la mañana, pues aunque la visita llegue de noche, el loro le dice siempre: *buen día, ¿cómo te va?*

Elisa. — Más curioso es el loro de la confitería de enfrente. Imita con tal verdad la voz de sus dueños, que a veces la señora, oyendo decir al loro: *María, ¿no almorzamos?* responde, creyendo que es su esposo el que habla: *al momento, Antonio, están poniendo la mesa.*

De oír a los chicos ha aprendido la tabla, y a veces repite a gritos: *dos por uno, dos; dos por dos, cuatro*, y al llegar a *dos por tres*, dice *cinco*, sin que consigan corregirle de su error.

Carlos. — Para mí el perro le lleva siempre una ventaja al loro. Por más entretenido que sea oír a éste decir tantas gracias, cualquiera se quedará con el perro cuando se trate de guardar la casa. ¿Qué podría hacer el loro por sus amos, si de noche los asaltaran los ladrones?

Sta. Raquel. — Conozco a una anciana que, en tal caso, no cambiaría su loro *Borbón* por los perros más bravos del mundo.

Adriana. — ¿Por qué? señorita.

Sta. Raquel.—Vas à saberlo. La señora de que hablo vivía con una sirvienta, anciana también, y su loro *Borbón*, al que había enseñado a decir muchas cosas. Parece que una vez éste oyó a un nietito de la señora, que, jugando con su hermano le decía: *dame mi fusil;* y como nunca había oído tales palabras, le llamaron la atención, repitiendo de continuo: *dame mi fusil, dame mi fusil.*

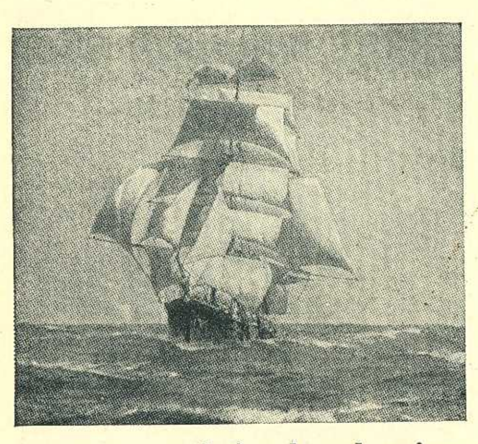
Una noche entraron ladrones a la casa de mi amiga. La pobre señora los oyó cruzar el patio y subir una escalera que daba al piso principal; pero era tal su miedo, que no se atrevió a moverse para llamar a la criada. Seguramente lo hubiera pasado muy mal a no haber sido por *Borbón*, que, despertando al ruido que hacían los malhechores, empezó a decir a gritos: *dame mi fusil, dame mi fusil.* Ustedes saben que la voz del loro suele a veces asemejarse tanto a la del hombre que engaña a quien no esté prevenido.

Tal sucedió entonces; los ladrones, creyendo que el dueño de casa pedía un arma, huyeron a toda prisa sin hacer el menor daño a nadie.

Ya ven cómo el loro puede, en ciertas ocasiones, ser tan útil y servicial como el mejor de los perros.



VIAJE REDONDO



Juan. — Viaje redondo. . . ¿Acaso tienen forma los viajes?

Don Patricio.—Muy bien, amiguito; me gusta tu graciosa observación. *Viaje redondo* llamamos a un viaje alrededor de la tierra, saliendo de un punto y volviendo al mismo por el lado opuesto.

Jorge. — Claro, ¿acaso no es redonda la tierra?

Lola. — Por eso es que Magallanes pudo volver a España después de dar la vuelta al mundo.

Cora. — Te equivocas, Lola, no fué Magallanes sino Elcano.

Don Patricio. — Bien, bien; ya veo que son ustedes fuertes en Historia. Pues como iba a decirles, contaba yo diez y ocho años apenas, cuando hice mi primer *viaje redondo.* Muerto mi padre, y no teniendo fortuna ni carrera, resolví ofrecerme de peón en un barco, pues siempre había deseado conocer otras tierras.

El barco no era a vapor como los actuales, sino a vela; así que la marcha se hacía muy lentamente, pues era necesario contar con el viento.

Al cabo de dos meses llegamos a Burdeos, término de nuestro viaje, no sin detenernos antes en diferentes puertos, con el objeto de cargar café, tabaco, maderas y carbón.

Entretanto yo había ganado algún dinero y lo conservaba intacto. A los diez y ocho años unos cuantos billetes de banco son una fortuna; no es extraño, pues, que me considerara dueño del mundo.

En Burdeos hice amistad con un joven que me comunicó su proyecto de trasladarse a Suez, donde, me dijo, estaban haciendo un gran canal. El deseo de conocer nuevas tierras volvió a apoderarse de mí, y resolví partir con mi amigo, esperando encontrar trabajo en las obras del canal.

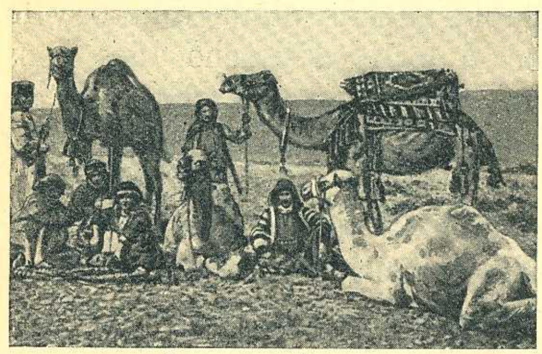
Pero en Suez había demasiados obreros y no quisieron tomarme. No sabiendo qué hacer allí, y habiendo oído hablar maravillas de la India, país que no distaba mucho del punto en que yo me encontraba, resolví trasladarme a él.

Mi empresa no podía ser más atrevida.

Ir a la India no es cosa fácil y mucho menos lo era entonces. ¿Saben ustedes cómo conseguí llegar?

Pues alquilando un camello a un hombre que se ocupaba de conducir caravanas de viajeros. El viaje fué muy penoso, porque había que cruzar desiertos donde faltaba el agua, y pasar las noches al *raso*.

Al fin llegué a la India, comarca muy hermosa y rica; pero el pueblo estaba todavía en la barbarie y era tan sucio que los extranjeros perecían víctimas del *cólera*. Tuve miedo de permanecer allí y salí en una *caravana* para la China, país que había atraído mi atención desde niño y que ansiaba conocer.



Caravana en descanso.

En la China escapé milagrosamente de la muerte, pues los chinos, que aborrecían entonces a los blancos, querían matarme y lo habrían hecho a no haber huído a tiempo a las islas del Japón, donde pasé algunas semanas. El Japón me gustaba mucho, y habría permanecido allí si hubiese podido hacerme entender en mi idioma.

Al fin empecé a pensar en el regreso a la patria;

pero ¿cómo hacerlo sin cruzar otra vez el Asia, tan llena de peligros? Un japonés muy bueno, que hablaba algo el español, me dijo que podía volver a América cruzando el océano Pacífico y desembarcar en San Francisco.

Yo no sabía que San Francisco era un puerto de la América del Norte. El japonés no debía estar más enterado, pues me dijo que de allí á Buenos Aires la distancia era corta.



En la linea del ferrocarril andino.

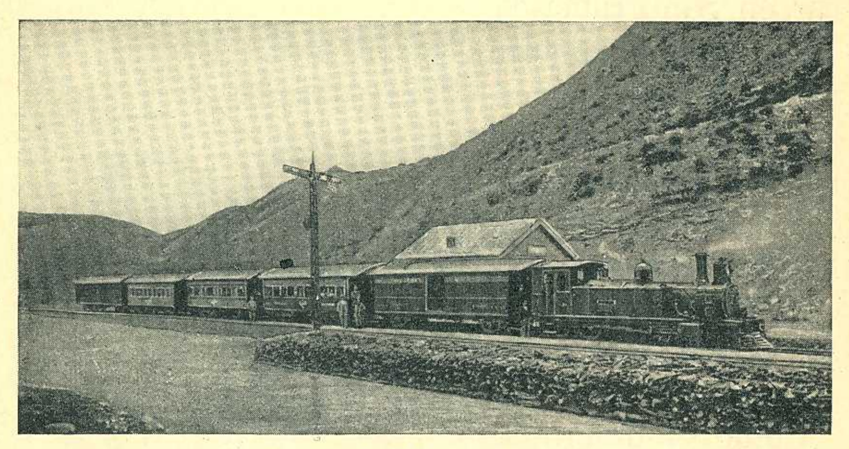
Como el dinero se me había concluido, me coloqué de fogonero en un barco que se dirigía a San Francisco y, después de muchos días de viaje, llegamos a un puerto, donde se hablaba español pero que no era mi patria.

Varias veces más trabajé como fogonero en vapores que iban de un puerto a otro del Pacífico, hasta que llegué a Valparaíso, en Chile.

Una vez allí quedaba la peor parte del viaje por hacer, esto es, cruzar los Andes. No sé si ustedes saben que esa travesía se hacía entonces a

lomo de mula, el animal más apropiado para viajar por las montañas.

Un *arriero* o conductor de mulas a quien conté mi historia, ofreció llevarme hasta Mendoza; allí



En viaje de Chile a la Argentina.

me empleé como peón en el ferrocarril que va a Buenos Aires, y de ese modo conseguí, después de varios años de aventuras, llegar a mi ciudad natal. Tal es la prometida historia de mi primer viaje redondo. He hecho muchos otros; pero de ninguno conservo un recuerdo tan vivo como del primero.

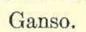
PESCADOR PESCADO

Dos parejas de patos criollos estaban con sus proles en el estanque una tarde de verano.

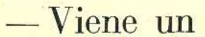
— *Clap, clap* — decía una de las madres. — ¡Qué bellos sois! hijos míos. ¡Y pensar que el ganso pretende ser mejor que nosotros! Nadad con elegancia, queridos, e imitad al cisne que arquea su bonito cuello.

— Es mucho más largo que el nuestro, madre — dijo el más *pizpireta* de los patitos; y escapó antes de recibir la reprimenda consiguiente.

— *Rap, rap* — vino gritando *Nadador*, el pato de más experiencia en la familia; — corremos un peligro.

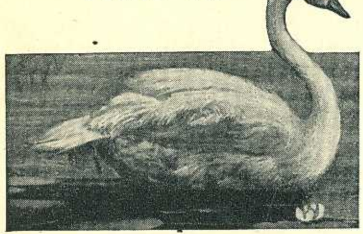

Ganso.

— ¿Qué pasa? — preguntaron los demás, moviendo impacientes sus patas, a manera de remos.



— Viene un animal muy grande que he visto ya otras veces, — continuó *Nadador*.

— Sí, por allá lo veo — dijo una de las madres; — pero no es un animal, *Nador*, es un muchacho.


Cisne.



—*Huac, huac,* ¡un muchacho pescador!—gritaron huyendo los patitos.

En efecto, un chiquillo sonriente llegó al estanque, se recogió los pantalones y tomó asiento en la punta del puente. Sacó una lombriz de un tarrito, la pinchó en el anzuelo, arrojó éste al agua y esperó.

—¿Cómo haríamos para que se fuera?—decían los patos. *Nadador* creyó haber encontrado el medio.

—Esperen un poco—dijo; y, dando la vuelta al estanque, subió al puente, se acercó al tarro y de varios picotazos rápidos se comió las lombrices.

Hecho esto volvió a bajar y se puso a nadar como si tal cosa. Los patos no comprendían su propósito; pero no tardaron en admirar a *Nadador.*

Habiendo notado un tironcito en el hilo, el muchacho sacólo con presteza; pero vió que no venía el pez y que la lombriz no estaba ya en el anzuelo. Algo impaciente echó mano al tarro para poner otra lombriz, y ¡cuál no sería su sorpresa al ver que no quedaba ninguna! Malhumorado, recogió sus *aparejos* y se volvió al pueblo, sin poder explicarse cómo había sucedido aquello; entretanto los patos quedaron otra vez dueños del sitio.

Dicen que desde entonces *Nadador* es aún más respetado por los patos del estanque.

LA SEÑORITA MARIPOSA

(Fábula)

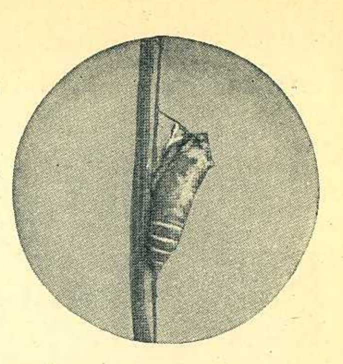
«Por aquí vamos bien» — decía un gusanito blanco, de cuerpo blando y *anillado*, mientras trepaba, con ayuda de un buen número de patitas diminutas, por el tronco de un duraznero.

Era un gusanito joven que acababa de abandonar el huevo de una mariposa, y estaba ansioso de ver el mundo.

La verdad es que nuestro amiguito había nacido con suerte, pues salió a la luz en un tranquilo día de verano, en medio de una huerta muy hermosa, llena de frutas maduras y sabrosas.

Varios días pasó el gusanito en su nueva morada. ¡Qué bella le parecía! Era toda verde y dorada. Cuando sentía calor o caía la lluvia, dejábase estar en el reverso de una hoja, que era para él, a la vez, un magnífico toldo y un gran paraguas.

Una mañana, sin embargo,

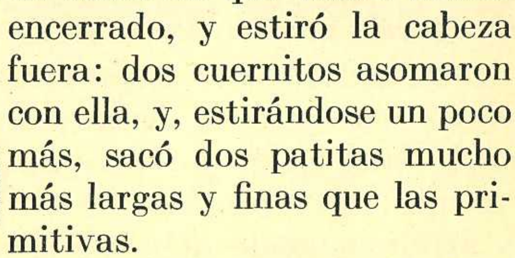


el gusanito blanco empezó a sentirse cansado. «¿Qué hago aquí? — se dijo. — Ni los duraznos ni las hojas tiernas me gustan ya.» Y, como estaba prendido de una hoja, determinó enroscarla sobre su cuerpo, haciendo con ella un cartucho, dentro del cual pudiera echar un sueño.

Cuánto tiempo duró ese sueño, nunca lo supo; pero un día despertó sobresaltado: su piel, su bonita piel blanca, que lo asemejaba a un diminuto oso polar, se le desprendía del cuerpo y no tardó en caer hacia abajo como si fuera una media.

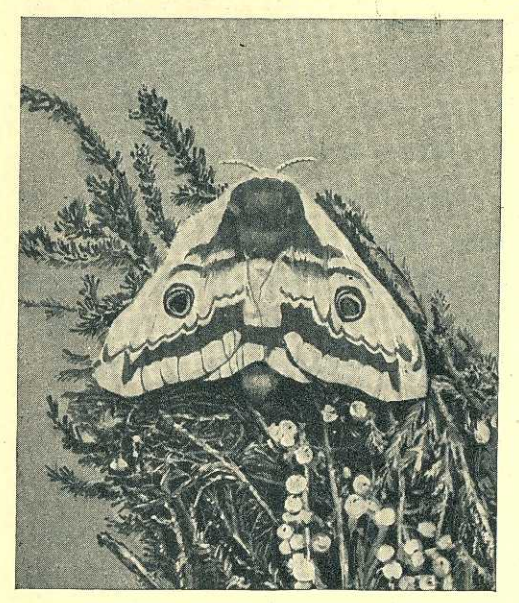
El gusanito se tentó y comprendió que tenía una piel nueva; pero en aquella obscuridad era imposible juzgar de su belleza.

Rompió entonces la vaina en que había estado encerrado, y estiró la cabeza fuera: dos cuernitos asomaron con ella, y, estirándose un poco más, sacó dos patitas mucho más largas y finas que las primitivas.



«Salgamos un rato al sol» — se dijo. Por un momento la

sorpresa lo privó de movimiento. Su forma había cambiado totalmente. Tenía el cuerpo más fino, y sobre el dorso llevaba dos bellas alas amarillas con manchas negras, que daba gusto mirar. El sol las hacía brillar cual si fueran de metal, y al agitarlas, notó que se desprendía de ellas un polvillo muy fino.



El paisaje que la rodeaba no podía ser más hermoso. Esa opulenta huerta, llena de flores, despertó su curiosidad. Abrió las alas volando alegre bajo el sol; giró durante algún tiempo mirándolo todo, y fatigada, se detuvo a reposar sobre una flor. Algo llamó su atención en el centro de aquélla; acercóse, estiró su lengua, que parecía una aguja, y la introdujo en el corazón de la flor. «¡Qué delicia! —exclamó— este debe ser el *néctar* de que viven las mariposas.»



ARTESANOS ALADOS

El otro día convinimos en que los pájaros son verdaderos artesanos alados, pues en muchas ocasiones nada tienen que aprender del hombre.

Todo el mundo conoce los nidos comunes, de barro por fuera y plumas por dentro, o bien de ramitas y hierbas entrelazadas.

Pero hay otros mil veces más curiosos, que han valido, a los pájaros que los fabrican, nombres particulares.

¿Han observado ustedes el nido del hornero que Elisa tiene en la mano? El hornero es un verdadero


Pájaro carpintero en su nido.

albañil; construye su nido amasando barro con el pico y *apisonándolo* con las patas, hasta darle la forma de un horno de ancha boca.

Tan curioso como el *hornero* es el *carpintero*, que no trabaja en barro sino en madera. Dotado de un pico muy fuerte, agujerea los troncos de los árboles para hacer en ellos una casita muy segura. Ésta presenta forma redondeada y no resultaría más perfecta si se empleara, para hacerla, instrumentos especiales.

La habilidad de los citados pájaros no sorprende tanto, cuando se sabe que hay un pájaro capaz de coser.

¿No es verdad que tal cosa parece más bien una fábula?

Pues no lo es; en ciertos climas existe un pájaro al que se conoce con el nombre de *pájaro sastre;* éste construye su nido dentro del espacio comprendido entre varias hojas, cuyos bordes une entre sí


Pájaro sastre.

por medio de una fibra que hace pasar a manera de hilo; para conseguirlo, el *pájaro sastre* agujerea las hojas, y luego introduce la fibra con el pico, tirando de ella como nosotros de la aguja. Una vez que las hojas están bien unidas, llena el interior con musgo, hierbas frescas o plumas, y deposita allí sus huevos.



Pájaro tejedor.

¿Y qué les parece el *pájaro tejedor*, que teje su nido en forma de bolsa, pasando fibras de hierba a través de una trama, ni más ni menos que para hacer un tejido?

Desgraciadamente ni el pájaro *tejedor* ni el *sastre* son de nuestro clima; el primero sólo existe en Asia, África y Australia; el segundo es originario de la India y solamente vive allí.

☞ Antes de enorgullecerte de tu inteligencia y habilidad, compáralas con las de los otros seres.

LOS PROPÓSITOS DE MARGARITA



¡Chist! no digan nada. Es una sorpresa. Yo soy una chica algo inquieta, según dice la señorita. Mis travesuras suelen causarme más de un disgusto, pues a veces mis notas en comportamiento no son las que papá y mamá desearían. Pero yo les aseguro que hago lo posible por enmendarme y que al fin acabaré por sujetar esta pícara lengua que no quiere estarse quieta.

Soy traviesa, sí; pero a querer a la señorita no me gana nadie. Después de mis padres, es la persona a quien más quiero. ¡Qué pena me da cuando me reprende poniéndose seria!

Y ¡qué alegre me siento cuando me dice con su voz cariñosa: «Bien, Margarita, eres una buena niña; estoy segura de que te corregirás por completo.»

Hoy quiero dar una sorpresa a mi señorita.

De las plantas que cultivamos en el jardín de la escuela, las mías han sido las primeras en florecer. Tengo *crisantemos* y *hortensias*. Si me ven ustedes vestida de paisana, es porque deseo obsequiar a la señorita con las primeras flores de mis plantas. Al entregárselas le diré: «Señorita, reciba en estas flores el cariño de la traviesa Margarita y sus propósitos de enmienda.»





EL NIDO

Un niñito gentil cuya delicia
era gozar del sol a cámpo abierto,
en la espesura de un trigal dorado
vió internarse una tarde un *benteveo.*

Con infantil empeño quiso entonces
penetrar de aquel sér todo el secreto,
y, apartando las matas una a una,
registrólas ansioso el pequeñuelo.

¡Un nido! En él, confiados y tranquilos,
a los trabajos de la vida ajenos,
reposaban, implumes todavía,
del pajarillo errante los hijuelos.

La madre, en ese instante, repartía
en los picos abiertos el sustento,
y, al distribuir los granos, parecía
que repartiera entre sus hijos, besos.

Mientras el tierno grupo contemplaba,
vió el niño que, en continuo revoleo,
pïaba sin cesar, cual si gimiera,
en torno de él, el pobre benteveo.

Y al acercarse de su amor al nido,
batiendo las alitas sin sosiego,
enviaba a sus hijuelos tierno trino
cual si decir deseara: ¡cuánto os quiero!

Quedóse el niño mudo de sorpresa
contemplando aquel cuadro, y discurriendo
cómo un hogar tan frágil e inseguro
podía dar cabida a un mundo entero.

Mas de pronto, golpeándose la frente,
dijo el rapaz muy serio: «¡Ya comprendo!
¿No hay aquí una mamá como la mía?
Pues es claro que el mundo está completo.»



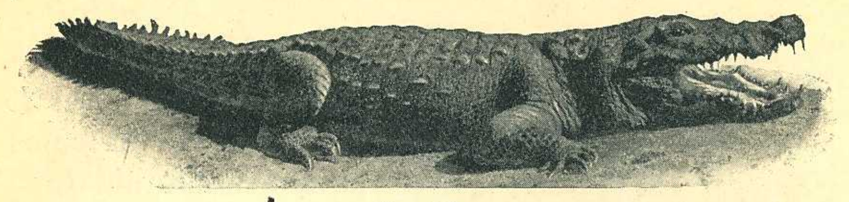
REPTILES

Estos animales que ustedes ven son de la familia de los *reptiles*, y viven en lugares apartados, bajo las piedras o en cuevas profundas.

Los hay muy temibles, como la *serpiente* cuya bonita piel engaña a muchos *incautos;* cuando muerde deja en la sangre un veneno capaz de matar; algunas especies ahogan a sus víctimas oprimiéndolas entre sus roscas. Las serpientes no tienen patas y para andar se arrastran, describiendo una linea que por eso se llama *serpentina*.

Otros reptiles, como el *lagarto* y el *cocodrilo*, tienen patas muy cortas. El primero vive entre las pie-

dras; el segundo a orillas de los ríos y es muy temible



Cocodrilo.

por su fuerza; su cuerpo está cubierto de gruesas escamas.

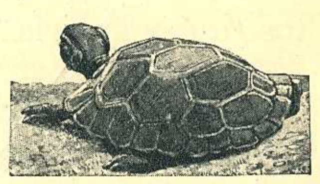


Ranas y renacuajos.

Ciertos animales viven lo mismo en tierra que en agua y cambian de forma a la manera de los insectos. Son inofensivos y hasta útiles al hombre. Tales son, la *rana* que canta en el estanque y el *sapo* que salta de improviso a nuestro paso en el campo.

Estos animales forman una familia que tiene mucha semejanza con la de los reptiles.

La *tortuga* es tal vez el más útil de los reptiles, sobre todo la llamada *carey*, con cuyo caparazón se fabrica muchos objetos de lujo.



Tortuga.

LA FAMILIA LILIPUT



¿Qué? ¿No nos conocían ustedes? ¡Es extraño! En el barrio nos llaman la familia *Liliput*. Yo soy la madre; mi hermanito Rodolfo es el padre; *Rosita*, *Totó* y *Cuca*, son nuestros hijos queridos; tenemos otros hermanos, que vienen a ser los tíos de nuestros niños. Mamá y papá son los abuelitos de todos los chicos.

Nuestra casita es un altillo de madera; pobre casa, es cierto, pero como la arreglamos y mantenemos muy limpia, parece linda. Bastante nos cuesta conservarla así, porque nuestros hermanitos ¿quién lo diría? son más revoltosos que *Rosita*, *Totó* y *Cuca*.

Por las tardes nos dedicamos a la casa.

Mamá nos ha dado algunos muebles viejos, y Rodolfo, que es muy hábil en trabajos de carpin-



tería, los compone y los barniza, dejándolos como nuevos. ¡Si vieran qué precioso juego de muebles blancos me hizo para el cuarto de recibo!

Por mi parte he aprendido a tejer bonitas alfombras de lana; además he puesto cortinas blancas en las ventanas, y ahora estoy aprendiendo a hacer jarrones de barro para las flores.

Tenemos una cocinita. Si me vieran cuando trabajo en ella, me tomarían por una cocinera de verdad. Me he hecho una cofia blanca y un delantal del mismo color, el más limpio y adecuado en este caso. Cocino y hago pasteles y varios postres.



Mi hermanita Magdalena pone la mesa



y a veces me pide que la deje servir a los nenes, que la adoran, y a quienes mima muchísimo.

En otras ocasiones los lleva a pasear, y ¡la vieran entonces con qué seriedad desempeña su papel de tía!

Los domingos damos recepciones, ofreciendo a los amiguitos una taza de té con masas y caramelos, todo preparado por nosotros.

Vienen a visitarnos algunas otras familias con sus hijos, pasando todos reunidos, muy agradables momentos.



Olvidaba decirles que forma también parte de nuestra familia, *Similor*, un perrito blanco lanudo, muy juguetón, bonito e inteligente.

Similor cuida la casa si salimos, y a veces nos

acompaña en nuestros paseos. Cuando nos sentamos a la mesa no se aparta de ella, pues sabe que lo convidaremos con alguna golosina.

Lo que más nos preocupa es el cuidado de los nenes.



Yo estoy muy satisfecha de mi hijita *Cuca;* es juiciosa, obediente y aplicada. Me entretengo largas horas con ella, ya sea enseñándole a leer y escribir, ya sea haciéndole trajes y sombreros con los que parece más bonita aún.

Ella paga mis cuidados con la amable sonrisa que nunca se borra de sus labios rosados; y cuando me dice *¡mamá!* con su vocecita dulce, me siento realmente feliz y me la como a besos.

acompaña en nuestros paseos. Cuando nos sentamos a la mesa no se aparta de ella, pues sabe que lo convidaremos con alguna golosina.



Lo que más nos preocupa es el cuidado de los nenes.

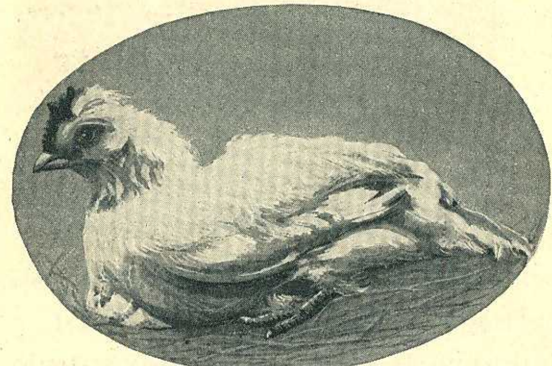
Yo estoy muy satisfecha de mi hijita *Cuca;* es juiciosa, obediente y aplicada. Me entretengo largas horas con ella, ya sea enseñándole a leer y escribir, ya sea haciéndole trajes y sombreros con los que parece más bonita aún.

Ella paga mis cuidados con la amable sonrisa que nunca se borra de sus labios rosados; y cuando me dice *¡mamá!* con su vocecita dulce, me siento realmente feliz y me la como a besos.

POMPÓN

¡Pobre *Pompón!* Se quedó solo en el mundo cuando contaba cuarenta y ocho horas de edad. Su madre estuvo echada veinte días, calentando bajo sus alas quince hermosos huevos.

La última semana casi no se movió del nido, como si tuviera miedo de abandonar sus tesoros.



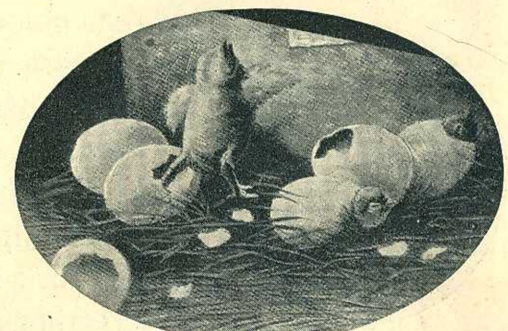
En la mañana del vigésimo primer día nos acercamos al nido, y vimos una cabeza muy chiquita, asomando por debajo de las alas de la madre.

La gallina estaba inquieta y nos miraba enojada. Nos retiramos, pero volvimos por la tarde. La gallina picaba uno de los huevos, por el que a poco asomó un pollito que siguió rompiendo la cáscara y salió fuera. Apenas pudimos ver que era amarillo como la yema del huevo, porque la gallina lo cubrió inmediatamente con sus alas.

Todo el día siguiente la gallina permaneció quieta

y empezamos a temer por ella, pues no había tomado alimento durante dos días. Mamá resolvió sacarla del nido para ver cuántos pollos había y tirar los demás huevos.

¡Cuál sería nuestra pena al no ver moverse sino a uno de los pollitos! El otro estaba muerto. En cuanto a los huevos, notamos, al romperlos, que unos pocos contenían pollos muertos; los demás estaban revueltos. Mamá quiso hacer comer a la gallina, pero ésta se negó, echándose en un rincón: parecía enferma. Dos horas después la encontramos muerta; a su lado, el pollito picoteaba tranquilamente la harina de maíz mojada que le habíamos puesto.

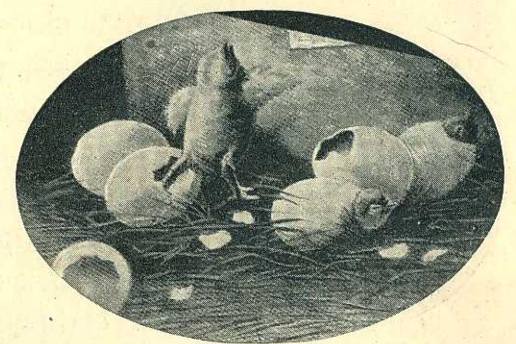


Mis hermanos y yo lloramos a la pobre gallina cuando la enterramos en el fondo de la huerta.

Había que pensar en el pollito; y como yo le había tomado ya gran cariño, resolví encargarme de su cuidado. Desde el primer momento dijimos que parecía un pompón de seda; y *Pompón* le quedó por nombre.

y empezamos a temer por ella, pues no había tomado alimento durante dos días. Mamá resolvió sacarla del nido para ver cuántos pollos había y tirar los demás huevos.

¡Cuál sería nuestra pena al no ver moverse sino a uno de los pollitos! El otro estaba muerto. En cuanto a los huevos, notamos, al romperlos, que unos pocos contenían pollos muertos; los demás estaban revueltos. Mamá quiso hacer comer a la gallina, pero ésta se negó, echándose en un rincón: parecía enferma. Dos horas después la encontramos muerta; a su lado, el pollito picoteaba tranquilamente la harina de maíz mojada que le habíamos puesto.



Mis hermanos y yo lloramos a la pobre gallina cuando la enterramos en el fondo de la huerta.

Había que pensar en el pollito; y como yo le había tomado ya gran cariño, resolví encargarme de su cuidado. Desde el primer momento dijimos que parecía un pompón de seda; y *Pompón* le quedó por nombre.

¡Qué miedo tenía yo de que se muriera mi protegido! Como sabía que los pollitos necesitan mucho calor durante sus primeros días, arreglé una canasta con trapos de lana que calentaba; pero viendo que eso no era suficiente y que *Pompón* temblaba, coloqué en el fondo de la canasta unas piedras calientes que mantuvieran abrigado el nido.



Al principio alimenté a *Pompón* con alpiste y pan mojado; pero a la semana ya picoteaba las verduras.

Lo que más nos divertía era verlo tomar agua, alzando el piquito como si fuera a hacer gárgaras.

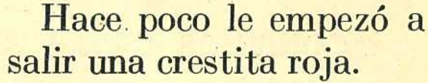
Mis temores de que *Pompón* muriera desaparecieron pronto; el pollito empezó a echar canutos de los que salieron hermosas plumas blancas, y al mes correteaba por la huerta haciendo *pío pío* continuamente.

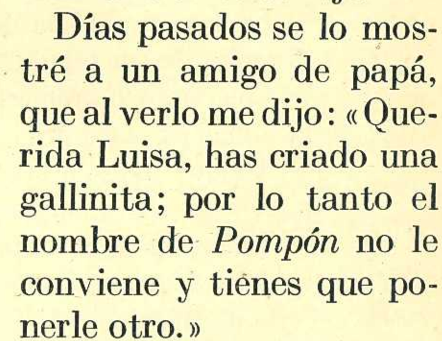
Me seguía por todas partes como un perrito y cuando me sentaba se subía a mis rodillas con gran confianza.

Cuando llegaba la tarde y quería dormir, corría detrás de mí picándome los zapatos y piando.

Entendía cuando lo llamaba por su nombre, y

al volver yo de la escuela, salía a recibirme con las alitas abiertas como para demostrarme su alegría.





Pompón ha seguido creciendo y poniéndose cada vez más hermoso. Sus plumas son sedosas; ya no tiene la forma del huevo sino que luce una hermosa cola en abanico.



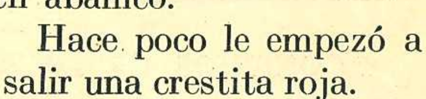
Hace poco le empezó a salir una crestita roja.

Días pasados se lo mostré a un amigo de papá, que al verlo me dijo: «Querida Luisa, has criado una gallinita; por lo tanto el nombre de *Pompón* no le conviene y tienes que ponerle otro.»

¿Qué nombre les parece a ustedes que le ponga?

al volver yo de la escuela, salía a recibirme con las alitas abiertas como para demostrarme su alegría.

Pompón ha seguido creciendo y poniéndose cada vez más hermoso. Sus plumas son sedosas; ya no tiene la forma del huevo sino que luce una hermosa cola en abanico.



Hace poco le empezó a salir una crestita roja.



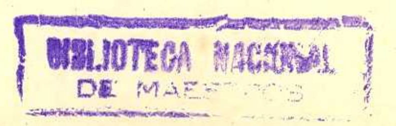
Días pasados se lo mostré a un amigo de papá, que al verlo me dijo: «Querida Luisa, has criado una gallinita; por lo tanto el nombre de *Pompón* no le conviene y tienes que ponerle otro.»

¿Qué nombre les parece a ustedes que le ponga?



CONSEJOS DE LA SEÑORITA RAQUEL

— Prefiere el aguijón de la pobreza
al moho destructor de la pereza.
— Con santo horror estas dos cosas mira:
la adulación cobarde y la mentira.
— Aunque todos te acusen con violencia,
no temas sino a un juez: a tu conciencia.
— Tolera las ajenas opiniones
si quieres que respeten las que expones.
— Si te ofenden, la ofensa da al olvido,
mas nunca el beneficio recibido.
— Con las faltas ajenas sé indulgente,
mas las tuyas combate duramente.
— No te juzgues jamás muy desgraciado
si puedes sostener que eres honrado.
— Ama, perdona, ayuda y dignifica;
que todo esto ser bueno significa.



A LOS MAESTROS

La señorita Raquel viene a representar un grado más en el desenvolvimiento de las ideas que presidieron la preparación de *Nosotros*, es decir que aspira todavía a ocupar el lugar de libro único en el grado, para lo cual se ha procurado que contenga diversos datos en relación con las distintas materias que el plan exige. Es claro que no es más que un *libro de lectura* y que, por lo tanto, no puede pretenderse que lo encierre todo. Mi propósito es, más bien, despertar el interés de los niños respecto a distintos tópicos, que el maestro tendrá así ocasión de desarrollar.

He procurado para ello variar lo más posible los asuntos y ofrecer de preferencia lo que más puede despertar la curiosidad infantil. Las ilustraciones son tan abundantes y variadas como en los libros anteriores, pues estoy convencida de que auxilian poderosamente la tarea del maestro y contribuyen a hacer simpático el libro a los ojos del niño.

Como podrá verse, se ha echado mano de un gran número de cuadros célebres, lo que permitirá al maestro fomentar el buen gusto en los niños.

También se ha preferido las reproducciones de escenas, tipos y costumbres nacionales, preferencia cuya razón de ser no necesita explicarse.

En cuanto a la estructura de los capítulos, el maestro encontrará en este librito toda la variedad que puede desear. La forma dialogada, de que se hace bastante empleo, le permitirá hacer dramatizar los capítulos, lo que, como se sabe, contribuye a que se obtenga una lectura más expresiva y natural.

El desarrollo y el espíritu del libro son análogos a los del tercero de la serie, razón por la cual no creo necesario extenderme en mayores consideraciones.

ERNESTINA A. LÓPEZ DE NELSON.

A LOS MAESTROS

La señorita Raquel viene a representar un grado más en el desenvolvimiento de las ideas que presidieron la preparación de *Nosotros*, es decir que aspira todavía a ocupar el lugar de libro único en el grado, para lo cual se ha procurado que contenga diversos datos en relación con las distintas materias que el plan exige. Es claro que no es más que un *libro de lectura* y que, por lo tanto, no puede pretenderse que lo encierre todo. Mi propósito es, más bien, despertar el interés de los niños respecto a distintos tópicos, que el maestro tendrá así ocasión de desarrollar.

He procurado para ello variar lo más posible los asuntos y ofrecer de preferencia lo que más puede despertar la curiosidad infantil. Las ilustraciones son tan abundantes y variadas como en los libros anteriores, pues estoy convencida de que auxilian poderosamente la tarea del maestro y contribuyen a hacer simpático el libro a los ojos del niño.

Como podrá verse, se ha echado mano de un gran número de cuadros célebres, lo que permitirá al maestro fomentar el buen gusto en los niños.

También se ha preferido las reproducciones de escenas, tipos y costumbres nacionales, preferencia cuya razón de ser no necesita explicarse.

En cuanto a la estructura de los capítulos, el maestro encontrará en este librito toda la variedad que puede desear. La forma dialogada, de que se hace bastante empleo, le permitirá hacer dramatizar los capítulos, lo que, como se sabe, contribuye a que se obtenga una lectura más expresiva y natural.

El desarrollo y el espíritu del libro son análogos a los del tercero de la serie, razón por la cual no creo necesario extenderme en mayores consideraciones.

ERNESTINA A. LÓPEZ DE NELSON.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE





La señorita Raquel - 3er Libro de

ERNESTINA A. LÓPEZ DE NELSON

La señorita Raquel

Tercer Libro de Lectura



Casa editora "CONI"

Precio 1.60 $ m/n